

BLAS MATAMORO

MALOS EJEMPLOS



BIBLIOTECA

Mirada Malva

MALOS EJEMPLOS

Blas Matamoro

“Ejemplo: Lo que se copia de un libro o pintura.
Exemplar: El original.”

Sebastián de Covarrubias y Orozco:
Tesoro de la lengua castellana o española (1611)

Primera edición: 2005

ISBN: 84-609-7199-6

© Blas Matamoro Rossi

© *La Mirada Malva, A.C.*
Pl. Gabriel Miró nº 1-2º A
28005 Madrid – España

En carátula: Diseño de Alexander Prieto Osorno
Cuidado de la edición: *La Mirada Malva A.C.*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la previa autorización escrita del autor y el editor de la misma.

La Mirada Malva

ÍNDICE

Rendez-vous	2
Gardenias del ayer	6
Aventuras de Juanito	10
Los rugidos del mundo	15
Errores de la muerte	18
La otra	22
Dos camelias	31
Al pie de la letra	37
De lejos	47
El hermano de Gloria	51
Jabalíes hartos de bellotas	57
Cita con el huésped	68
El Lago Negro	72
La casa de enfrente	75
La Dama de Negro	78
Un veranito de San Juan	83
Escrito en el polvo	90
El camino a Bagdad	95

Escritura vertical en color morado.

Fechas	102
El novio de Antígona	104
Quema esos papel, Diego	109
El impromptu de Frankfurt	114
Tiento	121
De un país sin espejos	125
Jonatán	128

Escritos entre 1980 y 1990. Versión de 2003

Blas Matamoro

Rendez-vous

Ella y él se conocieron en aquel cursillo de verano.

Él advirtió que el profesor vacilaba al exponer y no atinaba a continuar su discurso, a la vez que su mirada iba bajando agudamente hacia un lugar sin duda interesante. Era donde aparecían las impecables y opulentas pantorrillas de ella, abandonadas sobre la tarima de los alumnos, como se abandonan las obras maestras. Las dos miradas cohabitaron durante unos momentos en las piernas de la mujer y ella debió sentir tan súbita y densa visita. Como queriendo recoger el rastro del contemplador, levantó los ojos hacia la cátedra y luego siguió la invisible huella por el extremo de sus propios zapatos, por el ajedrezado del pasillo central, las patas de cabra de la silla donde él estaba sentado, finalmente: los mocasines morosamente lustrados, donde creyó percibir, reflejado en miniatura, un lejano paisaje que entraba por la ventana del aula.

Él advirtió enseguida que ella venía del Norte. Lo advirtió en sus ojos claros, en las estrías doradas, de un oro tímido, que se formaban en sus pupilas como si, en cada parpadeo, aparecieran y desaparecieran. Lo advirtió en el rubio ceniciento de su pelo, en la invernal inmovilidad de su pose, en la blancura mate y acariable de su piel, que evocaba la seda de las últimas intimidades, en la penumbra de su boca que dejaba, muy de a poco entrever el opaco marfil de su dentadura.

Él la empezó a imaginar en su alcoba nórdica, envuelta en sus cobijas, conservando con avaricia la escasa tibieza del cuarto, mirando con vaguedad la turbada luz del exterior, donde caía una lluvia perezosa y helada o una nevada con el ritmo monótono y disciplinado de un desfile militar. Imaginó sus muebles robustos y oscuros que semejabán fortalezas, sus lecturas de filosofía y una copa de aguardiente incoloro, contundente como un disparo.

Ella lo imaginaba en un cuarto encalado del Sur, en un país que desconocía, acechado por sábanas húmedas de sudor, oyendo en la noche perros, guitarras y voces quejasas. Imaginaba sus pies desnudos disputando la rudeza de un suelo de ladrillos, una jofaina con agua

Malos ejemplos

helada, la protección de un muro de mármol y su sombra, las palmeras de un paseo suburbano dispersando la umbría de sus hojas, latigazos en el oro polvoriento del mediodía.

Él observó la felina quietud de aquella mujer pálida y lujosa, sus palabras como saltos de tigresa y la gravedad de su instalación en la tierra. La veía incorporarse al intervenir en las clases, rodearse de un silencio tenso y dominar a la multitud sin caras con un discurso seguro y con un acento de ninguna parte, aprendido en un gabinete de idiomas y que recordaba la aséptica dicción de los aeropuertos. Los radios amarillos de sus ojos se abrían en el primer día del universo, cuando no había nadie para mirarlos, amenazantes cual panoplias y apretados como una selva miniada en una inicial gótica.

Ella observó la negligencia con que él intervenía en clase, sin moverse del asiento, arqueando uno de sus robustos brazos fácilmente oscurecidos por el sol y haciendo crujir su sillón como un trono que admitiera, reverente, la presencia morena y maciza de su dueño.

Él la amaba de frente, ordenada por un eje que la recorría desde la boca hasta los talones y tendía un escenario para que sus pechos cantaran un dúo de amor.

Ella lo amaba de perfil, perfil de vieja medalla, de conquistador hecho rey, perfil de ave de presa, con sus barbas profiriendo gritos de guerra. Rey que examina sus dominios, que no mira a nadie y que todos miran, rey de muslos sinfónicos y torso de monumento ecuestre, con una coraza de guirnaldas, monstruos cornudos y risueños querubines.

Él la imaginó desnuda, inmediata y queda como una canción a boca cerrada, romanza sin palabras, canto de un hada prisionera en la más secreta cámara del castillo. Se vio como un viento helado que hace temblar todo un paisaje hasta que el temblor se torna candente. Se oyó como única voz en una selva desconocida donde, sin embargo, hallaba el camino real que lleva del principio al fin.

Ella lo imaginó desnudo, moreno como la oscuridad de una alcoba donde sólo brillaban sus ojos, sus dientes, sus uñas y sus labios. Lo imaginó crujiente de vellos invisibles, como una tropa de caballos salvajes que la amazona

miniada
amaba

conseguía dominar. Lo imaginó señor de una playa tenebrosa, capaz de volver resplandeciente la ciega de las arenas.

Ambos se oyeron gemir en la locura de los cuerpos y la sensatez de las voces. Aquella mañana todos admiraron la elocuencia de ella y de él por encima de la maestría del maestro y la autoridad de las citas clásicas.

Al día siguiente fueron los primeros en llegar y se sentaron en los extremos de la platea, según hacen los contendientes que esperan el comienzo de la lucha. Sus miradas se sostuvieron hasta que la multitud se interpuso en el espacio de la devastación.

Él la imaginó volviendo de una insomne noche de amor, con la piel surcada por el rubor de las caricias y apenas protegida del mundo con un tenue velo de sudor helado. Creyó verla derrumbada sobre su asiento, exhausta y feliz, con la cabeza llena de ideas nítidas y la boca llena de silencios confusos.

Ella lo imaginó volviendo de una insomne noche de amor, brillante su piel húmeda, hirsuta como una armadura, con la mirada perdida de gozo en la bruma del mundo, antes de que se inventara la primera palabra.

Se citaron en un hotel, por la tarde, pues a la noche ella tomaría el tren del Norte y él tomaría el tren del Sur. Ella dejó caer su pañuelo y, al recogerlo, él lo sustituyó por el propio. Al quedarse solos, ella olió la colonia del Sur, limón y clavo, y él olió la colonia del Norte, vetiver y musgo.

La rotonda del hotel tenía una cúpula de vidrieras coloreadas que teñían a la gente de verde, rojo y amarillo. Todos hablaban lenguas que los demás no entendían y los colores de las vidrieras los cubrían de disfraces.

Él llegó antes. Ella alcanzó a verlo enseguida y se ocultó tras una columna. Él la descubrió por un espejo y se ocultó tras otra columna. Pasó el tiempo que suelen durar las entrevistas previas a un encuentro a solas y cada uno se marchó por su lado.

Instalado cada cual en su tren, estuvieron oliendo los pañuelos hasta que el perfume desapareció. Hacia el Sur se extendió una pradera húmeda y helada del Norte y hacia el Norte, un jardín sofocado del Sur, con un estanque de

Malos ejemplos Blas Matamoro

aguas oscuras. Ella y él recordaron los años que habían pasado juntos, las palabras que se habían dicho y las que se habían callado, las cartas que se habían enviado y las que habían dejado de enviarse, las noches de amor compartidas, los encuentros y los adioses, los regalos intercambiados, las casas que habitaron y deshabitaron, los viajes cumplidos y las despedidas que los remataron.

Al perder sus perfumes, los pañuelos cubrieron sus caras y se humedecieron, no se sabe si de sudor o de lágrimas, pues tanta belleza extendida en el tiempo se les había vuelto insoportable. Ella lo imaginó llorando. Él la imaginó llorando. Fue cuando ambos se echaron a reír.

Malos ejemplos

Gardenias del ayer

Por fin me había decidido a escribir la historia de Nadie.

Era un viernes por la tarde, a fines del verano. El aire estaba ligero. El sol, pleno y tibio. O sea: la Madre Naturaleza guardaba la compostura y recobraba su sensatez, como para hacerse perdonar sus pecados de juventud, lo cual no es poco en una madre.

La gente del edificio empezaba a irse de *week end*. Se oían portazos, voces de niños, arranques de coches, todo entubado por la caja de escaleras y el patio. Sentía que la casa estaba crujiendo como un viejo barco de madera que deriva por mares desconocidos. Nunca viajé en un barco de madera ni me interné en mares desconocidos, todo sea dicho. Pero bueno, creo que ese ruido lo producen las cuadernas, que es como el femenino de cuadernos. Seguramente, hay cuadernas en muchas novelas de marineros y cuadernos, en cualquier casa de escritor que hace novelas de marineros.

Conecté el contestador automático y bajé a cero su volumen, y desconecté la campanilla del timbre. Algunos elementos de la historia de Nadie los tenía claros pero me faltaban ciertos ensamblajes y un buen final. Conseguirlos es un acto de fe. Se cree en las potencias de las páginas aún no escritas, en su sabiduría para organizarse y llegar a una buena culminación. Sólo se trata de dar con esas páginas y no con otras, hallar esa difícil precisión que es como examinar la fauna submarina de un océano turbio. Los bichos inofensivos se mezclan con los carnívoros.

Nadie es un señor de unos cincuenta años que vive en el piso veinte de una torre moderna, construida sobre una colina. Abajo está la ciudad histórica y pueden verse sus perfiles, el resplandor de un río, una sierra.

De Nadie sé que está divorciado hace muchos años de su mujer, digamos que llamada Elena. Ella vive en la ciudad antigua, más precisamente en la Plaza de las Hierbas. Cada cumpleaños de Elena, Nadie le manda una tarjeta con un cuadro del pintor favorito de ella, Piero della Francesca. En verdad, Nadie ignora si Elena vive todavía, porque las

Miada
Maia

tarjetas postales carecen de remitentes y no pueden ser devueltas. Él, gran caminador por la ciudad, evita siempre pasar por el barrio donde está la casa a la cual envía sus postales.

Sus dos hijos son grandes y viven fuera de la ciudad. El mayor, en los Estados Unidos y es especialista en informática, materia que Nadie desconoce con precisión. Se escriben de vez en cuando. Nadie detalla una misma jornada de trabajo y el hijo, sus progresos profesionales. La hija menor está en una ciudad del Sur, casada con un fiscal en lo contencioso administrativo. Cada tanto anuncia un viaje a la ciudad donde vive Nadie y el nacimiento de un niño. Lo primero nunca ocurre y lo segundo ha sucedido cuatro veces. Nadie colecciona fotos de sus nietecitos en el fondo de un cajón donde también se ordenan sus declaraciones de la renta.

Cuando el hijo viene a visitarlo, Nadie le cede su piso. En realidad, le oculta que él nunca duerme en casa sino en diversos hoteles, cada noche en uno distinto. Hay en la ciudad dos mil cuatrocientos hoteles, de modo que sólo repite de establecimiento cada ocho años. De tal manera consigue no hacerse familiar a ningún sitio.

Su piso le sirve para trabajar en su oficio de traductor, ya que conoce varias lenguas y es hábil aun en los textos técnicos. Llega a una hora fija, atiende a un par de pajaritos exóticos y otro par de pececitos igualmente exóticos, riega las plantas de salón y se sienta ante su pantalla de ordenador por medio de la cual envía sus trabajos a la editorial. Puntualmente, la empresa le ingresa en su cuenta el precio del trabajo. La asistente viene un día a la semana, cuando Nadie se marcha, y recoge una vez al mes su paga, contenida en un sobre.

Nadie carece de coche y viaja en autobús o en metro, raramente en taxi. Cada tanto paga con su tarjeta de crédito los servicios de chicas tailandesas o filipinas que le envían firmas especializadas y que no suelen hablar el idioma de Nadie. Las chicas trabajan a domicilio, no intercambian con Nadie más que el saludo y le entregan un folleto en cinco lenguas sobre el sida y su prevención.

De la historia de Nadie tengo clara la escena en que el personaje atraviesa, de noche, una plaza desierta y ve

Nadie viaja a la

pasar por el cielo un autogiro de la policía que, al desaparecer, deja espacio a un ovni. En contra de sus costumbres, Nadie vuelve a su piso, atraviesa apresuradamente pasillos y escaleras y sale a la azotea, desde donde puede seguir viendo al ovni, cada vez más lejano y menos luminoso. Cuando ha desaparecido, siente que el edificio se conmueve y sale disparado como una gigantesca flecha hacia el cielo. Nadie cierra los ojos y se echa boca abajo en la azotea. Cuando el movimiento y el vértigo que produce han cesado, se incorpora y advierte que todo sigue en su lugar: arriba, la construcción de pisos y, allá abajo, la ciudad vieja.

Otras escenas, menos nítidas, pasan en estaciones de metro. Una, en la estación Buena Nueva. Nadie se baja en ella por error y, cuando va a salir a la calle, se detiene y espera al tren siguiente. De pronto, advierte que desconoce la estación: no estuvo nunca allí. Va a la taquilla y pide un plano de la red hasta que confronta los nombres y vuelve a situarse en Buena Nueva.

También el metro sirve de lugar para la escena de la estación Mariscal Ferrant. Es un lugar pomposo, con cerámicas blancas y doradas que enmarcan escenas de batallas y retratos del citado prócer. En él se reúnen jóvenes contestatarios que se manifiestan contra la globalización, el neoliberalismo, la penalización del hachís, la guerra de las galaxias, la visita del Papa, los trasvases de agua y el servicio militar obligatorio. Los jóvenes lo interpelan, le ofrecen folletos y Nadie habla con ellos.

Escribo páginas aisladas, convenientemente corregidas, pero noto que faltan secuencias de continuidad y, sobre todo, falta un final. Lo dije antes y como no puedo resolver el problema, lo vuelvo a decir. No sé si conviene dar muerte a Nadie o sumergirlo, por enésima vez, en su programa cotidiano de vida, que no padece el calor del verano ni el frío del invierno por los aparatos de climatización, ingiere menús fijos que le traen a domicilio, etcétera.

A veces he pensado que la solución sería imitar la vida de Nadie, salir de casa cada noche a un hotel distinto, contratar a mujeres con las que no puedo hablar y deambular por el barrio antiguo para ver si encuentro a

Nadie

alguien que se parezca a Elena. Pero temo que la experiencia estropee el plan de la narración y me desvíe hacia otro cuento. Hacer la lista de datos cotidianos de cualquier habitante en una gran ciudad es factible y carece de interés.

Me limito a bajar al bar y pedir un plato combinado señalándolo con el índice en el menú, mirar a lo lejos por el ventanal de la avenida intentando adivinar inútilmente lo que le pasa a cada transeúnte y alquilar en el videoclub un viejo filme de pistoleros americanos.

El lunes por la mañana ya tengo una buena cantidad de páginas escritas. Y el relato sin resolver. Hace tres días que no me hablo con nadie. Conecto de nuevo el timbre y escucho los mensajes del contestador, al que había quitado el sonido para evitar molestias. Hay varias comunicaciones que me han llegado por error y en realidad fueron dirigidas a un tal Alberto Courtois, que vive dos pisos más abajo. Lo he visto un par de veces en el ascensor y su nombre figura en el buzón correspondiente. Copio los mensajes y bajo a entregárselos.

La puerta del piso está entreabierta. Courtois yace muerto en el suelo. Lleva un maletín y tiene puesto un sombrero, por lo que supongo que estaba por salir cuando murió, ya que aparece con la cabeza en dirección a la puerta. Junto a él, un periódico con fecha del viernes, o sea que la muerte ha debido ocurrir hace tres días.

Durante tres días he estado recibiendo mensajes para alguien que ha muerto sin que yo ni nadie lo supiera. Ya tengo el final de la historia y vuelvo alegremente a mi piso antes de avisar al portero para que avise a la policía. Voy a matar a Nadie. Podré al fin decir que he matado a Nadie.

Miada
Mada

Aventuras de Juanito

Cada primero de julio, Juanito cumplía quince años. Lo celebraba en su casa, con sus padres, sencillamente y con la promesa de acabar sus estudios y buscar trabajo. Los padres envejecían y morían, por lo que Juanito debía proveer a su reemplazo, yendo a la Casa de Expósitos o a las maternidades, donde solían abundar los niños abandonados por sus padres. Así criaba Juanito a sus nuevos progenitores, que crecían, maduraban, envejecían y morían conforme al ciclo normal de toda vida.

Juanito salía a la calle y frecuentaba lugares fijos. Uno de ellos era la Plaza, donde se reunían diariamente la Mujer, la Dama, el Llaverero, el Hombre de Bronce y la Vecina.

La Mujer estaba siempre vestida de fiesta y sostenía que sólo iba a la Plaza de paso hacia una gran recepción en uno de los más lujosos palacios de la ciudad. Bajo sus tules se veían sus diamantes. La Mujer sólo hablaba de las grandes fiestas del pasado y hacía listas de invitados ilustres, vestidos de señoras, orquestas que amenizaban los bailes y menús servidos en cada ocasión.

La Dama aparecía vestida de negro y guardaba un total silencio. Juanito sospechaba conocerla y, en efecto, cierto día revolviendo cosas en el fondo de un baúl, halló fotos de la Dama en compañía de unos señores bigotudos y solemnes, que los padres de Juanito – de los tantos que ha tenido y tendrá – le informaron que era sus abuelos y unos amigos de sus abuelos.

El Llaverero, como su nombre indica, disponía de muchas llaves, colocadas en una gran circunferencia de alambre que colgaba de su cinturón. Afirmaba que podía abrir con ellas todas las puertas de la ciudad y, en efecto, si se le pedía que describiese cualquier casa, lo hacía puntualmente.

El Hombre de Bronce pertenecía a una de las familias más importantes del país. Dueña de grandes campos, de edificios en alquiler, periódicos, fábricas de harina y de conservas, la familia se mostraba, además, en los mapas y en los planos, en las plazas y en las calles, dando nombre a

*Mujer
Dama
Llaverero
Hombre de Bronce
Vecina*

incontables lugares. Sus antepasados aparecían en sitios públicos fundidos en el mismo bronce que el Hombre de Bronce.

La vida del Hombre de Bronce se desenvolvía normalmente conforme a su condición. Cuando hablaba, su voz sonaba como un clarín y se oía en toda la ciudad. Cuando hacía el amor, desgarraba a sus amantes, dada la materia con la que estaba hecho. Cuando se emborrachaba, su paso vacilante lo hacía golpearse contra las paredes, produciendo auténticas campanadas. Sus estornudos eran de trompeta y sus pedos, de tuba wagneriana.

La Vecina bajaba espaciadamente a la Plaza. Estaba casi todo el día encerrada en su comedor, con los postigos echados, viendo los programas de la televisión. Sólo obviaba los deportivos, tiempo que aprovechaba para ir a la Plaza. Allí se ocupaba de relatar detalladamente los noticieros, los desfiles de modas, las mesas redondas, los entretenimientos, las teleseries y las tertulias de famoseo. Creía a tal punto en lo que veía por el televisor que una tarde se quedó sentada bajo la lluvia, empapándose hasta la neumonía. Insistía en que el aguacero no era real porque el pronóstico de la televisión había anunciado buen tiempo.

Otros lugares frecuentados por Juanito eran el velatorio del Gran Líder y el Café de los Dos Hermanos. El Gran Líder había gobernado hacía medio siglo y acababa de morir. Todos los habitantes de la ciudad hacían cola para ver el cadáver. Hasta el Gran Líder estaba en la cola, argumentando que hacerlo era un deber cívico.

En el Café de los Dos Hermanos estaban Pedro y Manuel, el mayor y el menor, examinando los papeles de la familia, en busca de los antepasados y las genealogías. Se carteaban con archivos extranjeros y con academias de heráldica, acumulaban pergaminos y fotocopias, y obtenían daguerrotipos, grabados, óleos y dibujos en que aparecieran retratados sus mayores.

Cierto día, la Dama se levantó de su asiento en la Plaza y partió intempestivamente. Juanito decidió seguirla. Atravesaron barrios muy poblados, luego suburbios con jardines y, finalmente, llegaron al deslinde donde empezaba el campo. Allí había un viejo depósito de agua en

Malos ejemplos

desuso, hecho en ladrillo y con ciertos detalles que, por comodidad, llamaremos bizantinos.

La Dama entró en el depósito por una grieta de la pared. Juanito la imitó. Dentro había corredores y escaleras y, en el centro, una enorme pila de aguas turbias. La Dama se arrojó serenamente a ellas. Juanito sintió asco y miedo pero, cerrando los ojos y tapándose la nariz, hizo lo mismo. Al principio percibió un repugnante sabor de agua sucia y jabonosa, luego un frío que suprimía casi todas las sensaciones, por fin una suerte de pinchazos producidos como por cristales muy agudos, tal si el agua se hubiese transformado en un montón de botellas rotas.

Juanito vio pedazos de su cuerpo divagando muy lejos y comprendió que se había destrozado y que sería difícil reconstruirse. En ese momento se sintió arrastrado hacia abajo, hacia un espacio oscuro que percibió como un túnel muy estrecho. En su desembocadura se halló en una pila de azulejos blancos, con su cuerpo íntegro y limpio, sólo que desnudo.

La Dama estaba de pie al borde de la pila y lo llamaba con un gesto. Curiosamente, Juanito no sintió vergüenza de su desnudez ni, especialmente, de su miembro, que estaba erecto.

La Dama lo condujo a una sala donde estaban todas las mujeres de la ciudad, también desnudas y yacientes. Juanito las debía poseer, una por una. Y así lo hizo, bajo la mirada fija pero indiferente de la Dama, enfundada en sus ropas negras y sentada en un sillón. La actividad duró años, pero Juanito, como sabemos, cumplía los quince cada primero de julio.

Cansado, sudoroso y feliz, Juanito volvió a la pila blanca, se lavó en ella y se abandonó al sueño. Ahora flotaba, horizontal, por el túnel, el bosque de vidrios y el agua jabonosa, pero su cuerpo estaba íntegro, tibio y compacto, y nada sentía fuera de él. Despertó en el viejo depósito de aguas. La Dama había desaparecido y no volvería a verla. A su lado halló ropas nuevas, blancas, recién planchadas, y una varilla de oro. Se vistió y, empuñando la varilla como un cetro, volvió a la ciudad.

Su casa estaba desierta. Seguramente, en su ausencia habían vuelto a morir sus padres y se los habría llevado

Malos ejemplos

una empresa funeraria o el ayuntamiento. Esta vez no buscó reemplazo. Se tendió en la cama y apagó la luz. Era de noche y la varilla de oro parecía latir con una luminosidad que salía de su interior.

Juanito volvió a encender la luz y buscó fotos de la Dama. Pero algo extraño había ocurrido en ellas porque la Dama había desaparecido y los demás personajes seguían en sus lugares. Entre ellos, el Viejo de la Montaña que, según las creencias de la gente, vivía al Sur, aunque allí no hay montañas. El Viejo se había dejado fotografiar a la entrada de su cueva, en un lugar que podrían ser las estribaciones de una cordillera. Todos decían que alguna vez el Viejo de la Montaña vendría a la ciudad y se apoderaría de ella.

En la Plaza no le quedaban ya a Juanito más conocidos. La Mujer había muerto en una fiesta al tomar un canapé con veneno. El Llavero quedó encerrado en una casa abandonada y pereció de hambre y sed porque su voz era inaudible y la puerta no podía abrirse por dentro, ya que se había estropeado su cerradura. La Vecina había perecido electrocutada al intentar una reparación casera del televisor. El Hombre de Bronce se había fundido en un incendio, salvo sus manos, que eran de mármol, y que, tiznadas y deterioradas, se exhibían en el museo histórico de la ciudad. Pedro y Manuel disputaron por la herencia de la familia, una vez aclarado el haber sucesorio, y el mayor mató al menor. Fue llevado preso y pidió ser condenado por fratricidio, delito que no existe en nuestras leyes penales, por lo que se lo sancionó como homicida simple, lo cual le ofendió muchísimo. Caso similar fue el de un vampiro que apareció en la ciudad por aquellas fechas y que no pudo ser penado por vampirismo, sino por lesiones (desgarrones en el cuello) y abusos deshonestos contra una muchacha de servicio.

Juanito se sorprendió al comprobar que por la calle todos lo reconocían y se detenían a saludarlo, dándole abrazos, pescozones y besos. Las mujeres le parecían vagamente conocidas, como esas personas que hemos visto sólo una vez. Eran las mujeres que había poseído en su viaje y las hijas y los hijos que habían dado a luz, todos iguales a Juanito. Les prometió pasar un día en casa de

*Muchacha
de servicio*

cada uno de ellos, cumpliendo con sus tareas de padre, o sea corregir los deberes escolares, controlar las comidas, vigilar el lenguaje y dar algunas nociones de historia y de civismo.

Así lo hizo hasta la Gran Noche, cuando la ciudad se vio invadida por una suave luz rosada, como de niño recién nacido, y todos los objetos se estiraron hasta alcanzar la perfecta rigidez de una escultura. Se enderezaron los árboles, las inclinadas torres de las iglesias y palacios, los obeliscos de los fundadores, los sables corvos de los próceres, los cigarrillos rotos y desdeñados, los dedos de los artríticos, las onduladas barbas de los santos. Los varones vieron súbitamente erguidos sus miembros y los novios amaron a sus novias, los maridos a sus mujeres y los desconocidos a las desconocidas, todos a la vez y durante quince minutos. La ciudad vibró en un alegre quejido unánime. Sólo Juanito estaba solo, encerrado en su cuarto y pensando dónde podría estar la Dama.

A la mañana siguiente, el Gran Líder recogió su ataúd y salió de la ciudad, seguido por todos sus habitantes. Marcharon hacia el Norte, con sus enseres domésticos, sus tesoros, instalaciones industriales, bibliotecas y coches. La ciudad quedó pelada, con sus casas vacías, inútilmente abiertas.

En el Norte habitaba un pueblo de gente oscura, cuya capital estaba rodeada de junglas. Eran adversarios de la ciudad y siempre competían por los campeonatos de fútbol. Allí se juntaban dos anchos ríos en forma de titánicos pechos o nalgas.

Solo en la Plaza, Juanito veía volar algún papel olvidado por el éxodo. La varilla de oro se había apagado. No era de oro sino un artificio eléctrico cuya pilas estaban descargadas. Pensó que, tal vez, había llegado el momento para que tomara posesión de la ciudad el Viejo de la Montaña, que vivía al Sur, donde no hay montañas.

Malos ejemplos

Los ruidos del mundo

¿Cuándo y cómo había venido a parar el Yeti al fondo de nuestra casa? A esta pregunta, mi madre contestaba contrayendo los labios y desorbitando los ojos; mi padre, reprimiendo una sonrisa y llevándose el índice derecho a la boca, en gesto de imponer silencio; las sirvientas, huyendo entre risas sofocadas; los parientes viejos y lejanos, encogiéndose de hombros en demostración de ignorancia o indiferencia. Resultaba inútil que mis hermanos y yo repitiéramos nuestra curiosidad.

En el fondo había una enorme mata de gramíneas cuya altura equivalía a la del piso bajo de la casa. Parecía la cabeza de un ídolo cuya cabellera verde, incontable y profusa, ocultaba la cara. En verano daba unas varas robustas con una suerte de mazorcas de color esmeralda, que se blanqueaban como nubes de humo ferroviario al llegar el otoño y se pudrían pacientemente bajo la nieve. El follaje permanecía inalterable.

Entre la mata y las paredes laterales corrían dos ajustados pasillos de hierba salvaje que nadie se aventuraba a recorrer. Más atrás prosperaba lentamente un cañaveral de bambú, solidario, impenetrable, suavemente inclinado por los vientos que le arrancaban unos quejidos de instrumento de música oriental. Muy poco se podía divisar de un pabellón curvo, de hierro fundido, con turbios cristales blancos y azules.

Nunca vimos al Yeti pero a la entrada de la mata había un pequeño hueco ante el cual las sirvientas dejaban los restos de la comida diaria. Lo hacían al atardecer y, a la mañana siguiente, la comida aparecía reemplazada por un rastro húmedo, espeso y de aspecto pegajoso, tal vez el aliento o la baba del Yeti. Durante el día, a veces, lo oíamos removerse dentro de la mata, con un ruido de hojas lenta y fuertemente pisoteadas. En los veranos la gramínea despedía un olor peculiar. Por la consistencia que tomaba la atmósfera como anuncio de una tormenta, este olor se volvía denso y masticable. Pero no sugería la presencia cercana de un animal, sino de cosas mojadas y lejanas, como si acabara de llover en alguna parte.

Malos ejemplos

Lo sentíamos, en cambio, muy próximo cuando se ponía a cantar. Era por las noches. Si hacía buen tiempo, el canto entraba por las ventanas abiertas, estremecía las tarimas, hacía tintinear los cristales y tiritar de placer las sábanas, y manoseaba la densa pompa de los terciopelos. Nos despertaba hasta el insomnio o nos cantaba en sueños, interrumpía las sobremesas tardías, las discusiones políticas y los chasquidos del póker, apagaba la brasa de los puros y vaciaba de burbujas el champán, hacía crecer los helechos y marchitaba las orquídeas, adelantaba partos y menstruaciones. Era una voz que tenía color y temperatura, era azabache y tibia. Monótona y grave, permitía imaginar a un brujo primordial que había conseguido aprisionar a un dios maldito en un abismo cercano al infierno.

Fue durante uno de aquellos conciertos cuando nuestro hermano mayor se declaró autor del embarazo de nuestra hermana menor. Todo el mundo felicitó a los futuros progenitores pero, al cesar el canto, el detalle se había olvidado y hubo que casar de prisa a la niña con un vecino que, poco después, deshacía el matrimonio y se metía a cura.

En invierno, con las ventanas cerradas, la voz del Yeti parecía venir de los cimientos de la casa como el eco de una batalla lejana o un cercano temblor de tierra. El jardín escarchado y alumbrado por la luna también se estremecía y sus cristales de hielo se pulverizaban hasta fingir una niebla luminosa.

Visitábamos a nuestros primos del campo. Paseábamos por los trigales, por las orillas del río y merendábamos bajo los cielos de azul fuerte y nubes rotundas. Cuando ellos venían a la ciudad los llevábamos a los teatrillos de revistas, los casinos y a un establecimiento higiénico llamado *Los montes de Ucrania*. La primera vez que concurrí a él fue, justamente, con mis primos que habían venido a festejar mis dieciséis años. Me adjudicaron una señora que parecían conocer porque la tuteaban y la llamaban familiarmente por su apodo de Rilette. Estaba sentada en el recibidor, con las gafas puestas y leyendo un ejemplar de *El Museo de las Familias*. Cuando le fui encomendado, dejó de leer y me dijo *Accompagnez-moi*.

Malos ejemplos

Me llevó a una habitación penumbrosa, me quitó las ropas y las acomodó ordenadamente sobre un sillón. Luego me explicó lo que íbamos a hacer en tres capítulos, luciendo un acento vagamente extranjero, y los puso en práctica.

-- Uno, así, muy bien. Dos, así, óptimo. Tres, así, perfecto. Vamos a repetir. Uno, dos y tres. Vaya, has aprendido enseguida, pequeño. Bueno, sigamos. Siempre igual, siempre igual, seguir, seguir.

Todo ocurrió conforme a la rápida lección. Al rato, Rilette había retomado su lectura en el recibidor. Mi primo el mayor pagó con un cheque y pidió unas copas. Las bebimos en una terraza que daba al jardín. La luna llena permitía observar los detalles del lugar, especialmente un pabellón de hierro fundido con lechosos cristales blancos y azules. Entonces ¿estaban *Los montes de Ucrania* a pocos metros de casa, detrás de la guarida del Yeti? Ciertamente, porque su canto se pudo oír con toda la claridad del plenilunio. Hasta sentimos que la tarima y los cristales, obedientes a la música, se estremecían.

-- Caramba, qué bien imitas al Yeti – me dijo uno de mis primos.

-- ¿Imitar al Yeti? ¿Quién?

-- Tú. No pretendas disimular.

-- No. No soy yo, es el Yeti quien está cantando.

-- Anda ya, encima quieres que te creamos. La voz del Yeti salía de tu garganta.

Los demás corroboraron la opinión de mi primo. Sin duda, el canto del Yeti era capaz de todas las sugerencias. Se apagaron los cigarros y el champán dejó de burbujear. Salimos a la calle. Anduvimos vagando por los alrededores, demorándonos en volver a casa. La ciudad parecía rodeada de campamentos militares, con atentas hogueras y guardias despiertos. Uno de mis primos anunció la guerra próxima y afirmó que era imprescindible prepararse para defendernos.

Malos ejemplos Blas Matamoro

Errores de la muerte

Se lavó las manos varias veces y con energía. Miró detenidamente cómo la espuma del jabón se escurría, dejando aparecer sus dedos y el lacio vello y las pálidas uñas, como si todo acabara de ser creado. Acariciaba la pastilla con lentitud y aplicación, mientras su mirada recorría las fotos que rodeaban el espejo del baño.

En los azulejos blancos, la luz de la lamparilla se multiplicaba como en un firmamento de teatro y formaba una modesta guirnalda en torno a sus remotas imágenes de boxeador. Examinaba la torpeza de sus poses, las piernas mal afirmadas, los puños sin dirección, el torso inclinado y como encogido de miedo. Recordó el abrupto final de su carrera, un tortazo más efectivo que los anteriores en un ring de extramuros, tras olvidables peleas en clubes de barrio.

Se inclinó otra vez para enjuagarse las manos. Oyó la habitual serie de sonidos que se producían en su cabeza: una nota de trompeta, el motor de un camión Dodge 500, un tren atravesando la llanura.

Su madre había dispuesto sus fotos en ese cuarto, no en la sala ni en el comedor, ese cuarto donde se depositan inmundicias y suciedades. Como cada dos semanas, él estaba visitando a su madre, que acababa de despedirse de la sirvienta hasta el día siguiente. El hijo la atendería en su lugar. La señora sostenía con descarnadas manos una taza de té migado y perseguía sin tregua las imágenes del televisor.

Él se sentó a su lado, fingiendo interesarse por una historia de detectives negros. La madre le informó que había muerto un vecino y él, como hijo suyo, debía representarla en el velatorio, llevando una carta de condolencia. La invalidez le impedía desplazarse pero no quería dejar de manifestar su solidaridad con el dolor ajeno.

Él respiró con alivio. Sofocado por la bochornosa jornada, el encierro en aquella sala húmeda y la violencia del telefilme, salir al aire libre le sentaría bien. Tomó el sobre y salió a la calle.

Malos ejemplos

El velatorio era en las afueras, junto a la vía del tren. No reconoció el barrio, que no frecuentaba desde hacía veinte años. Escasos sitios le resultaron familiares. La noche y los crecidos árboles aumentaban su confusión.

Llegó a la dirección buscada. Entró por un zaguán a un largo corredor con hileras de macilentas sillas de paja ocupadas por una multitud de desconocidos. Reconoció vagamente algunos perfiles, personas que había visto en la niñez y que ahora tenían su edad.

Preguntó por la viuda, se la presentaron y le entregó la carta. Era una muchacha bien formada, de piel blanca, vestida con unas ropas de luto que, evidentemente, le habían prestado. Le iban ceñidas, eran de corte anticuado y olían a pulcro encierro de armario. El hombre reparó en sus nutridos pechos, su piel levemente transpirada y los cabellos adheridos al rostro humedecido por el llanto de los malos momentos.

Con fastidiosa paciencia, se sentó en el corredor. Algunos pocos se veían doloridos. Los demás compartieron su aburrimiento. Ni siquiera pudo ver al muerto, pues el cajón estaba ya cerrado. Oyó comentar que lo habían hallado en la vía pública y el juez, ordenado la autopsia. Por eso se había sellado el ataúd: el cadáver estaba impresentable.

Al rato trajeron a los hijos del difunto. Dos eran niños y el tercero, un bebe que, ignorando lo que ocurría, se entretuvo en gatear sobre la tapa del sarcófago, que le atraía por lo lustrosa y resbaladiza. Él pensó que el bebe seguía alimentado por su madre y pudo imaginar el rotundo pecho y el enhiesto pezón, húmedo de saliva pueril, entrando y saliendo de la suave boca desdentada del lactante.

A lo largo del corredor había una medianera, evidentemente de construcción posterior a la original. También la fachada parecía un inserto. En cambio las baldosas, las columnillas de fundición y las habitaciones alineadas reconocían mayor antigüedad. El hombre recordó haber estado antes allí. Con su disposición primitiva, había funcionado en la casa el prostíbulo de su adolescencia.

Pasó revista a su primera visita y a sus comienzos de boxeador, en el ring improvisado en el patio, con un

viuda
abaja

entorno de mesitas y sillas para jugar a los naipes o a los dados y beber una copa. La clientela se entretenía esperando turno y el premio al vencedor era un servicio gratuito a cargo de una pupila que podía elegirse.

Volvió a inclinarse, esta vez para enlazar los cordones de un zapato, y escuchó de nuevo los sonidos de su golpeada cabeza, ahora asociados a otras memorias: el viento en su piel de boxeador, el ardor de una herida, la fresca sábana bajo su cuerpo demolido. Tal vez había hecho el amor en la misma pieza donde velaban al vecino, con una mujer parecida a su viuda.

Bebió un café aguado y frío, tragó un licor amenazante, averiguó algo sobre la muerte del muerto. Lo habían hallado la noche anterior en la parada del autobús.. Entonces supo que se trataba de su más reciente víctima. Un asunto fácil porque normalmente le hacían frente o intentaban huir, pero éste, seguramente, pensó que se le acercaba un insospechable pasajero, alguien que esperaba el autobús.

Le dio con una barra de metal en la nuca y creyó ver que, al desplomarse, el otro le pedía una explicación, ensayaba una vana pregunta. Lo arrastró hasta unos matorrales y le descerrajó el habitual tiro de gracia. Luego, con manos enguantadas y nerviosas, abrió la pequeña maleta que llevaba el otro. Contenía catálogos y muestras de pinturas. Los datos no coincidían con los previstos. Repasó el apunte en clave que llevaba en un bolsillo. Se había equivocado. Estaba en Tres Cruces y lo convenido era en Cuatro Cruces.

Huyó como pudo. El jefe le pediría cuentas y él no sabría qué decir, mientras el hombre de Cuatro Cruces estaría ya en lugar seguro. Limpió todo rastro pero, por las dudas, se consideró un fugitivo. Pasó la noche en el hotel de comercio de cualquier parte, llamó a su casa dando olvidables excusas, a la mañana siguiente se metió en una iglesia, en un supermercado, en un cine pornográfico. Ancianas devotas, señoras con niños y tenaces masturbadores le ayudaron a olvidar, no a pensar una escapatoria. Por la tarde, según lo habitual, fue a la casa de su madre.

viuda
viuda
viuda

Abandonó el velorio y retomó su coche. En la oscuridad encontró la autopista y pasó por Tres Cruces. Sorteó controles de la policía y vio cómo se batían los alrededores. No evitó pensar que esos hombres lo buscaban sin saberlo. Por un rato condujo en desorden: caminos comarcales, polvaredas, callejones sin salida que terminaban en clausurados portones. Volvió al pueblo de su madre. Era la medianoche pero su reloj se había detenido a las cinco de la tarde. Creyó que eran las cinco de la mañana y que su madre estaría dormida.

Bajó del coche en la estación de trenes y siguió a pie. Se repetían las casas silenciosas, los jardines sombríos, los ladridos. Se quitó los zapatos y avanzó los últimos metros de puntillas. Las puertas, de bisagras aceitadas, eran silenciosas.

En la casa apagada todavía parpadeaba la pantalla del televisor. Frente a él, yacía muerta su madre. Con la tardanza, él había olvidado preparar su medicina. Quizá la inválida se había distraído siguiendo una teleserie y tampoco había mirado el reloj. Ahora un locutor anunciaba para el día siguiente buen tiempo y cielos despejados.

Extrajo los guantes que usaba en sus tareas. Vacío el frasco de la medicina en el wáter, humedeció un vaso y lo puso entre las manos de su madre. Al apagar la luz del baño, echó una última mirada a sus fotos y escuchó la nota de la trompeta, el motor del Dodge y el silbato de la locomotora.

Malos ejemplos

La otra

Juan y María se casaron y se fueron a vivir a chalé flamante, en un suburbio muy de moda, hacia el Norte de la ciudad. Juan consideró entonces abandonar su departamento en la Plaza de las Hierbas. La opinión de María en contra fue decisiva. El departamento se conservó.

Estaba en el penúltimo piso de un inmueble vetusto y había pertenecido al padre de Juan, muerto tiempo atrás. Allí el padre tuvo su bufete de abogado, antes de entrar en la carrera judicial. Entonces lo dejó a sus hijos para que estudiaran con tranquilidad. La casa estaba llena de libros jurídicos, repertorios de jurisprudencia, revistas de legislación. El único de los hijos que acabó su carrera fue Juan, quien solía reunirse con sus compañeros de Derecho a preparar sus exámenes, resolver los grandes problemas políticos del mundo, comentar los estrenos de cine y las carreras de caballos, y citarse con amoríos más o menos permanentes.

María sostuvo que el departamento era una reliquia de familia y estaba en un barrio que iría valorizándose con el tiempo. Juan lo usaría para recogerse, meditar y leer, en tanto iba o venía de su negociado en el Ministerio de Fomento. La esposa insistió sobre algo más: un lugar tan íntimo y personal no podía ser invadido por extraños, de modo que ella misma se ocuparía de arreglarlo y limpiarlo. Una vez por semana se trasladaba a la Plaza de las Hierbas, en ocasiones con una caja de materiales, un plumero nuevo, una botella de lejía, y cumplía su cometido.

Por esto, no se sorprenderá el lector de lo siguiente: que María haya tomado la iniciativa en el tema del embarazo de Rosa.

-- Juan – le dijo ni se te ocurra hacer abortar a Rosa. Los hijos son de Dios, sea quien fuere el padre.

Juan, asombrado, apenas pudo explicar que el hijo de Rosa tal vez no fuera suyo.

-- No importa – concluyó María – los otros padres posibles no tienen cara ni nombre. Tú eres el más cercano, el más concreto. Ya le buscaremos un marido.

Malos ejemplos
Blas Matamoro

María y Rosa se habían conocido en el piso de la Plaza de las Hierbas. Rosa tocó el timbre, María abrió la puerta y oyó la típica pregunta:

-- ¿Está don Melquíades Álvarez?

-- No hay ningún Melquíades Álvarez en la casa.

La estrategia de Rosa le permitía acceder a todos los pisos y, eventualmente, encontrar a un hombre como Juan, interesado en saber más de ella. Así, María se enteró del estado de gravidez, consiguió un buen obstetra para Rosa y, una vez convencido Juan de la necesidad del nacimiento, se produjo y Juanín – que así acabó por llamarse el niño – fue criado con la ayuda económica del matrimonio. Rosa es hoy la mujer de un dentista que ha dado su apellido a Juanín.

Enseguida quitamos a esta gente del cuento pero antes hay que decir algo más: Juanín, siendo muchacho, cortejó a María Juana, una adolescente entonces, la hija mayor de Juan y María. Correspondió a ésta una fina labor disuasoria para separarlos, por las dudas de que se produjera lo peor. Afortunadamente, Juanín enfermó de tisis y debió pasar dos años en la sierra, como resultado de lo cual María Juana se olvidó de él y se puso de novia con Roque, su marido actual.

Pasillo por medio con el piso de Juan, vivía Madame Rambowska, exilada polaca que intentaba entenderse con todo el mundo en francés y daba clases de canto. Una de sus alumnas, acaso la más exitosa, fue Blondie Suárez (en la vida civil: Martirio Suárez González), estrella, durante décadas, de nuestras revistas musicales. En efecto, quién no recuerda los estrenos de *Las nerviosas* y *Las acaloradas de Villaviciosa* y, aún antes, aquel fin de fiesta donde impuso el chotis *Estrújame Pancho*?

Blondie empezó sus estudios apenas púber y su voz angelical, sometida a la implacable disciplina de arpegios y escalas, llegó a oídos de Juan una tarde de invierno, cuando repasaba el texto constitucional de Beluchistán.

Juan esperó detrás de la puerta la salida de la alumna, a quien su abuelita aguardaba en el portal. Le preguntó cuál era su flor favorita y la niña, sin titubear – Juan esperaba que lo hiciera – dijo que la camelia, pues picaba alto desde chica.

Melquíades
Álvarez

Juan regaló docenas de camelias antes de convencer a Blondie de que dijese a su abuelita que la clase iba a ser más prolongada, pues así lo exigían los programas de la discípula aunque, finalmente, su repertorio se orientara hacia *El baile en el Savoy* y dejara de lado *La traviata* con sus respectivas camelias. Persuadida la abuelita, Blondie pasaba media hora en el piso de Juan.

Se presentaron algunas dificultades. La familia de Blondie sufría aprietos económicos y las clases estuvieron a punto de suspenderse. Fue entonces cuando María conminó a Juan para que pagase esas clases. No sólo eso, sino que fue a ver al maestro Fontaneda, en el Teatro Principal, para que tomara una prueba a Blondie y la incluyese en su elenco, aunque fuera como corista de segunda fila. Y así empezó una carrera que, por pública y notoria, no voy a detallar. Juan y María siempre concurrían a los estrenos de Blondie, Juan fue el padrino de bodas de la estrella con el marqués Dei Rigattoni y su consuelo más firme en la viudez que la obligó a volver a las tablas, a divertir la insaciable curiosidad del público, ocultando el duelo en su corazón entre lentejuelas y plumas.

Con Evelyne Pérez las cosas no fueron tan lineales. Esta alumna de Juan en las clases de derecho internacional privado tenía un aspecto trágico que, enseguida, dio mala espina a María. Era hija de una jerezana y de un marino escocés que nunca la reconoció como suya, y la mezcla de tanto Sur y tanto Norte no resultó feliz, al menos no lo parecía.

Evelyne era melancólica y silenciosa, capaz de estarse horas sin hablar, escuchando las sinfonías completas de Anton Bruckner. Leía a autores nihilistas y no aceptaba Dios, amor, leyes ni fe alguna.

María aconsejó a Juan que se apartara de la muchacha, tanto más peligrosa cuanto que era inteligente y leída, pero no hubo caso. Todo fue empeorando cuando Evelyne se entregó a la droga, lo cual la empujó a frecuentar ambientes de mala nota y a gastar el dinero propio y ajeno en la preciosa sustancia que tenía nombre de triunfo: heroína. Juan pagó parte de estos hechos heroicos, en tanto María se entrevistaba con un especialista y éste le aconsejaba un tratamiento gradual, pues la

Malos ejemplos
Blas Matamoro

abstinencia brusca es peor que la adicción más desenfrenada. Por su parte, intentó matizar las lecturas de Evelyne, aconsejándole los existencialistas cristianos, cuya desgarrada religiosidad parecía tan a tono con el aire moribundo que cultivaba la muchacha.

Nada de esto dio resultado. Evelyne se suicidó con una sobredosis y cayó sobre una alfombra, en el piso de Juan.. Cuando éste llegó, el cadáver estaba rígido y helado. Llamó a María y la citó de urgencia. María le aconsejó que esperase a la noche y sacara el cuerpo a la calle simulando que estaba vivo, para despejar las sospechas del portero y los transeúntes. No habría apenas gente, a esas horas, y los negocios estarían cerrados. Había oportunos huecos en las ruinas y las demoliciones.

Cubrieron a Evelyne con un abrigo y un sombrero, la tomó cada uno de un brazo y, con pasos pequeños y lentos, simularon pasear los tres, conversando amablemente. En un solar que daba a un callejón, forzaron la valla y arrojaron el cadáver. La policía lo encontró al día siguiente por una denuncia anónima y atribuyó la muerte al suicidio por intoxicación, sin vincularla con nuestros esposos y así sale Evelyne de la historia.

Juan conservaba su puesto de funcionario y su cátedra gracias a que sus relaciones políticas eran lo suficientemente matizadas como para no resultar molesto a ningún gobierno. Cambiaban los ministros y los directores generales pero el jefe de negociado permanecía en su puesto. Si había un gobierno de izquierda, él sostenía que el elemento más importante del orden es la libertad y, si había un gobierno de derecha, sostenía que el elemento más importante de la libertad es el orden. Su doctrina se basaba en el principio de que el orden sin libertad es tiranía y la libertad sin orden es libertinaje. Imposible no tener espacio, de tal modo, tanto en el pensamiento conservador como en el reformista, pues en la defensa de la patria y de los eternos valores de la humanidad estaban y están todos de acuerdo.

Ahora bien, ya sabemos lo que fue la Guerra Grande, aquellos tres años de fratricidio que desgarraron a nuestro pueblo. Como lo sabemos y la materia es ajena a este cuento, lo dejaremos de lado. Sólo nos sirve para situar la

Malos ejemplos

aparición de Ilona von Pallenberg, toda de raso negro, corte de pelo *à la garçonne* y largas boquillas de ámbar. Se conocieron con Juan durante la primavera, en el transcurso de un baile que daba la legación anamita, y decidieron veranear juntos en un balneario de la Costa Azul. Fue por entonces cuando estalló la Guerra Grande y Juan, separado de su mujer y de sus cinco hijos, se vio obligado a permanecer entre Niza y Montecarlo, mientras Ilona, ya una declarada espía alemana, iba y venía entre Biarritz y Saint-Jean-de-Luz.

María pasó los tres años de la guerra en la capital, criando y alimentando a sus hijos como pudo, evitando los bombardeos, comprando en el mercado negro e intentando que no la confundieran con ninguno de los partidos en lucha, a pesar de sus secretas simpatías, porque podía resultar el derrotado. Las simpatías permanecieron secretas hasta el día de hoy.

El piso de la Plaza de las Hierbas – rebautizada Plaza de la Comuna – fue ocupado por un destacamento miliciano sin sufrir grandes daños. María consiguió que le entregaran los papeles y efectos personales pero no los que fueran de metal, requisados para las industrias de guerra. Desde luego, a nadie interesó la biblioteca jurídica, no obstante ser un tesoro de prejuicios burgueses.

Una bandera miliciano colgó tres años del balcón, fue desgarrada por los vientos y descolorida por soles y lluvias, hasta que la quemaron los vencedores, que devolvieron a los propietarios sus legítimas propiedades.

Durante la guerra, Madame Rambowska fue obligada a dirigir coros de milicianos, que sólo tenían en su repertorio *La Internacional* y *Bandiera rossa*, escasa doctrina como para conmover las creencias monárquicas de la señora. No obstante, dado su nombre eslavo y estas obligada militancia, fue sometida a un expediente de depuración. Juan y María intervinieron en su defensa sosteniendo que la extranjera había sido vilmente sometida a la coacción subversiva.

Cabe decir que María ya ostentaba por entonces la Medalla al Mérito Cristiano en grado de Suprema Comendadora y que Juan había recuperado su puesto en el ministerio y su cátedra. Se despidió de sus amigos

Madame Rambowska

franceses con un discurso donde sostuvo que la libertad nunca debía insurgirse contra el orden ni el orden oponerse a la libertad. Llegó a la capital y pronunció una conferencia en la cual defendió el principio de que cuando la historia nos constriñe a elegir entre la libertad y el orden, hemos de escoger siempre el orden.

Se reunieron Juan y María tras los años de dramática separación. Puede imaginar el lector lo tocante de la escena. En especial, fue difícil para Juan reconocer a sus hijos, dados los cambios producidos por el tiempo. Fue entonces cuando pronunció una frase que luego repitió incesantemente: "Sublime mujer, no te merezco." En cuanto a Ilona, el servicio secreto la destinó a los Balcanes y, después de vicisitudes imaginables, que no merecen mayor prolijidad, no se sabe si murió en un bombardeo o si logró escapar a Sudamérica con una identidad falsa.

Dediquemos dos palabras a Loli. Nuestros cónyuges la conocieron de niña, cuando jugaba con sus hijos mayores, vecinita simpática y pizpireta. Juan la hizo entrar en el ministerio. Loli se veía los martes y los viernes con Juanón, el hijo mayor de Juan, en una *maison meublée*, en tanto iba los lunes y los jueves al piso de la Plaza de las Hierbas. Los fines de semana desaparecía misteriosamente aunque se vino a saber que recalaba en un chalé de la sierra, propiedad de un banquero danés.

Loli abandonó el ministerio para dedicarse casi exclusivamente a los ministros. Con Juan y con Juanón se veía poco, dada la agenda, pero sí, a menudo, con María, porque una prima de ésta era la mujer de Javier, que llegó a ministro, y María recomendó a Loli que se hiciera amiga de la mujer de Javier. De tal modo, tomaban el té, iban a cine o jugaban al tute, los tres juntos.

Después de Loli viene el doloroso episodio de la enfermedad de Juan, pero creo preferible dejarlo para el final. Completemos rápidamente el cuadro de familia diciendo unas pocas palabras sobre los hijos. Juan y María tuvieron cinco, todos los cuales, no obstante las restricciones alimentarias impuestas por la guerra, crecieron sanos y fuertes. El mayor es Juanón y ha heredado la profesión del padre. Atiende los casos que Juan no puede aceptar por razones de tiempo. El segundo,

Malos ejemplos
Blas Matamoro

Mario, se casó con una rica propietaria del Sur y vive en una capital de provincia. Luego viene María Juana (para los íntimos: Marijua), casada con un rico industrial. Todos han dado nietos a los abuelos: Mario y María Juana, dentro del matrimonio. Juanón, fuera.

El cuarto vástago es Juana María (para los íntimos: Juama), que los padres conservaron soltera como báculo de su vejez. La fortuna secundó sus planes, porque ella siempre fue feúcha y paliducha, ahuyentadora de novios y sospechosa de lesbianismo. Pero no: Juama se conservó virgen leyó novelas piadosas del siglo XIX, oyó siempre misa de siete y desarrolló un bozo precoz. Sorprendió a los padres cuando les dijo que se metía a monja, decisión que nadie podía discutir. Se ha hecho adicta a la teología de la liberación y vive en una indescifrable república centroamericana.

El más pequeño se llama, como corresponde, Benjamín. Ha sido siempre un gran aficionado al cine, fraternal compañero de su madre, mal estudiante y con vagas nociones de pintura a la acuarela y ballet clásico. Un día se presentó en casa con Sinclair, un marinero negro que cumplía su servicio en la Misión Americana, en una base del litoral. Si la libertad no compromete al orden, es admisible, dijo Juan cuando Benjamín propuso que Sinclair se quedara a dormir para ahorrarle gastos de alojamiento. Actualmente son propietarios de un hotel en Agadir, adherido al Club Mediterráneo y prosperan en su profesión.

Como el lector comprenderá, cuanto antecede es relleno y prolegómeno a la escena final, que es la importante. Para contarla debemos saber un par de cosas más. Una es la enfermedad de Juan. Sufre de mala irrigación en la cabeza, por presión de las vértebras cervicales sobre los vasos que llevan y traen la sangre a tan capital zona de la humanidad. Esto le produce serios vahidos, tanto que, cierta vez, se cayó por la escalera en Plaza de las Hierbas. Desde entonces, a causa de una lesión medular, no puede mover las piernas, siquiera ponerse de pie.

El chalé de Juan y María está habitado sólo por ellos, pues las dos sirvientas concurren unas horas al día y se marchan a sus casas. El piso de la Plaza de las Hierbas ha

*Marijua
Juama
Benjamín
Sinclair*

sido conservado por María, quien lo visita regularmente, lo cuida y lo limpia.

Una tarde invernal, yendo hacia el piso, María se detuvo ante un escaparate y admiró un sombrero. Era negro y con un pequeño velo, como los que usan las mujeres que quieren ocultarse. Entró en el negocio y lo compró. Al probarlo ante el espejo consideró que no era adecuado a su edad. Pasó por la peluquería, se hizo teñir y darse un corte juvenil. El maquillador estiró sus cejas y dio a sus labios un rojo brasa que acababa de llegar al mercado con el nombre de *ceniza africana*. Luego siguió su camino a Plaza de las Hierbas.

Era invierno y estaba anocheciendo. Pasó junto a la portería y, al subir la escalera, notó que la portera, que estaba conversando con otra mujer, bajaba la voz. María se sintió picada en su curiosidad y, aprovechando la penumbra, se quedó a escuchar.

-- ¿Quién es?

-- La del penúltimo piso.

-- ¿Cuál? ¿La mujer de don Juan?

-- Sí. Bah, ésa que dice ser la mujer de don Juan. En realidad, es su amante de toda la vida. La mujer es la que vive con él, en un chalé allá por Pinar Viejo.

-- Ah, entonces ésta es la otra.

-- Hombre, claro que es la otra.

Ya de noche, María dio un paseo por el bulevar. Había caído un chubasco y las luces eléctricas se multiplicaban suntuosamente sobre el pavimento. La calle parecía un salón iluminado, a la espera del público. En un espejo, se miró de nuevo y le costó reconocerse. Se preguntó quién sería esa otra. Entró en una confitería y pidió un té con pastas. Le pareció que todo el espacio estaba lleno de mujeres solas que tomaban tés con pastas, que acababan de salir de la peluquería y lucían sombreros encubridores. Al rato llegaron unos hombres solemnemente trajeados, como si salieran de un ministerio. Salvo a ella, saludaron a las demás mujeres.

Volvió a casa en taxi. Las sirvientas se habían marchado. Juan yacía en su sillón de la sala. En vano pidió su silla de ruedas, su orinal, sus huevos escalfados, su somnífero, su tableta de chocolate y su control remoto para

picada
picada
picada

el televisor. María siguió de largo, sin siquiera encender la luz del pasillo, y subió a la alcoba. Se echó boca arriba sobre la helada seda del cobertor tras encender unos pebeteros con pastillas aromáticas. Más allá del humo, su figura le resultaba irreconocible en la luna del armario. ¿Serían así las otras? Se quedó adormecida. Al despertar, Juan ya había dejado de pedir y la casa estaba en silencio.

María se quitó el sombrero, se desvistió y se metió en la cama. Puso tres almohadas, para evitar que se le deshiciera el peinado.

*María
María
María*

Dos camelias

Me llamo Pablo Gaspar de Achával. Es fastidioso llamarse así porque suena a personaje de novela cursi en la cual todos los personajes tienen nombres novelescos y el lector se predispone a considerarlos mentirosos. Pero como estas páginas van en primera del singular, evitaré nombrarme. Diré simplemente “yo”.

Hace poco ha quedado en libertad Olimpia Barocchi, tras cuarenta años de prisión en la fortaleza de la Isla Mayor. El hecho fue largamente comentado por el periodismo y ahorro repeticiones. Diré que, en estas cuatro décadas, seguí atentamente la vida de esta ilustre reclusa aunque, en los primeros tiempos, la información fuera escasa y equívoca. El crimen que la llevó a los tribunales y, más tarde, a la cárcel, tuvo una aureola de escándalo y suscitó toda clase de versiones, igualmente convincentes e improbables. Lo único cierto es que Olimpia había matado a cuchillazos a Sigmund Gregoretti y que, hallada con el cuerpo del delito a sus pies, hubo de confesar y ser fácil objeto de condena. Se dudó entre la horca, el garrote vil y la guillotina. ¿Cuál de estos métodos era el más civilizado? Por fin, el Tribunal de Apelación redujo la pena a reclusión perpetua en aquellos tropicales parajes. Allí fue a dar Olimpia, entre anarquistas tenaces y jubilosos parricidas.

Se adujo que las relaciones de su padre, Temístocles Barocchi, dueño de una cadena internacional de hoteles, los Tropicana Palace, habían influido en la conversión de la pena, aunque también pudo jugar a favor de la mujer su extrema juventud – Olimpia estaba por cumplir los veinte años – y las previsibles consideraciones de sexo. Tres jueces varones no se atrevieron a suprimir la vida de una joven mujer, tierna y débil como todas las mujeres. Más que culpable de un sangriento homicidio, tal vez fuera la víctima de sus impulsos.

Olimpia aprovechó la prisión para convertirse en la ilustrada mujer de todos conocida. Aprendió idiomas y perfeccionó sus conocimientos musicales. Fundó un coro de reclusos y, más tarde, un elenco teatral con sus compañeras de fortaleza. El repertorio estaba compuesto

Miada Malabar

por los más exigentes clásicos. Organizó encuestas de sociología criminal y desarrolló una teoría muy personal sobre la causalidad en los delitos de sangre en los trópicos, que hoy, en forma de libro, se estudia en todos los institutos de la especialidad como *doctrina Barocchi*.

Con los años, la Isla Mayor se convirtió en meta de diversas peregrinaciones. Directores de teatro, criminalistas, funcionarios de prisiones, filántropos, damas de caridad y arzobispos acudían a entrevistarse con Olimpia y a conocer sus instalaciones. Talleres, biblioteca, sala de espectáculos, gimnasio, piscinas cubiertas y descubiertas, todo era objeto de curiosidad y de reportajes periodísticos, libros de aproximada veracidad y encuestas sociológicas. Hubo pedidos de indulto pero Olimpia se negó a suscribirlos.

Me acerqué a ella tras su liberación, lo suficiente como para observarla luego de cuarenta años y evitando ser visto. Se ha instalado en una quinta suburbana, lejos de la multitud y sólo aparece por la ciudad para asistir al teatro, dar alguna conferencia y participar de seminarios cerrados, sin público. No concede entrevistas a los periódicos ni a las revistas, no contesta al teléfono aunque sí, con puntualidad y lentitud, a la correspondencia escrita, siempre en un tono cortés y distante, evitando todo lo personal.

Su leyenda y su altivez crecen con los días. La gente, en su presencia, abre un espacio respetuoso que la vuelve distante, un corredor de silenciosa majestad. Olimpia, siempre de negro, la cara lavada y el cabello entrecano recogido con austeridad, camina con segura lentitud, mirando a lo lejos, por encima de las cabezas de la gente, con ojos inexpresivos y una mínima sonrisa invariable de sus apretados labios.

Su rostro comparte su edad pero su piel, con suaves marcas propias del tiempo, tiene la lozanía del aire libre. Parece una campesina educada que hubiera conservado los sencillos gestos del origen. Siempre la sigue, a cuatro pasos de distancia, una joven que hace de secretaria.

Me vi con Olimpia el día anterior al crimen. Fue durante un baile en la legación de Serbia. A la hora de las danzas regionales y el aguardiente a granel, salimos a un balcón y, al fin, pude abrazarla. Era una mujer abundante,

Miada
Maba

más oscura que la noche, cuya blancura cubierta de velos negros, apenas asomaba, como si estuviera lejos, cuando la luna se evadía de las nubes. Los ojos brillaban de dicha en la ceniza de las ojeras mientras yo comprobaba las sólidas perfecciones de su cuerpo. Sentí algo absurdo y verdadero: en los últimos siglos yo había frecuentado a esa desconocida

Todo ocurrió como en las perezosas novelas de amor o un melodrama de *matinée* para el abono familiar de los domingos. Arrancó una camelia, me la entregó y me dijo que se la devolviera cuando estuviese marchita. Desde luego, dada la debilidad de la flor, sería al día siguiente. Convinimos el lugar y allí concurrí, según lo acordado, con la difunta camelia en el bolsillo.

Era en un salón de té con una bóveda de cristales, el *Tropicana Terrace*. Apenas llegado, vi que Olimpia salía por la puerta opuesta con un hombre que podía ser mi réplica: igual bigote rubio, igual estatura, igual camelia blanca a punto de deshojarse. Al día siguiente sabremos todos que ese hombre es Sigmund Gregoretti, la víctima de la homicida.

Contaré en pocas palabras mi modesta aunque digna biografía. La mayor parte de mis lectores la desconoce y por eso mismo lo hago. Soy doctor en jurisprudencia y me he desempeñado como fiscal en lo contenciosos administrativo. He publicado monografías sobre derecho federal de aguas y aspiro a un sillón en la academia del ramo. He leído comunicaciones en congresos del tema, me he casado con Benigna Volonté y ella me ha dado cuatro hijos. Nuestros nietos suman ya una docena. Discreta y virtuosa, Benigna ha sido una compañera inmejorable en casi cuarenta años de matrimonio.

No ocultaré noticias íntimas. Soy miembro de la Asociación Wagneriana y por ello he conocido a Elfriede Weizsäcker, que ha encarnado a las heroínas del maestro alemán en nuestro teatro de ópera municipal. También frecuenté a la gran trágica italiana Tina Piccoli. Guardo de ambas ardientes cartas de amor para que la posteridad las examine como mejor le parezca.

Mención especial merece Edmée Ducange, cuya voz celestial de soprano ligera se vio enmudecida por una

Malos ejemplos

afección de laringe que la obligó a abandonar los escenarios y abrir una academia que ha alcanzado merecida fama entre nosotros. La conocí en la tertulia que mantenía en su salón, los sábados por la tarde, después de los almuerzos del tribunal y antes de las sesiones de la Wagneriana. Cuando el Señor suprima mis días se abrirá mi testamento y reconoceré como míos a dos robustos muchachos que llevan el apellido Ducange. Será un acto de justicia personal y cultural, porque todos los hombres civilizados del mundo debemos algo a Francia.

Volvamos a Olimpia. Una de las escasas entrevistas que ha concedido fue a la Academia de Jurisprudencia, a la cual pertenece un primo mío, quien me añadió a la comitiva. Fuimos, pues, a la hora del té, hasta la quinta donde se había instalado la célebre dama.

Olimpia estuvo, como era previsible, distante, cortés y técnica. Su secretaria servía el té mientras ella partía, con geométrica certeza, un pastel de grosellas. La sala era una mezcla personalísima de cosas y memorias: paredes blancas, viejos muebles de oscura madera colonial, dorados extintos de algún marco e incontables fotos de Isla Mayor: caras patibularias, ojos extraviados, uniformes a rayas.

La dueña de casa desplegaba y comentaba opiniones sobre temas jurídicos y sociológicos que los sabios recogían con respeto y glosaban con elogio. En ningún momento pareció recordar que nos habíamos visto en alguna ocasión. Su mirada amable no se fijaba, realmente, en ninguna persona. Por otra parte, habían pasado cuarenta años desde aquel encuentro en la cálida oscuridad de un balcón nocturno y diplomático.

A un signo del presidente, los doctos varones nos pusimos de pie y nos marchamos a la vez, después de un saludo colectivo que se redujo a una inclinación de cabeza.

En un intervalo, pretextando buscar la puerta del servicio, soborné a un criado para que me abriese la entrada del jardín, cuando la reunión hubiese terminado. Pretexté que debía tratar un tema importante y urgente con la señora Olimpia.

Ya en el corredor que me llevaba a su despacho, dudé un instante. Confieso que me había intimidado la imponente presencia de la mujer y ahora la imaginaba

Miada Malora

reproducida incontables veces en los espejos y los cristales que cubrían las fotos de la sala, donde se mezclaba con toda la ferocidad de la especie humana. Pero también me alentaba volver a ver de cerca sus ojos, aunque ya no fueran los suyos, porque tampoco los míos eran los míos.

Olimpia estaba en la sala y limpiaba con un paño blanco el cuchillo que había usado para partir el pastel de grosella. La mermelada rojiza dejaba en el paño un rastro que se me ocurrió sangriento.

No supe qué decir. En el jardín había cortado una camelia blanca y la sostenía con mi mano derecha. La escena de melodrama era obligada. Flor en mano, abriría las cortinas y exclamaría algo como "Olimpia, soy yo, al fin solos como aquella noche".

-- ¿Se ha olvidado usted algo, doctor Achával? – dijo ella al verme, sin dejar de acomodar platos y cubiertos.

-- No, simplemente pensé que esta camelia estaría mejor en un florero de su sala que en una invisible rama del jardín. Las camelias son lábiles, apenas duran...

-- No tengo la menor afición a las camelias pero respeto a las visitas. Deme.

Empuñó la flor con tal violencia que la mitad de los pétalos cayó al suelo. Lo que restaba ya no merecía florero alguno. Hubo más réplicas, todas sin importancia, hasta que pude entrar en materia, pidiendo las disculpas del caso. Pregunté, adivinando la respuesta, por la cita aquella, la tarde del crimen.

-- No me cité con nadie aquella tarde. Imagine usted, citarme en un establecimiento propiedad de mi padre con un joven desconocido para él, algo absurdo ¿no?

-- Sigmund Gregoretti era un muchacho de mi edad, con bigotes rubios como yo, que llevaba una camelia blanca...

-- Nada de eso, doctor Achával. Gregoretti era un señor de cuarenta años, socio de mi padre y que él me destinaba como marido. Lo encontré allí, en aquel local donde, no lo niego, podría estar también usted. Era natural el encuentro. Yo, hija del propietario, conocía a su socio. Me pidió una entrevista, pasamos a un reservado, insistió en el tema del matrimonio, creyó que, abusando de mí,

Malos ejemplos

acabaría de convencerme, en el reservado había un cuchillo como éste y el resto se sabe de sobra.

Olimpia enarboló el cuchillo, ahora limpio y reluciente. Su mano oscilaba con lentitud y la lámina de metal reflejaba, alternativa, sus ojos y los míos.

-- Yo no tenía interés en casarme, ni excesiva curiosidad por ningún hombre. Nadie sabe ni sabrá nunca cómo habría sido mi vida como señora de Gregoretti. Muy distinta de la que he vivido, desde luego. Ahora hasta me resulta misteriosa.

-- La señora Gregoretti habría sido mucho menos interesante que Olimpia Barocchi.

-- Es posible. También es improbable

-- La noche anterior a lo que usted acaba de evocar, usted concurrió a un baile en la legación serbia. Allí nos vimos...

-- Sí, recuerdo aquel baile. Me vi con mucha gente. Tuve el carné de baile completo. No podría precisar a ninguno de mis compañeros. Figúrese, han pasado cuarenta años y no me vi con ellos nunca más.

La empuñadura del cuchillo tiene forma de palmera y por el puño cerrado de Olimpia veo salir las desflecadas hojas de metal esmaltado con el emblema de aquel establecimiento: *Tropicana Terrace*.

-- El criado lo acompañará – me dice Olimpia.

Cruzo un jardín abolido por la sombra, subo a un coche. El criado me alcanza un envoltorio y me dice:

-- La señora le pide que vuelva cuando la flor se haya marchitado.

El coche arranca, abro el envoltorio y atisbo una camelia blanca. Finalmente, tengo razón, la historia evocada es verdadera y la historia contada es falsa. No hay crimen, no hay socio, no hay codicia, no hay cárcel. Es como si la camelia de aquella noche conservara su frescura a través de cuarenta años.

Luego, en la soledad de mi despacho, estuve examinando cuidadosamente la camelia de Olimpia. Era de tela encerada.

Malos ejemplos
Blas Matamoro

Al pie de la letra

Altas letras bizantinas como columnas desnudas que albergan, lejos del suelo, unas pocas palabras misteriosas. Letras cursivas itálicas, regulares y monótonas como las palabras de todos los días, llenas de claridad y vacías de toda sospecha. Letras cancillerescas góticas, duro ramaje de metal, selva germánica donde podemos escondernos a reclamar, entre viejas armaduras abandonadas, la hora de los juegos prohibidos. La redondilla se puede tocar como un par de nalgas o un par de pechos, la redondilla es una señorita gorda y buena paridora que quiere ser preñada por todo el mundo. Para dictar leyes implacables y sentencias de muerte, comunicaciones de la propiedad fundiaria y designaciones regias, hay la empecinada y oblicua letra de los ingleses, que se redondea para ser persuasiva y clara, en el momento de afilarse como un arma blanca. Y, por fin, las iniciales encuadradas por una mata de oro, llenas de ciudades iluminadas y minúsculas, capitales ficticias donde se esconden unos personajes enigmáticos, el obispo con cabeza de cerdo y el jabalí de rosadas enaguas.

Cuando empieza el otoño y las tardes de los domingos traen ya su helado bochorno, su blanco cristal de esmeril, llegan las horas perfectas de la caligrafía. Tomo mis plumas y mis tintas, en tanto mi prima Ofelia Zaldívar dispone su bastidor y borda sus iniciales. Nuestra complicidad es tenue y lechosa como la luz otoñal que intenta borrar las falsedades medievales de la ventana, sin conseguirlo. Cada tanto, lenta como una bailarina solista, cae una hoja de plátano, ya de color cobre, diseñada con tal minucia caligráfica que no parece algo vegetal.

Creo que me hubiera gustado vivir en el tiempo de las guerras contra los almohades porque portaban a la cabeza de sus ejércitos un ejemplar del Libro del Profeta caligrafiado por Othmán, el que Abderramán llevó a Córdoba mientras intentaba encerrar a su amante de trece años en una colina de almendros que, al florecer, simulaban la nieve. Envuelto en un paño de oro y sobre un camello enjaezado para un desfile, el Corán se creía inexpugnable. Sí, mi tiempo es aquel lejano siglo en que la

Ofelia Zaldívar

gente se mataba por una caligrafía. Sueño con ir a Estambul y robar al sultán el libro que debe tantas muertes y sigue ensimismado en sus misteriosas perfecciones, blandas como serpientes.

A Ofelia y a mí nos quedan consuelos sustitutos. Ella tendrá una casa de lencería de lujo. Yo, una editorial de libros de arte, con tiradas mínimas y primorosas a distribuir entre masonerías de aficionados o de ricachos distraídos que buscan libros de anchos lomos para acabar rápidamente con los huecos de sus estanterías.

Ofelia abandona el bordado y se burla de mis pretensiones anacrónicas, reclamos que se hacen a la historia, a sabiendas de sus silencios. Lo hace enfilando ripios:

Abderramán
llevaba su Corán
trazado por Othmán
crujiente como el pan
a la corte del sultán

En medio del bordado, que se ha interrumpido más veces que otros domingos, se sienta al piano y descifra su última obsesión, *L'enjôleuse*. Las primeras versiones son torpes, como de bailarina artrítica y entrada en carnes: Enseguida, la bailarina se adelgaza y rejuvenece, sus movimientos son más hábiles y veloces, el piano la sigue con acordes menos inciertos y la luz de la siesta se mejora.

La tarde es autumnal, como se ha dicho. Este adjetivo abunda en ciertos poemas, como el sustantivo topacio. Gordo como un huevo de paloma es el topacio que Ofelia se pone a escondidas de su tía Mecha Beretervide, la indiana. Una tras otra devora las yemas con caramelo que también parecen topacios y tienen algo de los parques amarilleados por el otoño.

-- Miss Off, esas yemas te van a engordar como a Olvido Valbuena.

Miss Off es el nombre secreto de Ofelia, que sólo sabemos ella y yo. Cansados de caligrafía y bordado, nos sentamos ante un tapete verde y yo finjo leerle el futuro echando las cartas.

-- Miss Off, atacada de misticismo, ingresa en un convento. Presto, sus estudios humanísticos y sus dones

Malos ejemplos
Blas Matamoro

naturales de conductora la llevan a ser madre abadesa. En el convento hay una capilla barroca color crema de nuez, con puntillas doradas, angelitos flatulentos y un coro de castrados coptos que se saben de memoria todas las cantatas de Bach.

-- ¿Qué más?

-- No veo nada más. Eres feliz, a condición de no salir a la calle y habituarte a las voces blancas. Espera, aquí hay otro destino, el de Olvido Valbuena.

-- ¿Y?

-- Taberna en la Calle de las Sierpes, en Sevilla. Olvido está gordísima con su pañolón blanco de flores rojas tamaño coliflor. Espejos turbios, humo turbio de puros, ajeno turbio, pena turbia de una cantaora. Todo muy oscuro: piel oscura, sobacos tenebrosos.

-- No. Algo mejor.

-- De nuevo, los Cárpatos. Miss Off casada con el viejo príncipe Ramonescu. Tiene cuatro hijos grandes, feroces y refinados, que salen a cazar lobos en las noches de plenilunio, desafiando a las leyendas. Miss Off, convertida en princesa Ramonescu, cura de su anciano esposo, víctima de una misteriosa enfermedad que dura años y amenaza durar muchos más años. Vigila a sus niños, borda por las noches, rodeada por todas sus servidoras, velando los insomnios del príncipe. En los Cárpatos nieva todo el año. Los aullidos de los lobos son infatigables: A la mañana, una copa de aguardiente.

-- ¿Nada más?

-- Nada más.

-- ¿Invasiones turcas? ¿Una misión imperial rusa? ¿Sabios ingenieros prusianos tendiendo un ferrocarril?

-- No, nada de eso. Una vez por año llega un afinador de pianos, ciego, desde Viena, a corregir las cuerdas del instrumento. Has perfeccionado *L'anjôleuse* hasta lo sublime.

-- Bueno. Miss Off se queda en los Cárpatos.

Después me cuenta la fiesta de cumpleaños de Norma en la quinta de su tía Mecha Beretervide, que ha vuelto de la Argentina viuda y absurdamente rica. Para matar las nostalgias se ha hecho construir una quinta que copia la que tenía allá. Los caballos de polo de su *écurie* son los

Miss Off casada con el viejo príncipe Ramonescu

mejores del país y han permitido la entrada de Gabriel Verneuil en la casa. Cada cumpleaños de Norma reúne a las amigas más cercanas y pasan días en la quinta. Ofelia ha sustraído un tesoro de la última fiesta, hurgando en las mesillas de noche y en los dobladillos de los vestidos de baile: las cartas de amor que llevaron las muchachas y que llevaron para leerlas las unas a las otras.

Las chicas pueden hacerse confidencias en el colegio, pero las cartas sólo aparecen durante los encierros en la quinta argentina de tía Mecha. Allí, en los cumpleaños y en los veranos, sigue la historia que, en un par de temporadas, deberá terminar en noviazgos y bodas.

Ofelia la sintetiza con la misma precisión sensual con que resuelve las iniciales de sus bordados. Norma recibe cartas de Berko Müller, un joven filósofo judío, hijo de un rico industrial, tímido y miope. Su letra es gótica, segura, pensada, censurada. Con dureza, le habla de sus noches en blanco donde falta ella, falta Norma, y los proyectos de una vida muy organizada y razonable. Abunda en frases como "sólo tú reinas en mi corazón, Norma de mi vida, no hay en el mundo otra mujer más que tú, porque todas están en ti, etc." El papel es ahuesado y resistente, en el reverso figura el membrete de las factorías paternas, especializadas en equipamiento agrícola. Norma se imagina viviendo entre una biblioteca de libros alemanes de filosofía y ferias de maquinaria para el campo, con una cadena de niños debidos a la sexualidad contenida, belicosa y atolondrada de Berko.

Ofelia razona que la letra de los varones es lo más parecido a la diferencia que la naturaleza nos otorga. En efecto, las chicas, al bailar, controlan la evolución de dicho atributo, que es como el tercero en la pareja de baile. Berko, alto y un poco agobiado, de huesos grandes y bien ensamblados, imita a una de esas eficaces máquinas que arma su padre, avanza sobre su compañera como un sereno batallón de infantería, desplegando una masa compacta y firme, que parece expandirse hacia los flancos. Es como si su preciada diferencia actuara horizontalmente, abriendo un espacio generoso. En él cabe una populosa fotografía de familia.

*Ofelia
preciosa
de la vida*

Pero Norma no piensa en Berko sino en Gabriel Verneuil, al que ha visto un par de veces en el salón de la tía Mecha, cuando ha ido a probar algún caballo de polo. Gabriel, instalado como un monumento al hombre sobre sus delicadas botas de cuero corinto y una orla de barro seco y blancuzco en las suelas. Gabriel y Norma en un pasaje de novela naturalista francesa, de las que se ocultan en el elástico de la cama durante las siestas del verano. Norma arrojada sobre un pajar y entreabierto por el caballero que, una vez despojado de sus ropas inglesas, huele a estiércol y a establo. En las heroicas aventuras se suda y los héroes apestan a sudor, heroico pero apestoso.

Y, desde luego, Gabriel no piensa en Norma, ni escribe billetes de amor ni quiere saber nada de jovencitas. Se casará más que maduro con una chica que pudiera ser su hija y que se ocupará de repartir su apellido entre los niños, de criarlos mientras él juega al póker con sus amigos. De momento, lo suyo son las mujeres probadas y de sólidas hechuras, como aquella actriz que pasó unos meses en la ciudad exhibiendo su repertorio, Madelon Bertin, en cuyo camarín Luis XVI vivía instalado Gabriel, desde la *matinée* hasta el ensayo de traspasado, para salir a la luz de la mañana, al implacable mal sueño que llamamos mundo.

Ahora mismo todos conocemos su aventura con Ottonie von Bergen, mujer del encargado de negocios de la embajada bávara, célebre porque averigua, en cada capital donde se instala – y por razones estrictamente políticas – las íntimas convicciones de la opinión pública dominante.

Delia recibe billetes perfumados a la violeta de Amable Czerny, que quiere llegar a ingeniero de caminos. Su letra es redonda y clara, letra de diseñador de carreteras y puentes. Insiste en que la ama con serenidad y espera pacientemente su consentimiento, como se espera la terminación de las más ambiciosas obras públicas. No hay en su corazón espacios oscuros como no hay borrones en su escritura. Para construir es necesario ver claro, sin duda. Amable es uno de esos esposos que crían pajarillos y plantas de estufa, que llora dos prudentes lágrimas cuando sale en viaje de trabajo y que se pone de rodillas al pasar de la segunda copa.

Malos ejemplos

-- Amable, pero poco fiable – opina Ofelia --. Este chico proclama serenidad pero mira sus letras tes, están desmandadas bruscamente hacia arriba. Mientras escribe estas esquelitas con la mano derecha habrá que ver lo que hace con la izquierda. Creo que es justo lo que necesita Delia, un hombre inseguro disfrazado de firmeza. Como un edificio mal hecho, que se desploma al paso de un carro. Conviene una revisión técnica antes de mudarse a él.

Examinamos un par de postales. Tienen imágenes de caballos, tal vez de carrera o de polo, mi ignorancia me impide precisiones.

-- Ah, esto es de Norma – dice Ofelia --, son los caballos de la tía Mecha que montó Gabriel. Como no puede guardar fotos del caballero, las guarda de los caballos. El día menos pensado le dan un par de coces.

-- Bueno, estábamos en Amable bailando.

-- Sí. Bueno, que baila amablemente. Tiene algo de infantil. Como todo niño, es puntiagudo y obstinado. Es un sujeto pequeño pero empecinado y punzante. Se mete por donde menos se lo espera y llega adonde quiere. Es como un nene decidido a algo. Eficaz aunque no precisamente espectacular.

Luego es el turno de Arrigo Bontempi, sus cartas arrebatadas de estilo D'Annunzio, escritas con una letra inglesa de rasgos abiertos y sutiles, que se alternan con resultados de una pluma bien afinada y educada. Las iniciales van en tinta roja, de color sangre, como él las define, cubiertas por una especie de follaje italiano de tallarines o, como dicen los franceses, *un noeud de nouilles*, muy a la moda del momento.

Arrigo es como un corazón abierto, lleno de conducciones y forrado de terciopelo por fuera y de raso por dentro. De lejos parece un palco en un teatro de ópera. Todo en él es latido sonoro, pulso febril, lágrimas de éxtasis en los ocasos y una pasión devoradora que se convierte en sed implacable, porque cuando uno come demasiado bebe demasiado. Nilda es como el sol africano que convoca al guerrero itálico para las más audaces hazañas. O le dan un sí nupcial o no responde de él. Con todo, tanto esfuerzo lleva a la postración y clama por una enfermera.

Miada
Mada

Arrigo es pequeño, blanco, con unos cachetes de rubor natural y unos bigotitos de color cosmético. A Ofelia no le merece mucha confianza.

-- Es como un actor -- dice -- que luce en escena pero no sabes lo que te espera a la salida del espectáculo. Bailando resulta cargoso porque mete mano donde puede, pero sus atributos no producen especial sensación, sobre todo porque la mano distrae. Tiene un poco de pancita. Es como llevarse por delante una pared. Quizá sea la mejor definición de lo que es un varón, algo que una mujer se lleva por delante.

No comento. Debería decirle que no tengo muy clara ninguna imagen de varón. Para un hombre, los demás hombres son una misteriosa jungla de intimidades que jamás será frecuentada, que apenas puede imaginarse desde la propia intimidad. Se habla del misterio femenino, uno y el mismo para todas las mujeres. El misterio masculino es distinto en cada varón. Pero no es un tema para Ofelia. Ella opina que ellas se orientan mejor en la maraña, acaso porque las mujeres son enmarañadas por naturaleza. Pero la maraña es ajena al hombre. La esposa, por ejemplo, nada puede decirle como individuo del otro sexo. La esposa es alguien que durante años se abre de piernas en la oscuridad esperando la decisión del marido, que nunca sabrá lo que le ocurre a la prójima, allá lejos y desde siempre.

Lo que un hombre sabe de las mujeres siempre es acerca de las mujeres ajenas, los cuentos que sus congéneres le hacen en las duchas, los saunas y las pedanas de esgrima, mientras el agua lacia cae sobre el vello lacio y las lacias carnes esforzadas. Nunca se puede confrontar esta red de leyendas con datos de la realidad, hasta que alguien da con una Ofelia capaz de transportar confidencias como las que se ofrecen las mujeres entre sí.

-- ¿Qué hacemos, Miss Off?

-- Mi dictamen es el siguiente: insistir en los billetitos de Arrigo Bontempi y de Amable Czerny hasta lograr los objetivos de la estrategia aprobada en la reunión pertinente del Alto Estado Mayor.

-- Sí, pero ¿en cuanto a Norma?

Ofelia

-- Hay que dejarla en libertad pero no será libre si no se destruye la imagen de Gabriel Verneuil. Desmontado de su pedestal, caerá hecho añicos y nuestra querida Norma, desilusionada, sentará cabeza o sea que caerá en los brazos de Berko Müller y todos seremos felices.

-- Bueno, Miss Off, manos a la obra.

Ofelia sacaba papeles en blanco y yo me empeñaba en falsificar la caligrafía de los enamorados pretendientes. Ella dictaba los textos y elegía los perfumes adecuados a cada misiva. Llegó el momento de Gabriel Verneuil. Curiosamente, Ofelia nunca hablaba de este hombre. Ninguna muchacha había bailado con él. Por lo mismo, se le atribuían las más disparatadas facultades. Ofelia prefería sustituirlas por un primoroso signo de interrogación.

-- Una carta de despedida. Eso es lo más conveniente. Además, hay un dato importante. La tonta de Norma metió un capullo de rosa roja en un bolsillo de la chaqueta de polo de Gabriel. Vamos a conseguir un capullo parecido, lo dejamos secar y lo deshojamos dentro del sobre.

-- Magnífico, Miss Off. Propongo un texto muy escueto, Algo así como "No volveremos a vernos. Adiós. Gabriel."

-- Eso mismo. Me parece lo mejor. No hay como la sobriedad para hacer sufrir a las mujeres.

Así fue cómo resolvimos nuestros negocios aquella tarde. Ofelia se llevó las cartas, conociendo la manera más verosímil de hacerlas llegar a sus destinatarias.

El azar favoreció nuestras maniobras ya que, a los pocos días, Gabriel Verneuil se marchó de la ciudad, sin duda que detrás de Frau von Bergen, cuyo marido había conseguido un destino brillante: París. Es decir que el billete de "Gabriel" había llegado a manos de Norma muy poco antes del alejamiento del otro.

Los resultados fueron dramáticos. Norma se escapó repetidamente de su casa y del colegio de monjas al que concurría, deambulando como loca por lugares severamente desaconsejados para señoritas sin guías de turismo. Intentaba seguir las huellas de Gabriel y así se metía en timbas de póker, casas de fulaneo, caballerizas de polo, restaurantes con reservados para señores de incógnito y señoritas incógnitas, y hasta en la embajada de

Miss Off
Miss Off
Miss Off

Baviera, con la excusa de que admiraba los castillos del rey Luis y buscaba información al respecto.

La tía Mecha aplicó el remedio clásico: un viaje de cura, unas semanas en las montañas suizas, lo más saludable y aburrido del continente; unos días en Portofino, mar y mar; y más días en Roma, ruinas y basílicas. Norma volvió en condiciones bastante buenas, hacia fines del curso y cuando se organizaba el baile de graduación.

Era un baile de disfraz. Desde luego, consulté con Ofelia y decidimos que ella iría de Olvido Valbuena y yo de Radamés (el tenor de *Aída*). Ella se cubriría la cara con un antifaz negro y yo, con otro, dorado y con flecos, muy a tono con mi indumentaria egipcia.

Ofelia, tras un año de yemas acarameladas, tenía la gordura exacta de Olvido Valbuena. Yo la seguía imaginando en la turbiedad de los cafetines sevillanos. Mi traje lo habíamos alquilado en una sastrería teatral, con un detalle que ella misma corrigió: me hizo quitar las calzas y quedaron mis piernas desnudas, lo cual, visto en el espejo, producía su efecto. Mis pantorrillas eran firmes y decididas y mis compañeras de baile podrían sentir el roce tembloroso y sugestivo del vello, es caligrafía oculta y varonil que raramente se conoce antes del matrimonio.

Hasta la noche bailaríamos con antifaz, intentando no darnos a conocer por la voz. Se trataba de ahorrar palabras, prodigar ademanes, convertirlos en caricias y abundar en risas, hasta las lágrimas, si fuera preciso.

Apunté mis piezas en el carné de una mujer alta, hierática, que subrayaba su imponencia con un disfraz de sacerdotisa druida como el personaje de la ópera *Norma*, tal vez extraído de la misma sastrería teatral que el mío. Firmé su carné como Radamés y me hizo gracia que Radamés sacara a bailar a Norma. La negra cabellera de la muchacha se sostenía con una corona de laurel dorado, como doradas eran las perlas que orlaban su negro antifaz. La orquesta repitió *L'enjôleuse*, cuyo ritmo lánguido facilitaba el acercamiento.

El carné de baile cayó al suelo y, antes de que yo pudiera recogerlo, la druida estaba de rodillas para recuperarlo. Enseguida aprovechó su posición para acariciarme las pantorrillas y sentí, extrañamente, que sus

Norma
Valbuena

manos se colmaban de letras negras y brillosas, como si se acabaran de trazar con tinta china. Luego tentó las lonjas de cuero dorado que colgaban de mi cintura a modo de faldilla, en el momento en que sonaba la medianoche, se apagaban las luces y se encendían bengalas azules y rojas. Cayeron los antifaces y, tras el disfraz de Norma, vi a Norma. Estábamos detrás de un pilar del salón y ella, afirmándose en mi disfraz de guerrero egipcio, me dijo "Amor mío" pidiéndome, sin decirlo, que la besara. Su boca era una letra redonda, una palabra monosílaba, un hueco para el punto final.

Mientras hacemos proyectos de noviazgo con Norma, Ofelia sugiere vestidos de bodas. Me gustaría encontrar aquel marchito capullo de rosa, terminar de pulverizarlo entre mis dedos. No el falso, sino el auténtico.

Ofelia ha cambiado mucho desde el último verano. Se ha sometido a un régimen despiadado y bebe vinagre para imponerse ojeras sobre una piel pálida, de dama febril, consumida por esperas sin nombre. Mientras sigo con mi caligrafía, ella y Norma bordan las piezas del ajuar. Hay trabajo para dos años. El otoño, helado y bochornoso, ha vuelto. Norma consiguió un arreglo de *L'anjôleuse* a cuatro manos.

- ¿Te echo las cartas, Miss Off? – digo.
- No, Ya conozco los proyectos de Miss Off.
- ¿Se puede saber cuáles son?
- Un viaje a París.
- Oh, París es una ciudad muy complicada. Te puedes perder en ella.
- Si me pierdo, búsqüenme en los Cárpatos.

Ofelia
Norma

De lejos

Suelo dormirme a partir de los pies; luego, las piernas. No sé contar más de este proceso ya que, enseguida y seguramente, se me duermen los centros nerviosos superiores y la memoria renuncia a sus obligaciones. Sé que entro en el mundo del sueño porque el cuerpo se reduce a la mitad, se aligera, dispuesto a sumergirse en aguas misteriosas o a flotar en un aire todavía más misterioso.

Al despertar, la historia es la misma pero contada al revés. Me descubro con las piernas aún dormidas y sólo cuando ellas se incorporan a la vigilia del resto del cuerpo, dispuestas a pisar el mundo, a emprender caminos, a correr más veloces que los demás hombres, me considero enteramente despierto.

Generalmente, cuanto mayor es la insensibilidad de mis piernas en el sueño, más fuerte es la imagen soñada y más imperiosa la oportuna orden de despertarme. O el corazón ha bajado su ritmo al mínimo anterior a la muerte y el cuerpo está dispuesto a dejar escapar a su huésped, convertido ya en un extraño, o la escena del incesto feliz está por consumarse: una voz que es imposible desobedecer pronuncia un monosílabo sin mayor contenido y me despierto recuperando, con cierta rapidez, la hormigueante presencia de las piernas.

Lo notable de aquella mañana fue que mis piernas se negaron a despertar. Las pellizqué, las palmoteé, llegué a golpearlas con el puño, y nada. Me incorporé en la cama, y menos. Me puse de pie y con difícil estabilidad, pero tampoco. Empecé a caminar con la sensación de llevar zancos y estar a una distancia anormal del suelo. Esperé un cambio a lo largo del día pero, llegada la noche sin conseguirlo, me acosté con la convicción de que aquello iba para largo.

No recuerdo haberme desesperado y sí, aceptado el hecho con cierta naturalidad. Vivir es renunciar: se renuncia al día que ha pasado, a los años ya vividos, a los amores consumados, a los odios enfriados, al cabello que cae y no recrece, a las muelas que extrae el dentista, a las

Malos ejemplos

uñas recortadas la noche de cada lunes, a las ciudades que no nos volverán a alojar y a las nobles ideas en que no volveremos a creer. Y el largo inventario a cargo del lector.

Por el contrario, la ausencia de sensibilidad en mis piernas se convirtió en objeto de observación, de investigación, de curiosidad, hasta diría que de diversión. En principio, me convencí de que yo era distinto de los demás, certeza que los años posteriores a mi adolescencia habían deteriorado profunda, irreversiblemente. Cuando estaba a punto de persuadirme de mi total y serena mediocridad, de mi parecido visceral e irremediable con el resto de la especie, contemporánea, presente y futura, comenzó a desarrollarse en mí un sentimiento de íntima diferencia, de recuperada intimidad. Ya, por dentro, era diverso del mundo. Otra vez, como cuando tenía quince años y me creía un ángel caído o un demonio camuflado. Pero ello a condición de no contarlo a nadie, ni al amigo más cercano ni a esos corresponsales desconocidos que se consiguen por medio de las organizaciones para la amistad internacional y con los cuales se intercambian cartas en francés, afgano o esperanto.

Se trata de que no lo sepa mi mujer, porque entonces tendrá, por fin, la evidencia de haberse casado con un enfermo mental y la demanda de divorcio se convertirá, para ella, en una suerte de obligación cívica. Ni mis hijos, porque entonces el hueco generacional tendrá una prueba irrefutable. Ni mi médico, porque intentará hacer un cuadro y me empezará a tratar como a un enfermo. Ni mis amigos, porque hablarán con un psicoanalista y la insensibilidad de mis piernas se transformará en una metáfora de la castración, perdiendo su encanto privado y secreto. Sólo tú, página en blanco, tienes derecho a saberlo. Tú y los lectores que sepas conseguir y que serán incapaces de encontrarme.

Voy por la calle observando a los demás y diciéndome que soy propietario de un tesoro invisible y único. Miro, sobre todo, a los inválidos que piden limosna, especialmente a un señor al que le faltan las piernas y se instala en una pequeña plataforma con ruedas para implorar la caridad, desplazándose al impulso de sus brazos apoyados en el suelo. Todos lo perciben y le dan unas

Malos ejemplos

condolidas monedas. De mí nadie sabe que voy flotando ligeramente por encima de la ciudad.

Me detengo, miro el pavimento y siento que entre mis muslos y el suelo hay una distancia inconmensurable, un abismo. Es como si estuviera mirando el planeta desde un astro lejano, que los hombres ignoran. La longitud de mi insensibilidad carece de medida. No soy insensible ni diez metros, ni cuatro quilos, ni dos horas, ni un año luz. Soy infinitamente insensible entre el muslo y el pie. Soy, en ese sentido, infinito.

A veces, me afirmo en el piso con las manos y hasta he desarrollado cierta habilidad gimnástica en caminar cabeza abajo, apoyado en las extremidades superiores. Un profesor coreano de la especialidad me ha dado consejos decisivos y he salido adelante. Pero veo, entonces, el mundo al revés y la distancia infinita subsiste, sólo que ahora en el extremo superior de la realidad y no en su base, como cuando estoy de pie. Es una prueba, por reducción al absurdo, de que la infinitud está a la vuelta de la esquina, se puede llevar en el bolsillo derecho u oculta por los pantalones.

Estoy ufano de mi conquista, o sea de mi pérdida. Hay días en que me siento francamente entusiasmado por mi enigmática adquisición. Pero el placer que me proporciona es, también, melancólico. Evoco esas escenas de liturgia negra en que algún déspota inhuma una pierna perdida en la batalla y va detrás del cortejo fúnebre de su propia muerte, para luego volver a su despacho o al comedor palaciego donde se atraca de manjares desde su silla de ruedas. La gente, por las avenidas, me parece concurrir a mi propia inhumación, estoy emocionado, me inclino agradecido y, cuando voy a estrechar el primer par de solidarias manos, una congoja oportuna me detiene, saco un pañuelo del bolsillo y me sueno la nariz.

Estoy contento y melancólico, así es. La felicidad es el sentimiento que sigue a la adquisición de algo que llena el agujero de una necesidad. Y yo soy feliz porque he perdido la mitad de mi cuerpo y porque he incorporado una infinita carencia. La melancolía se afirma en lo irrecuperable, hace de todos los días un crepúsculo. Es francamente señorial eso de entusiasmarse por lo perdido. Entre mis muslos y el

Malos ejemplos
Blas Matamoro

mundo hay un hueco donde caben todas las cosas que tuve y perdí, todas las cosas que quise y no tuve, todas las cosas que pude tener y no alcancé

Es grandioso, grandioso hasta el énfasis el espectáculo de este inventario infinito de cosas que caben en un contorno tan modesto. Cuando me agacho y, cabeza abajo, miro el triángulo que se forma entre mis muslos y el suelo, triángulo implacable tanto como insensible, comprendo que, por fin, he aprendido a decir *adiós*.

Miada
Matamoro

El hermano de Gloria

El verano llegó de golpe. Las flores se secaban rápidamente, las hojas de los árboles brillaban demasiado, el día tardaba en apagarse, las nubes habían emigrado a lejanos y pensativos países, los *sweaters* blancos del tenis olían a sudor reciente.

Después del partido nos fuimos a duchar. Marce se vestía ya de colores y había abandonado el luto por la muerte – mejor dicho: el suicidio – de su madre. Juaca parecía más alta. Tal vez, desnuda, se notaba que le habían crecido los muslos, sobre los cuales su pecho de efebo, duro y chato, se empequeñecía. Su largo pelo amarillo pálido, de valquiria, semejaba triste sobre la piel arrebolada por el sol.

Leticia, como siempre, empuñaba sus tetas cada vez más opulentas y esgrimía ante nosotras sus pezones como de cerámica granulosa y oscura. Entre risas detalló el baile del sábado anterior, haciendo un inventario de los muchachos. Cada cual tenía su retrato personal pero cerca de Leticia todos coincidían en evaluar sus pechos, frotándose con ellos al bailar mientras Leticia cumplía la evaluación simétrica.

Fredesvinta, exhausta y pálida, tardaba en ducharse. Se tendió en un poyo de azulejos y se dejó invadir por el perfume tibio y cítrico de los jabones. El local, lleno de vapor, estaba cada vez menos respirable y más aromático. Empezamos a chapotear en una lagunilla de agua turbia.

-- Perdón. Debí darme cuenta antes – dijo Fredes.

Se echó un paño entre las piernas, intentando atajar la sangre. Sobre la humedad del baño se extendió un hedor de barro materno. Me desaparecieron los sábados, los bailes y los muchachos. Ahora, unos niños lloraban sobre un duro suelo y un señor desconocido me miraba con insistencia. Vuelta hacia la pared, Fredes terminaba su improvisada limpieza.

-- Las dejo, chicas. Nos vemos otro día – dijo, envolviendo rápidamente sus cosas y vistiéndose a la disparada.

Malos ejemplos
Blas Matamoro

Gloria abrió una claraboya. Una columna de luz se instaló en medio del vapor y pareció disipar la pestilencia de Fredes, eso que ahuyentaba a los chicos y estropeaba los sábados. De a poco se restableció la atmósfera de perfumería y volvimos a retozar como unas hadas en una floresta de pacotilla. La tarde era violenta de tanta claridad, a juzgar por aquel pilar dorado que había crecido en medio del baño.

Sentí que el agua se enfriaba sobre mi piel y una caricia imperiosa, como de muchas manos, la convertía en escalofrío. Cerré los ojos y me dejé recorrer por aquel temblor helado.

Estábamos en la calle y era temprano. Ignoramos qué hacer hasta que Gloria levantó su brazo derecho e hizo resonar un manajo de llaves que brillaron al sol, muy alto, tal un repentino meteoro.

-- Son del piso de Lalo – dijo -- ¿Qué tal si vamos allá y tomamos una copa? Lalo está de viaje, tenemos todo el día para nosotras.

Lalo. Estoy bajo la mesa y anuncian su llegada, brillan sus zapatos amarillos, comprados en un país remoto y caliente. Levanto la mirada y veo a un monumento de muchacho, primero sus uñas de mármol y luego sus ojos de cristal, que miran a la distancia. Su pelo ondulado despide chispas por momentos.

Lo veo en casa de Gloria, entrando tarde en los cumpleaños, irrumpiendo fugaz en las sesiones de estudio, haciendo ruido con sus maletas en la escalera. Siempre acaba de volver de un viaje muy largo, de las Islas Vírgenes, de Samoa, de Honolulu, de Samarcanda. Nombres que aparecen en las películas de technicolor, donde las mujeres tienen labios de rubí y dientes de perlas, mujeres con risas de vidrio y lágrimas de diamante, mujeres que duermen en alhajeros gigantescos y hacen el amor con los piratas, los exploradores y los soldados, mujeres que esperan, con ansiedad indolente, la llegada de Lalo.

Lalo, sus ojos claros y su piel tostada, piel con el sol de todos los veranos del mundo, ojos entrecerrados entre solapas de astracán. Lalo que fuma cigarrillos ínfimos y dulzones mientras cuenta historias de navegantes. Lalo, sus

Malos ejemplos

manos que surgen sorprendidas de sus puños blancos o se hunden en los bolsillos buscando la pequeña serpiente de oro que pule sus uñas, una boquilla de marfil, un pastillero con píldoras que perfuman sus dientes para la hora de los besos. No me hables, no me mires, Lalo, no me cuentes tus historias flotantes, camina despacio para que te siga de rodillas y abrace tus pantalones de hilo blanco, no te los arrugaré, lo juro, ni te los mancharé.

Todas amamos a Lalo, todas queremos que nos alce en brazos y nos acune entre sus tensos músculos de marinero, que nos cobije en su piel siempre entibiada por el sol de los trópicos. Con los años, queremos ser esas doncellas de tecnicolor que Lalo lleva a un lecho esparcido de flores y que dejan de ser doncellas entre sus muslos que son como las catedrales que adjetiva Miss Simpson, la profesora de historia: enormes y delicados. Una noche con él me convertirá en una catedral enorme y delicada, con piso de piedra pulida por donde circula el agua perfumada de la ducha.

Viajamos por barrios de palacetes con jardines y llegamos a la orilla del río. A esta hora de la tarde, parece de madera lustrada y las lejanas velas tienen un sonrosado de bebe. La casa de Lalo está al fondo de un callejón y tiene forma de trapecio. Por un momento, en el ascensor, espero que él me abra la puerta. Expulso a las otras, me quedo a solas con él, que baja las cortinas y me ofrece un whisky, que yo rechazo para besarlo ferozmente, como se besa en la isla de Samoa.

Gloria, imperiosa, hace tintinear las llaves en plan de arma blanca y abre la puerta de un empujón. El ambiente huele a casa habitada y cerrada, de la cual acaba de marcharse alguien. Hay cierto desorden de vida, un cojín torcido, cenizas en un platillo, una taza con un poso de café reseco. Yo creo percibir algo más, la huella de cuerpos que han huido al oír nuestros pasos.

El piso tiene forma de barco y está decorado con cosas marineras. Sillas de caña, tapizados con palmeras, un bar de yate, ventanas en forma de ojos de buey y un balcón a manera de proa. Desde la altura, las techumbres, los jardines y la superficie del río parecen objetos remotos. De vez en cuando, una suave brisa remueve las aguas y un

Malos ejemplos

reflejo amarillo se cuelga por una ventana. Entonces tengo la sensación de navegar. Lalo nos conduce a Tahití.

-- Lalo, amor mío – dice Leticia, arrojada sobre la cama de la alcoba, con una almohada entre los muslos. Esa almohada debe atesorar algún cabello de Lolo, el rastro de su brillantina.

-- Chicas, lo único sólido son unas galletitas. Lo demás es líquido – dice Gloria.

-- Adoro la solidez – dice Leticia sin abandonar la almohada.

-- Resignación, hijas mías, mojémonos con los líquidos que nos ha dejado ese hombre – dice Juaca.

Gloria saca vasos y botellas. Marce recorre las fotos colgadas en las paredes y lee en voz alta algunos nombres: Ritz, Kursaal, Negresco, Palace. Los nombres se repiten, como las pipas, las gafas oscuras, las remeras a rayas de Lalo. Y mujeres sin nombre, oscuras, vestidas de blanco con ropas ligeras y fáciles de quitar.

Tomo un álbum de discos y encuentro mi música favorita: *Vientos alisios*, *Marea baja*. Hay muchas botellas, casi todas escasas de contenido. Las etiquetas suelen tener leyendas indescifrables, con letras rusas, griegas o árabes, retorcidas como lombrices. Bebemos sin orden los alcoholes de Lalo, bailamos las músicas de Lalo, tarareamos los boleros que cantan las mujeres de Lalo, el piso de Lalo gira a mi alrededor y la luz de la tarde se convierte en una hoguera. Lalo, amor mío, dice Leticia abrazándome al bailar.

Mareadas, transpiradas, agotadas, caemos sobre los cojines mientras el tocadiscos repite incesantemente *Pepitas de oro*. Lejanos tambores anuncian que los salvajes se disponen a atacar a las mujeres blancas. Nadie atina a detener el tocadiscos. La tarde se niega a caer, el sol parece inmóvil sobre el río y Lalo está por llegar para salvarnos de los salvajes.

-- Dios, qué mal me siento – dice Marce y se dirige al servicio.

Oímos el estruendo de sus vómitos, luego el agua de la cisterna y su respiración fatigada y feliz. Sale pálida y ojerosa, ligeramente húmeda y sonriente, con ala terminar una orgía, pero no nos mira, mira a alguien que no vemos.

Mareada
Mareada

Todas estamos haciendo cola a la puerta del servicio, para imitar a Marce. Volvemos a la sala, ligeras y frías. Alguien ha puesto *Muerte de amor* en el tocadiscos. Joan Crawford se suicidaba oyendo esta música en alguna película, y gozaba muriendo de amor, sin duda. Me gustaría vestirme de fiesta y asomarme a una balastrada y amenazar al mundo con mi suicidio para que Lalo me rescatara con sus infalibles brazos.

-- Qué bien nos vendría un té cargado, nenas – dice Gloria.

-- Y unos pastelitos, de paso – dice Marce.

-- Y unas tostaditas con mantequita y mermeladita ¿no, bellezas? – dice Juaca.

Juntamos algún dinero y Leticia y Juaca salen de compras. Me quedo con Marce buscando tazas, calentando agua, ordenando la mesa.

-- *Aria del suicidio de la ópera La Gioconda por la soprano María Meneghini Callas* – dice Marce leyendo la etiqueta de un disco.

-- Déjate de suicidios, querida – digo.

-- Ya soy grande para oír consejos, señorita – dice Marce y pone el disco.

La soprano grita sus advertencias en una lengua que no conocemos. Seguramente, Lalo, sí, y esa mujer ha de ser una de sus amantes. La habrá arrebatado a su marido y llevado en barco hasta las Islas Aleutianas pasando por Singapur.

Reviso cajas con fotos. Lalo, siempre Lalo, la soledad marina, sus hazañas náuticas, señoras de blanco con sombras en lugar de caras. Una de las cajas está forrada de espejos que componen una suerte de rosa geométrica. Mi rostro y mis manos se astillan en trozos al mirarme en ella. Me veo multiplicada en una diminuta ciudad de mujeres. Todas me miran con fragmentos de ojos. No reconozco a ninguna.

Abro la caja. Por dentro está tapizada de negro, como un ataúd. Hay una rosa bordada con hilos de oro. Huele a viejo, a oro de antaño. La caja está llena de fotos de una misma mujer.

-- ¿Qué miras? ‘ -- dice Marce.

-- No te importa – digo y cierro la caja de golpe.

Mirada
de
Lalo

- Déjame ver.
- No.
- Déjame ver, te digo.
- No.
- Serás cabrona.
- No.

La voz de la soprano repite sus advertencias de suicida. Las manos de Marce se me acercan, la dureza militar de sus uñas raspa el filo de la caja. Huyo hacia una ventana, la abro y arrojo la caja al vacío.

- Hija de puta – dice Marce – te saliste con la tuya.

Respiro aliviada. He tenido tiempo de ver cómo la caja se destrozaba en mil brillos, allá abajo, dejando dispersarse al viento las fotografías. La mayor parte se hundió en el río para no salir jamás.

Han vuelto las chicas y tomamos el té. Nuestros estómagos se recomponen. Por fin se está haciendo de noche. Los discos insisten en los consejos del bolero: la mujer que al amor no se asoma, no merece llamarse mujer.

- De pronto, me pongo a llorar.
- Lloro por sus maldades la muy viborona – dice Marce.
- Está enamorada – dice Gloria.
- No, todavía está borracha – dice Juaca.
- Cómo son los hombres. Si lo sabré yo, nenas – dice Leticia.

Respiro aliviada

Jabalíes hartos de bellotas

Cuando la Guerra Grande dio su vuelco definitivo a favor de la causa redentora, el Mariscal convocó a sus ministros y a su Estado Mayor para tratar sólo dos cuestiones. Tibios aún los restos de la gloriosa batalla librada en Castillo Viejo, nuestro jefe manifestaba una doble preocupación: su rango en el gobierno y en el ejército, y la construcción de la Cripta.

En efecto, lo precipitado de los acontecimientos había impedido resolver con serenidad el asunto de la jerarquía que iba a corresponder a nuestro jefe. Se contemplaron diversas alternativas: César y Conductor eran denominaciones gastadas por los italianos y los alemanes. Repetirlas sería una suerte de imitación o, peor aún, de caricatura que todos pretendíamos evitar. Generalísimo, con ser superlativo, era una comparación: un generalísimo es el primero o el mayor de los generales, y nuestro jefe quería ser único, el primero y el último de los suyos. Líder sonaba a anglosajón, ajeno a nuestra raza, propio de países donde había triunfado la herejía y donde líderes tenían los sindicatos revolucionarios y los partidos liberales, dos abominaciones para el Mariscal. Era una palabra propicia a remotos coroneles sudamericanos, poco enterados de lo que pasa en el mundo.

Nuestro jefe acabó decidiéndose por el grado de Mariscal. No existía en los ejércitos de la patria y él lo instituyó para su uso personal. Sería el único Mariscal de nuestra historia. Mariscal, remotamente, era quien herraba los caballos de la corte. Nuestro jefe explicó que lo prefería porque su misión en la patria era, justamente, herrar los caballos de los valientes caballeros que sirvieran con gallardía a la causa redentora.

En privado, su inimitable humor castizo escogía otras razones. "Este es un pueblo de mulas – decía – obstinadas y laboriosas. Si en cincuenta años de dictadura logro convencer a sus gentes de que llevan herraduras, me moriré satisfecho."

A renglón seguido se planteó la cuestión de la Cripta. Ingenieros militares, arquitectos civiles, historiadores y

Malos ejemplos

artistas del cincel y del pincel fueron convocados para preparar el lugar de emplazamiento y las particularidades constructivas que identificarían a la Cripta. En ella imaginaba el Mariscal enterrar a todos los muertos de la guerra, antes de que su propia muerte exigiera un lugar en ella.

Cajas y más cajas de informes, planos, maquetas y presupuestos acompañaron al Mariscal durante su viaje hacia la capital del Estado, donde los últimos reductos subversivos terminaban de rendirse y las fuerzas victoriosas estaban instalando el gobierno definitivo. La entrada fue un desfile triunfal llevado a cabo en una explanada abierta entre los escombros del Bulevar, y que muchos ya vieron como la *Via Victrix* donde tendrían lugar los principales fastos de la nueva era.

En su primera alocución como Jefe Supremo del Estado, el Mariscal iría a anunciar, entre otras cosas, la inmediata construcción de la Cripta. Muchos pensamos que tendría su puesto al final de la *Via Victrix*, en su sitio natural: cerca de la aglomeración humana más numerosa del país, a dos pasos de ministerios y embajadas, de fácil acceso a la curiosidad de los turistas que vendrían a millones para admirar, en su escenario obligado, el espectáculo dichoso de un pueblo en marcha siguiendo a la figura señera de su Mariscal.

Luego de la parada marcial hubo un gran banquete al aire libre, aprovechando lo benigno de una primavera que ya parecía verano, el filoso y terso verano de nuestras mesetas centrales. El Mariscal nada dijo de la Cripta pero, apenas servido el coñac y encendidos los primeros cigarros, ordenó a la concurrencia subir a los coches y poner rumbo hacia el sitio de la Cripta.

Seguimos con paciente obediencia una hora de recorrido tras la insignia del Mariscal, cruzamos la sierra y nos internamos en un inquietante paisaje de páramos, hasta detenernos en el Desierto. Nos indicaron bajar. Era la media tarde y aquellos pétreos parajes parecían hervir bajo un sol que no pensaba moverse de su cenital lugar.

Se montó una tribuna portátil, se desenrolló una alfombra negra y, desde la improvisada eminencia, el

Malos ejemplos
Blas Matamoro

Mariscal anunció, rodeado de un atónito silencio, que allí, en el centro del Desierto, se emplazaría la Cripta.

Un embajador hispanoparlante se apresuró a felicitar a nuestro jefe, equivocando el tratamiento y designándolo *Caudillo*. La mirada del Mariscal lo fulminó y dos días más tarde le eran devueltos los pasaportes aduciéndose razones de enfermedad. Caudillo no sólo era una designación descartada por el Mariscal para evitar molestas confusiones de identidad, sino que se trataba de una etimología que le resultaba especialmente fastidiosa. Caudillo viene de *caudo*, rabo. Decir caudillo es como decir *rabillo*. Nada en el Mariscal puede ser diminutivo, mucho menos el rabo, no porque lo tenga sino por su evidente valor metonímico.

Para quienes no recuerden el aspecto del Desierto antes de las obras, haré una somera descripción, que el lector enterado puede pasar por alto. Como su nombre indica, se trata de una zona elevada y calva, toda ella de piedra arcaica, de un gris blanquecino, en medio de la que existe una elevación natural de contornos aproximadamente cilíndricos. Es el único lugar de nuestro país, tan cargado de historia, que no registra el rastro de ninguna civilización, siquiera de pasaje. No hubo allí ni tan sólo poblaciones nómades. Era piedra virgen, tiempo sin fechas, mineral impoluto. El Mariscal dijo haberla escogido porque así, no hollada por los hombres, serviría de mojón para los nuevos tiempos, de piedra fundamental para el templo del futuro. Un santuario y un hito que funcionarían como tumba, exclusivo habitáculo de muertos.

Al respecto, tal vez algunos recuerden las teorías disidentes de don Benito Martínez Grünwald, hombre probo, estudioso acendrado, maestro de maestros, pero siempre sospechoso de luteranismo, dada su sangre materna. Don Benito es autor de varias monografías donde sostiene que el Desierto fue un lugar sagrado al aire libre de los remotos fundadores de la nación, el pueblo de los lípidos. Éstos adoraban las piedras que eran, para ellos, dioses simbólicos de la solidez y la permanencia. Aquel cilindro eminente representa – siempre a tenor de las teorías benitianas – al dios supremo de la religión lípida.

No voy a abundar en los razonamientos y probanzas que el maestro esgrimió a favor de su tesis, dado que no es

Malos ejemplos
Blas Matamoro

el objeto de estas páginas y, sobremanera, porque contradicen el despejado pensamiento del Mariscal, que hace fe en cualquier materia.

Tampoco remitiré al lector a los libros de don Benito, inhallables en nuestro país y tesoro de muchas bibliotecas foráneas. Aquí fueron recogidos y quemados por orden de nuestro jefe, para consolidar su teoría sobre el Desierto y en un gesto más que favoreciera la prosperidad de la Única Doctrina Nacional, base del movimiento redentor y enemiga indoblegable de todo paganismo y de cualquier herejía.

Don Benito fue privado de su cátedra y desterrado al castillo de Mota Pindonga, antes de marchar al exilio. En el archivo de Mota distrajo su aburrimiento y continuó su erudita labor, aprovechada por las universidades americanas.

El Mariscal tenía debilidad por el Desierto y por los desiertos en general. Sabido es que, en su juventud, se enroló en la Legión Expedicionaria que luchó contra los rebeldes de Houari-abn-Mustafá en los páramos del Asia Central. Nuestro jefe comparó su gesta con su personal travesía del desierto, tan típica en la biografía de cualquier héroe. Baste pensar en Nuestro Señor, que no dudó en aceptar el desértico desafío de Satanás y bajar a los infiernos tras su martirio.

Preso a traición por los mustafinos, el Mariscal pasó tres días en la mazmorra de Markabanda, de la cual huyó en circunstancias que no dudo en calificar de milagrosas y hoy estudia la Santa Congregación para descifrar la intervención de la mano de Dios en el hecho. Pesaba sobre el jefe, por cristiano y por valiente, la pena de empalamiento, de la que fue librado por la Providencia en circunstancias que le valieron el mote de Mártir de Markabanda. Cuarenta días con sus noches anduvo el Mariscal escamoteando a los mustafinos con la ayuda de aquellos desiertos asiáticos, orientándose por la salida y la puesta del sol en un laberinto de arena hasta alcanzar el destacamento de la Legión para seguir la lucha. Llegó, enjuto y moreno como un recién nacido, para asombro de médicos y enfermeros, incrédulos ante tan sobrehumana resistencia. Desde entonces cultivó una especial devoción por páramos y subterráneos como la Cripta de sus sueños.

Malos ejemplos

Durante largo tiempo el Mariscal llevó consigo los distintos proyectos que los arquitectos del país y del continente habían ofrecido a su atención. Reviviendo, tal vez, una juvenil y olvidada vocación por las construcciones, él, que estaba construyendo para la eternidad la nueva patria, anotaba, sugería, corregía, disputaba y comentaba con los maestros la obra del porvenir.

Hubo proyectos colosalistas, que resolvían el problema con simples y grandiosas pirámides. Memoria de una sociedad anterior a la fe, la egipcia, el Mariscal los juzgaba poco propicios para celebrar una guerra donde había vencido la cristiandad. Por otra parte, aunque la pirámide evocaba una altivez solitaria en su querido desierto, también era el símbolo de las sociedades secretas que habían generado la antigua corrupción subversiva y hoy complotaban en la penumbra de sus hipócritas hipogeos contra la valentía de nuestro régimen.

Tampoco lo convencían las reconstrucciones del barroco inquieto y del sereno gótico. Él quería un monumento inédito, acorde con la novedad y la originalidad de nuestro movimiento, no un pastiche que simulara antigüedades inexistentes. Por razones similares a las anteriores, devolvió los proyectos modernistas, grandes mamotretos de inexpresivo hormigón, que tanto parecían una fábrica como una cárcel, y que traían a la entraña de nuestro virginal desierto la fatiga viciosa de las grandes metrópolis fenicias y descreídas.

El Mariscal se atormentaba por aquel ovillo de papeles inconcluyentes. Los llevaba consigo y volvía a ellos en los momentos menos previsibles. Interrumpía las reuniones de su gobierno, los banquetes oficiales, las dulces reuniones de familia, dejando a los interlocutores con el informe en la boca y la cucharilla en el aire, para revolver afanosamente sus planos y sus apuntes.

Finalmente, decidió anular toda aquella extenuada sabiduría y convocar al Director General de Obras Públicas para ordenar que diera concreción técnica a su propio proyecto. Empuñando el lápiz como si fuera su invicto bastón de mariscal, se adelantó por los desiertos de papel y trazó el esbozo de la Cripta: la roca central sería excavada y allí se alojaría su tumba. A ella se accedería por cuatro

Malos ejemplos

escaleras simétricas, de mil peldaños cada una, para luego bajar por otras cuatro, de apenas quinientos. Cuatro son los puntos cardinales, los Evangelios y los rumbos del espíritu, según es sabido, de modo que la simbología quedaba asegurada. En torno a la roca se excavaría una suerte de gran valle que alojaría al resto de los muertos. Esta periferia tenía un juego de explanadas y perspectivas que darían realce al monumento central.

El Mariscal no había dado detalles de estilo, tal vez llevado por su imaginación ascética y desértica, que proyectaba una obra despojada, de netos perfiles, reducida a formas mínimas, algo primitivo y fundacional que no debiera nada a nadie. Sólo indicó que, en el centro de su tumba, del lado exterior, se elevara un obelisco de cincuenta metros. Este eje debería coincidir con el lugar de sus ingles en el sarcófago, de modo que fuera una alegoría de la virilidad incólume del Mariscal, elevada hacia los cielos. Azorado, el mundo la contemplaría por los siglos de los siglos.

Se pagó a los proyectistas, se les devolvieron sus papeles y se puso manos a la obra. Las condiciones eran harto penosas, todo hay que decirlo. El lugar era inhóspito, sin poblaciones cercanas, abastecimientos ni agua. Todo debía llevarse desde lejos y en cantidades exiguas. El calor del verano duraba seis meses, durante los cuales la roca ardía como una brasa opaca y gigantesca, para convertirse, en los seis meses siguientes, sin transición, en un gran pedazo de hielo polar, raspado por los más crueles vientos de la meseta.

En la dura y prolongada posguerra no abundaban precisamente los materiales de construcción. Nuestras ciudades y carreteras estaban averiadas, y su restauración devoraba cemento, ladrillos, fundición, madera y cristal con una voracidad que el exangüe mercado nacional apenas podía saciar. Frecuentemente hubo que paralizar grandes obras públicas para proveer a la Cripta. El Mariscal quería una base de concreto y escalones de mármol blanco, que subrayaran la pureza virginal del sitio e hirieran la vista de los curiosos con sus destellos solares. En el país no hay canteras de este material y hubo de importarse a precio de costosísimas divisas.

Malos ejemplos

La mano de obra fue otro problema difícil de resolver. Se llevó a los presos políticos que estuvieran en condiciones de trabajar, conmutándose sus penas por las temporadas de servicios forzados. Así se conseguía, a la vez, adelantar las tareas y regenerar a esas gentes extraviadas por medio de unas labores que los encauzaran en la elevación de la patria futura. Provistos de picos y palas, labraron minuciosamente la intransigencia de la piedra, dando forma a los ensueños del Mariscal que los había derrotado y ahora les daba la oportunidad de restañar sus almas. Las abruptas peñas vieron caer a muchos de los andamios, en tanto los enfermos agonizaban piadosamente entre monjas y confesores.

Eran alojados en barracones provisorios de madera. A menudo, se la sustituía por oportunos cartones. Con la piel quemada de los veranos, se acurrucaban en fraternidad durante los implacables inviernos. La voz del viento era tan patética como la tos de los enfermos, dando al conjunto una grandeza épica digna de las siete maravillas de los tiempos antiguos. La generosidad del Mariscal los consideraba muertos de guerra, tocados por el favor de tal epopeya. Dios los había elegido sin reparar en el error de sus mentes y sus corazones.

Lo primero que se concluyó fue la hondonada para los cadáveres. En cuanto esta parte de la obra estuvo acabada, el Mariscal ordenó que se fueran acumulando en ella todos los difuntos de la Guerra Grande. Sus huesos se irían confundiendo de manera anónima, con carteles externos donde figuraban los nombres. Se los agrupó conforme a las distintas acciones bélicas donde habían participado. El Mariscal no permitía que se distinguieran los bandos en pugna, pues la muerte los había reunido en una misma quietud definitiva. Todos habían contribuido con su cuota de sangre a la gran ablución purificadora que había salvado a la Patria.

Huesos, huesos y más huesos, afluyeron de todo el país, algunos todavía envueltos en piltrafas de carne, girones de uniforme, medallas, o atesorando trozos de la metralla final, proyectiles, hojas de arma blanca. Caían a lo largo de las arañadas paredes de piedra y se juntaban en el fondo, obras de casual armonía. Las aves carroñeras

Malos ejemplos

despejaban con rapidez el ambiente y el sol pulía sus contornos como un artesano del marfil.

Se excavó en los cementerios, en las sacramentales, en las iglesias, en las tumbas privadas, en los sepulcros clandestinos. Se siguió la huella de quienes dejaban la cárcel con enfermedades incurables y que caían, a las pocas semanas, en cualquier jergón. Se cavó bajo los solitarios cruceros de los caminos, en los zanjones abandonados, se recogieron restos abandonados al aire libre, en pleno campo. En las enfermerías de las prisiones montaba guardia un inspector de la Cripta, a la espera de macabras novedades. Las familias más piadosas ofrecían espontáneamente a sus muertos y hasta los llevaban al Desierto, en patriótica peregrinación. Fue como si la guerra volviera a terminar o que no hubiera terminado y faltara la escena final. Toda la nación respondió a la convocatoria del jefe, como reconociendo que lo era tanto de unos como de otros.

Los muertos de la guerra pasan del millón y es de imaginar el volumen de sus huesos. Por su parte, la materia orgánica despide gases que se acumulan y explotan o generan combustiones espontáneas. A menudo, en medio de la osamenta surgían columnas de humo y retumbaban estruendos que revivían las batallas y devolvían ilusoriamente a los difuntos a la fugacidad de la vida y la lucha.

El Mariscal solía visitar la hondonada, quedando con la vista fija, largo rato, en tanta muerte blanca. La alegría encendía sus ojos cuando ocurría alguno de aquellos accidentes que lo devolvían al convulso escenario de sus victorias con sus estremecimientos y sus cañonazos. Así, en la paz como en la guerra, las peleas de antaño se convierten en ecos y se encaminan hacia el silencio final.

Enseguida progresó la obra céntrica. La frecuentaban los turistas, los devotos, algunos curiosos, los visitantes ilustres del extranjero. Se peregrinaba hasta ella, con el gobierno en pleno a la cabeza, el Día de la Paz que recordaba la definitiva victoria del Mariscal.

El Mariscal tomó la decisión de que el negro fuera el color oficial del poder por respeto al luto que la guerra había propiciado y así fue durante diez años. De negro y en

Malos ejemplos
Blas Matamoro

medio del ardiente pedregal, las dignidades del Estado sudaban un par de horas en memoria de los ausentes. Más tarde, el luctuoso cortejo pudo trepar por el blanco mármol de los peldaños.

El Mariscal sólo subió una vez el trayecto. Los médicos desaconsejaron una segunda excursión a pie. La sustituyó una silla gestatoria donde se sentaba el jefe y que era portada por cuatro atletas selectos de la Juventud Victoriosa.. El cortejo iba quedando por el camino, según las edades de los sujetos, y a la cima sólo llegaba el Mariscal a hombros de los victoriosos jóvenes.

Treinta años después de terminada la guerra, su vencedor pudo ver terminada la Cripta. Ya por entonces se podía ascender hasta la bóveda central en autogiro, gracias a una plataforma de aterrizaje y despegue allí colocada, con un oportuno servicio de bar.

Muchos personajes del gobierno esperaron la autorización para ser enterrados, cuando llegara la oportunidad, junto al Mariscal, pero éste decidió que su tumba no habría de compartirse, ni siquiera con su familia. Ni sus dos mujeres, ni sus dos hijos, ni sus doce nietos, ni jefes, ministros o generales de la tropa redentora.

Octogenario y aún vivaz y activo, el jefe empezó a difundir su propia leyenda de la Cripta. Decía que la sangre derramada en la guerra había formado un lago subterráneo, justo debajo de la construcción. El líquido se mantenía tal e incorrupto. Es posible que un hombre de tan extraordinarias facultades fuera también zahorí y hubiese visto lo que contaba, horadando la piedra con su poderosa mirada.

Pasados los noventa, su salud se puso a la altura de la edad: várices internas, trombos y derrames, dificultades respiratorias y úlceras varias hacían temer cada día por su vida. Se lo alojó en una unidad de cuidados intensivos, acribillado a tubos, jeringuillas y cables, pero la muerte se negaba a presentarse y la agonía duró varios meses.

Una mañana de verano, el jefe pareció reponerse, se incorporó en su lecho, dijo "Ellos me salvarán" y ordenó ser llevado a la Cripta. El pedido era contrario a cualquier prudencia médica, pero por venir de quien venía, se obedeció y el Mariscal fue instalado en una UVI móvil. En

Malos ejemplos
Blas Matamoro

ella dijo a sus médicos que los muertos de la guerra le darían la sangre acumulada en el lago subterráneo. Un millón largo de muertos a cinco litros cada uno, aseguraban seis millones de litros, con lo que sobraba para alargar su vida durante siglos.

Al llegar a la altura de la cripta, exigió su uniforme de gala, su silla gestatoria y sus cuatro atletas. También se le hizo caso y, entronizado como en sus mejores días, cerró los ojos y murmuró:

-- Quiero oír el rumor. Es como un lago, un inmenso lago.

Fueron sus últimas palabras.

Mi visita a la tumba se hizo conforme a las normas prescritas por el Mariscal. No quise valerme de autogiros ni de los ascensores instalados después de su deceso y que le habrían promovido, seguramente, un estallido de cólera. Llegué exhausto y sudoroso, viendo estrellas de blanca luz, efecto del deslumbramiento producido por el sol y sus reflejos en la roca y el mármol.

El recinto donde está su tumba es exiguo y sólo cabe una persona, de modo que cada visitante se queda a solas con una lápida lisa donde está grabado su nombre, y un trozo de penumbra donde se oye el rumor del renovador de aire, que parece de respiración humana. Sin duda, la poderosa imaginación del jefe había vencido a la muerte.

Los fieles del Mariscal somos cada vez menos. Sus descendientes ocultan su apellido como un estigma. El prócer de otrora es, para la mayoría actual, un tirano. La fundación que lleva su nombre carece de recurso para mantener el condiciones el monumento, polvoriento y deteriorado. El gobierno, en manos de sus adversarios, se desentiende del asunto.

Lo más notable en la historia de la Cripta es la transformación de su entorno. Como la intuición del Mariscal lo había advertido, bajo la gran roca hay un depósito de líquido, pero no de sangre, sino de agua. Con ella se alimenta una población de veraneantes y pasajeros de fin de semana, que se distribuyen en chalés y jardines, restaurantes y discotecas que llenan el lugar con el rumor vulgar de la vida, tan distinto del silencio heroico que el fundador había previsto para el sitio.

Malos ejemplos

El cuidado con que mantiene la población contrasta con la decrepitud de la Cripta. El obelisco, quebrado, espera una imposible restauración, en tanto los accesos están cubiertos de residuos, flores secas, latas de gaseosas y cervezas, papeles viejos, jeringuillas de heroína y condones en desuso. Los turistas le huyen y sólo es visitado por los eruditos y los nostálgicos.

Creo, con todo, que el Mariscal se ha salido con la suya. La memoria de los fieles no ha sido destruida, aunque sí acallada. Él sigue solo y dormido, sobre su lago de sangre fraterna, velando las armas de la resurrección. Porque un día habrá de volver al frente de sus ejércitos, para recordar a los hombres que la paz es un intervalo entre dos guerras incesantes que son una y la misma. En ella vencerá nuevamente para gloria de todos, los infieles serán expulsados del templo y la Cripta volverá a tronar en el augusto silencio del Desierto.

Malos ejemplos

Cita con el huésped

Por suerte, mis sobrinos comparten mi afición por Harrison Ford. Aquella tarde, saliendo de un cine y entrando en otro, dando aparatosos portazos en los taxis, habíamos visto finalmente cómo, de vuelta de los espacios siderales, se quedaba con la tonta princesita en *El retorno del Jedi*, cómo salvaba al último hombre en un caserío bajo la lluvia californiana del año 3000 en *Blade Runner*, cómo seducía y desdeñaba a una viuda puritana y abundosa en *Único testigo*.

Yo no podía explicar a mis sobrinos qué me gusta de Harrison Ford. Preferí meterme en un Mac Donald's y gozar de sus trucos. Los chicos hurgan en el fondo de una bolsa mágica, dentro de la cual hay una caja china dentro de la cual hay una ciudad en miniatura dentro de la cual hay un bollo de carne conjetural llamado hamburguesa y unas patatas fritas. En un túnel de la ciudad, cuando parece devastada, aparece un pastelito de grosella.

En nuestra niñez el asombro correspondiente era abrir un libro de cuentos y ver que entre dos páginas se alzaba un recorte en forma de castillo embrujado. Bebo lentamente una cerveza pensando que Harrison Ford fue niño cuando yo lo era y gozó con esos juguetes que un chico de hoy consideraría pueriles. Lo suyo es trepar a una nave espacial simple como un laberinto y volar varios años luz en la helada noche infinita, con la confiada confianza del hombre blanco en el ordenador que lo conduce hasta la playa polvorienta de un planeta que está esperando ser bautizado.

Amo a Harrison Ford, amo los nudillos de sus grandes manos despaciosas, manos de carpintero que pueden atrapar en un puño una aldea en miniatura sin dañar el menor de sus ángulos. Amo sus ojos que aumentan de brillo al entrecerrarse. Amo su andar que divide el mundo en dos a golpes de cadera. Amo sus decisiones de explorador, sabio en caminos secretos de la jungla que ignoran hasta los aborígenes. Y amo, sobre todo, su dentadura, parterre de marfil que te convierte en bocado

viada
vada

cuando sonrío. Harrison nos amenaza con triturarnos y hacernos renacer a una vida mejor. Es cruel como un conquistador bondadoso, capaz de imponer la razón y la higiene en los astros más lejanos.

Mis sobrinos disienten. Dicen que *La guerra de las galaxias* es para pequeños muy pequeños y *Blade Runner*, para mayores muy mayores. En cambio, les cae bien el niño de *Último testigo*, capaz de escapar al criminal en el refugio de una letrina y aprovechar su escasa estatura para huir entre las piernas del asesino. Por lo mismo aprueban a Indiana Jones: porque está al servicio de los niños y los salva del canibalismo impuesto por los dioses hambrientos. La consecuencia es que volveremos a ver sus películas favoritas, excusa para mis encuentros con Harrison Ford.

Devuelvo mis sobrinos a mi hermana cuando ya es de noche. Me invita a cenar pero prefiero irme a pie por una avenida solitaria. La bruma sube hasta las luces de berilo y, aprovechando el escaso tráfico, un conductor luce su velocidad ante un público inexistente.

No me explico por qué sale luz por debajo de la puerta de mi piso. No recuerdo haber olvidado una lámpara encendida, ya que salí en pleno día. Tampoco pudo haberlo hecho la asistenta. No le tocaba venir esa tarde. La luz es extraordinariamente fuerte, sale por las rendijas, por el mirador, por la cerradura. La puerta no tiene pasada la llave. Alguien la ha abierto y luego la ha cerrado de un simple portazo, pero ¿quién ha sido?

Es uno de esos momentos en que lo razonable es retroceder, tomar precauciones, evitar encuentros irreparables, llamar a la policía o, al menos, a un vecino. Es uno de esos momentos en que se hace todo lo contrario y hasta con un punto de placer. Hago de cuenta que tengo una cita, que el huésped es un desconocido pero que me resultará agradable tratarlo.

En la sala hay una chaqueta colgada de una silla. La puerta de mi cuarto está entreabierta y por ella pasa la luz exagerada que llena la casa de una claridad enceguedora como la de un estudio de filmación. Entro en el cuarto.

Allí está. Es Harrison Ford. Tiene la camisa entreabierta, acaso está desvistiéndose o aflojándose la ropa para facilitar sus movimientos. Sus ojos son más

Malos ejemplos
Blas Matamoro

luminosos que la lámpara, de ellos fluye la luz que domina la casa. Sus dientes ya están dispuestos a roer y masticar el mundo. Los nudillos de sus manos tienen manchas de sangre.

En la cama yace muerto mi padre, repetidamente apuñalado. Sobre la alfombra ha caído un cuchillo con sangre fresca. La adivino todavía tibia. Mi padre está como pensativo, sentado a medias sobre un par de cojines. Los párpados ocultan una mirada que baja hacia esa zona donde suelen estar las ideas.

Debo gritar y huir. Por supuesto, no lo hago.

Harrison me toma en sus brazos. Siento que la sangre de sus nudillos se pega a mi ropa. Sus ojos me penetran más que su lengua y la dura caricia de sus dientes. Soy una herramienta de carpintero, luego un bocado precioso.

Le ordeno que me suelte. Pienso que es en vano, que no lo hará. Lo hace. Escapo.

Tomo un taxi. Me bajo ante la casa de mi hermana. Los niños ya están acostados. Mi cuñado mira la televisión. Mi hermana lee en su cama. Le pido un aparte.

-- Sé que te voy a contar algo inverosímil – le digo – pero sólo si me ayudas a comprobarlo sabré si se trata de una alucinación.

Le cuento lo que usted acaba de leer. Ella recuerda que nuestro padre está muerto y sepultado hace años, en un país ahora lejano. Desde luego, lo sé perfectamente. Ella comprende que debe ayudarme. Se viste. No sé qué explicaciones da a su marido, un hombre siempre dispuesto a creerle o apasionado por la televisión. Volvemos a mi casa.

La luz está apagada, la puerta cerrada con llave, en la sala no hay ninguna chaqueta ajena y, en el dormitorio, la cama aparece serenamente hecha. No hay huellas, sangre ni puñal. Tampoco está Harrison Ford, el hermoso criminal sonriente. Lo recuerdo todo aunque no vea nada.

Mi hermana me pide datos sobre el hombre. No le he dado detalles ni lo he identificado. Ella cree que es un desconocido. Invento un retrato que la despista. Describo a un mulato de baja estatura, creo que tuerto y con acento quizá senegalés, etc. Resulta más creíble este ser pequeño

Malos ejemplos

y oscuro que deja huérfanos a los niños de una cuchillada oportuna.

Mi hermana me ofrece pasar la noche en su casa. Mi tranquilidad me permite decirle que no hace falta, que todo ha sido un mal momento y que lo consultaré con un especialista en los días siguientes. La acompaño a tomar un taxi y vuelvo a mi piso.

Sí, ya lo sé. Estás ahí, la sangre de tus nudillos sigue húmeda, tus dientes insisten en devorarme. Ahora no te dejaré escapar. Te abrazaré mientras me abrazas. La alfombra ensangrentada es mullida. El cielo está despejado, propicio a los vuelos interplanetarios. Esta vez me dirás la verdad.

Malos ejemplos

El Lago Negro

Una sola vez anduve por las orillas del Lago Negro. Estaba haciendo la milicia y había conocido a una chica con la que deseaba encontrarme a solas en un parque oscuro, para abusar de mi uniforme de alférez provisional. El bosque situado en torno al Lago Negro me parecía perfecto. La chica no compartía totalmente mis proyectos. Lo supongo porque sólo le había explicado la mitad. Ella prefería que yo le contara cuanto sabía del Lago Negro. Yo no sabía casi nada. Inventé una hazaña, no me creyó y la convidé a un helado de vainilla y chocolate. Fue el frío final del encuentro. Nos despedimos. Me fui solo hasta las orillas lacustres.

Apenas si recuerdo la incontable negrura del Lago, del que toqué el borde arenoso, sintiendo bajo mi mano la vibración de un abismo. Su medida – aunque los abismos no la tienen – era un lejanísimo rumor de brisa sobre la superficie del agua. Es lo que puedo rememorar..

Ahora podría contarle a la chica algo más veraz. Insistí en su busca. No volvimos a vernos. Mis cuentos se quedaron sin público. Tal vez otro alférez se la había llevado a las fiestas de su pueblo, llenas de familias y de guardias municipales.

Desde entonces he leído mucho sobre el tema. No sobre alféreces, chicas ni fiestas, sino sobre el Lago Negro. Poetas y narradores cuentan singladuras sobre sus aguas, describen su fauna incomparable, que no tiene réplica en el mundo, las expediciones por sus costas, los heroísmos y martirios que ha suscitado, una isla prodigiosa que hay en su centro, donde vive la perdida raza de los hombres dichosos, en medio de un clima apacible y en la cual todo abunda hasta el hartazgo.

En el mencionado parque hay estatuas que reproducen ejemplares de aquella fauna, monumentos a los héroes y mártires, mapas puntuales de la isla. En nuestros museos y galerías de pintura abundan las mismas imágenes, desde los tiempos en que anónimos tallistas exploraban la madera y la piedra con dedos inciertos hasta estos años de certeros acrílicos y otros materiales sintéticos.

Malos ejemplos

El Lago es motivo de adoración inmemorial en nuestro país. Hay quienes afirman que de sus aguas surgió la divinidad primordial del mundo, una mujer inmensa, blanca y resplandeciente, de cuyo seno salieron los cuatro elementos, los cuatro vientos, los cuatro puntos cardinales. Otros sostienen que la creación fue obra de una serpiente colosal, también habitante del Lago. Los cultos enemigos han llenado de sangre varios siglos de nuestra historia. Lo cierto es que las leyendas y epopeyas sobre nuestro origen hacen del Lago el punto de partida de nuestros fundadores sin edad. Por ello, algunos se creen autorizados para afirmar que el Lago es el Reino de las Sombras, donde moran las almas de los muertos que rigen disimuladamente nuestra vida. Debajo de la superficie hay estratos celestiales para los buenos e infernales para los malos.

Muchos hombres de ciencia han negado la existencia del Lago. Dicen que allí no hay nada, pues nadie ha estado en él, ni poseemos documentos sobre sus características, ni datos fiables sobre su extensión. ¿Qué fauna es la que no deja huesos, escamas ni huellas? ¿Qué aguas son las que nadie ha bebido, ni a nadie han mojado, ni nadie ha recogido en ningún recipiente? Tampoco los científicos han incursionado en él, argumentando que no es objeto de ninguna ciencia. No pocos de estos sabios han sido llevados a la hoguera en los siglos bárbaros, han sido apaleados en los siglos menos bárbaros, e incluidos en las listas negras de los traidores a la patria. Negras como el mismo Lago.

Los filósofos especulan minuciosamente sobre el Lago. Hay quienes dicen que es infinito y carece de sustancia, aunque no de esencia. Por eso es invisible y no se lo puede medir. Otros contradicen esta teoría, afirmando que lo infinito e indiscreto es ajeno al pensamiento. Si el Lago es negro, quiere decir que es finito, porque lo negro deja de serlo cuando se convierte en gris y se inclina a la blancura. Los más audaces han sostenido la doctrina total que dice, más o menos: no conocemos el Lago porque todo es Lago y, en consecuencia, no podemos salir de él.

De todos modos, desde siempre lleva el mismo nombre y los filólogos no han encontrado una constancia conclusiva que permita afirmar cuándo y cómo se usó la expresión Lago Negro por primera vez. Antes de utilizarse

Malos ejemplos

la escritura, el nombre circuló de boca en boca y su hora cero se pierde en la noche de los tiempos. Con lo que volvemos a esa negrura que está al alcance de la mano y se extravía siempre más allá de nosotros.

Nuestra bandera lleva una mancha ondulada que representa al Lago. Lo cantamos en nuestros himnos, nos hemos matado por él, ganado y perdido batallas invocándolo. Hemos prosperado y decaído mientras seguía en su lugar.

Aparte de aquel vértigo juvenil, nada puedo aportar a las investigaciones sobre el Lago Negro. Lo he recordado tantas veces que no sé bien si mi memoria lo recupera o lo inventa. Sé que es lacustre y negro, sin duda. Cuando lo repito, me escuchen o no, estoy convencido de lo que digo y así es que lo dejo escrito para siempre.

Malos ejemplos

La casa de enfrente

El Banco donde trabajaba el hombre decidió cerrar la sucursal en la que estaba destinado. Para evitar su despido, le designó como lugar de tareas un viejo caserón desafectado que había adquirido para demolerlo y construir una torre de oficinas. El hombre debía ser el sereno de la demolición y, más tarde, tal vez el conserje de la torre o cualquier otro destino.

El palacio daba a dos calles: a un bulevar bancario y a una estrecha calleja que desembocaba en una plaza a cuyo fondo había un monasterio. El bulevar era muy agitado de día pero desierto y silencioso por las noches, pues sólo una casa, frente al palacio, estaba habitada, y el resto eran edificios burocráticos. La plaza del monasterio tenía una población diurna, infantil y bulliciosa, pero al atardecer se vaciaba y caía en un simétrico ensimismamiento que acentuaban los viejos faroles de solitarias luces, los bancos de piedra carcomida y una pobre fuente barroca de inútiles sirenas y tritones.

El trabajo del hombre era aliviado, ya que apenas nada tenía que hacer durante el día, que dedicaba a deambular por la ciudad, recalar en los cafés o ir al cine. A la noche, después de controlar la salida de los demolidores, se recogía en la antigua vivienda del portero, un departamento confortable y amueblado desde la fundación de la casa. El edificio, vacío y tenebroso, tenía cuatro pisos, una buhardilla y dos sótanos abovedados.

En ese tiempo el hombre conoció a la mujer, que atendía un estanco cercano al palacio. El dueño del negocio era un pariente que la tenía a su cargo. El hombre la esperó a la salida y ella le pidió que, al ir por tabaco, disimulara que se conocían, de modo que el pariente no sospechara. El hombre iba a menudo al estanco, la trataba de usted y se limitaba a saludar y a pedir la compra. No podía evitar, sin embargo, rondar un rato por la calle, mirando las pipas y trastos del escaparate.

El hombre y la mujer se encontraban en el palacio deshabitado. Elegían una habitación distinta cada vez. Esto los obligaba a seguir itinerarios caprichosos, pues sólo

Malos ejemplos

podían usar las habitaciones aún no desamuebladas. Se amaban sobre las camas de unos desconocidos de antaño, sobre sillones, cojines o meras alfombras, a veces sobre cortinas enrolladas sobre pisos de mármol o de maderas que todavía olían a cera perfumada. Más allá, el viento rasgaba los muros medio demolidos, un gato proclamaba su celo o perseguía a una rata desprevenida. Los perros vagabundos preferían la plaza del monasterio.

Las obras progresaron hasta que sólo resultó habitable la portería. Allí, el hombre y la mujer usaban toda la casa, guisaban su comida, miraban la televisión y hacían la limpieza. Una asociación que se ocupaba de proteger el patrimonio artístico pidió que la demolición fuera paralizada, dado el valor histórico del edificio. No obstante, la portería fue vaciada y el hombre, trasladado a un edificio frontero que también era propiedad del Banco.

Los encuentros debieron trasladarse también a la casa de enfrente. Desde ella, el hombre y la mujer evocaron sus citas en el palacio semiderruido que contemplaban cada noche. Una tarde se citaron en un café alejado. Ella le dijo que tenía un novio en una ciudad de provincia, y que se estaba por casar con él. No debían encontrarse nunca más.

El hombre siguió frecuentando el estanco, a merodearlo, a saludar a la mujer y a tratarla de usted. Una tarde preguntó por ella y el pariente le dijo que se había marchado para casarse a una ciudad de provincia.

El ayuntamiento, por fin, ordenó interrumpir la demolición y reconstruir el palacio. Así se hizo. Hasta se repusieron en sus lugares los muebles y accesorios que pudieron recuperarse. El edificio se convirtió en la sede social del Banco, reservado a los altos dirigentes y a los invitados a los que se agasajaba con comidas y reuniones.

El hombre fue un par de veces hasta la ciudad donde la mujer se había casado. Buscó su domicilio en la guía de teléfonos, sin hallarlo, vagó sin rumbo y acabó renunciando a encontrarla. De vuelta a la casa de enfrente, se quedaba las horas muertas mirando el palacio que se reconstruía. Después se habituó a los cochazos, los banqueros, las señoras de largo y las ventanas de los salones iluminadas en las noches de fiesta.

Vaciada

Un día decidió visitar el palacio. Sólo podía recorrer los pasillos, las escaleras, los ascensores y el comedor de gala que le mostró un ujier. No obstante, rememoró las habitaciones donde se habían amado con aquella mujer, para siempre desaparecida.

El hombre pidió el traslado a la sucursal que el Banco había inaugurado en su pueblo. Los amigos y la familia lo recibieron como a un triunfador. Había conquistado la capital y retornaba con el tesoro de un puesto de mayor jerarquía. Los antiguos compañeros del equipo de fútbol local le dieron una cena en el Casino y estuvieron de copas hasta la madrugada.

Malos ejemplos

La Dama de Negro

Todos los jueves por la mañana doña Maruchi visitaba la tumba de su familia. Era un sepulcro inadecuado a su modesta posición social, que le habían facilitado unos parientes ricos en el cementerio principal de la ciudad. A la entrada, una estatua de mármol pedía silencio con gesto sereno, velos y largas melenas modernistas. A un costado, otra estatua representaba a un niño desnudo apagando una antorcha en un recipiente que se suponía lleno de agua.

En la tumba reposaban los restos de Honorio, su marido, y de los tres hijos: Honorina, Honorina y Honorato. Todos habían muerto a la vez en un accidente de automóvil, mientras veraneaban en la sierra. Maruchi arreglaba la casa mientras ellos intentaban hacer una excursión y se despeñaban por un barranco.

Toda la herencia de doña Maruchi eran aquellos despojos y una farmacia de barrio, que ella mantiene junto con el habilitado, un muchacho que Honorio formó con paciente diligencia y que ha propuesto alguna vez matrimonio a la viuda, pero que ella rechazó con discreción y firmeza, aduciendo que era de una digna fidelidad a su marido, aun más allá de la vida.

No siempre las buenas acciones evitan los malos resultados, pues el chico se aficionó a las mujeres de vida airada y acabó casándose con una de ellas. Adecantada y madre de cuatro hijos, sigue viéndose con sus antiguas colegas, lo cual hace pensar a doña Maruchi que, más temprano que tarde, recuperará su profesión. Es imposible saber si, como opinan algunas clientas de la farmacia, la dueña está movida por el despecho.

Al lado de la descrita tumba hay un monumento fúnebre suntuoso y solitario, en cuya fachada se lee: *Duques de Tierras Altas*. Es un macizo túmulo de imitación bizantina en piedra labrada, con puertas de forja color de oro viejo, a través de cuyas vidrieras donde se aprietan señoras llorosas, ángeles indiferentes y lirios siempre lozanos, se ven un altar y unos monumentos yacentes, junto a una baranda bruñida que seguramente conduce a una cripta.

Viada
Marucha

Una mañana de otoño, convenientemente brumosa, apareció a la entrada del monumento el personaje que doña Maruchi bautizó, para sus adentros, como la Dama de Negro. Alta, lenta, luctuosa, con una banda de brocado que sujetaba un velo largo hasta las rodillas, la Dama atravesaba, estatuaria, la bruma, se detenía ante la puerta, extraía una enorme llave dorada de su cartera y penetraba en la intimidad ducal de Tierras Altas.

Sin duda, la dama pertenecía a la más vieja aristocracia. Tenía el mutismo, la lejanía y un aire levemente fúnebre que cuadra bien con la estirpes inmemoriales. Sus rasgos pálidos, alejados de los paseantes por velos y brumas, apenas se discernían. Era imposible calcular su edad ni hallarle parecidos. Llevaba unas ropas algo anticuadas, propias de esas gentes que, por vivir en el secreto de mansiones enormes y desoladas, prescinden de la insegura moda del día y sostienen gustos clásicos, aquilatados por los siglos de buena vida. Su cartera de cuero negro era enorme como el portafolios de un ministro, capaz de abrigar títulos y ejecutorias. Sus guantes labrados dejaban entrever gruesas piedras preciosas engarzadas en antiguos anillos. En fin, todo muy gloriosamente *démodé*.

Doña Maruchi coincidió numerosas mañanas con la Dama y la observó con detalle y discreción, sin atreverse a dirigirle la palabra. Cierta jueves, la altiva señora esbozó un gesto que podía ser un saludo. Esto animó a la viuda, que se atrevió a acercarse, presentarse y ofrecer unas flores para los muertos ajenos. Esgrimió razones de vecindad, similares a un préstamo de azúcar o cebollas, un domingo por la tarde, cuando los negocios están cerrados.

Las flores de doña Maruchi eran dignas y plebeyas, dalias, claveles y gladiolos comprados a la entrada del cementerio. No resistían la comparación con las estrelicias, las camelias y las azaleas que parecían talladas por un orfebre y venían de exquisitos invernáculos, seguramente privados de los duques.

La Dama de Negro se presentó con un acento vagamente extranjero, que doña Maruchi entendió ser de algún aeropuerto, cuando la megafonía difunde mensajes en distintos idiomas.

Viuda
Marucha

-- Dione de Mazura, duquesa viuda de Tierras Altas.

Doña Maruchi asoció enseguida el título con personajes que aparecen en las revistas con ecos de sociedad, aunque no recordaba haber visto en ellas a la Dama de Negro. Tal vez su luto la alejaba de la vida social pero sus parientes llenaban de Tierras Altas las columnas de papel cuché con noticias de cacerías, bautizos y funerales.

Picada de curiosidad, doña Maruchi hizo lo que nunca en su vida, se presentó en la hemeroteca de la ciudad y pidió colecciones de semanarios del gran mundo y diccionarios de heráldica, donde los de Tierras Altas ocupaban capítulos enteros. Los antiguos nombres de pila – Archibaldo, Leovigildo, Ulpiano – se repetían a lo largo de siglos colmados de batallas, obras pías, fundaciones de ciudades y menudencias por el estilo. No fue posible, sin embargo, dar con el marido de doña Dione. Los Tierras Altas parecían una familia sólo compuesta de varones, donde las mujeres estaban en una anónima penumbra.

Cierto jueves, la tumba de Tierras Altas estaba abierta. Unos albañiles cumplían en su interior tareas de restauración. La Dama no apareció. Doña Maruchi, tras pedir tímidamente permiso y aduciendo ser aficionada al arte sacro, entró en el monumento. Los envolventes colores de las vidrieras la cubrieron de lirios y de lágrimas modernistas. Un aroma de incienso rancio contendía con la insolencia de la escayola fresca. Severos personajes la miraban desde unos retratos oscurecidos por el humo de las velas. Por todas partes se colaba, discreto, el oro de los mosaicos.

Doña Maruchi se acercó al altar donde había dos estatuas yacentes, un varón de enhiestos bigotes imperiales y una mujer con el rostro velado. Los nombres eran escuetos: el duque y la duquesa de Tierras Altas. La viuda se estremeció. ¿Era la duquesa la que estuvo viendo bajo el nombre de Dione de Mazura, o sea un fantasma, o era una impostora?

Durante días, la Dama de Negro obsesionó a doña Maruchi. Se le aparecía en sus pesadillas y, al despertar de ellas, en las sombras de su alcoba. Al caer la tarde, cualquier cliente borroneado por el anochecer la imitaba.

picada

Dione la seguía por la calle, la llamaba por teléfono aunque al final resultara ser su prima Consuelo. La viuda dejó de leer revistas de famoseo y de ver series de suspenso por la televisión, por temor a que la Dama se mezclara en ellas.

Doña Maruchi temía dormirse para no entregar su indefensión a la Dama, sobre todo desde que tuvo una señora pesadilla: estaba enterrada en la tumba de los Tierras Altas, entraba la duquesa o quien fuera, descubría su escondite, alzaba la piedra del sepulcro y buscaba el cuello de la farmacéutica con sus manos enguantadas de negro, como garras de quimera, hasta que la soñadora conseguía despertar, bañada en sudores de agonía.

Tal era el terror que logró despertarle la Dama, que dejó durante dos semanas de concurrir a honrar a sus muertos, hasta que, atenazada por la culpa, volvió a su rutina. Esperó largamente a que la Dama no apareciera, pero dispuso tanto tiempo en la espera que vio llegar a Dione, envuelta en los velos ducales y en las brumas que volvían a abrazar la ciudad.

La boticaria temblaba y sus piernas no le respondían. Se sentía flotar en un abismo en cuyo fondo reinaba la negrura de la Dama. Con un manojo de dalias apretado contra su pecho, se acercó a la negra figura. El miedo la postró y acercó su frente a la mano forrada de negro, la tomó entre las suyas y, cuando esperaba que el frío de la muerte la electrizase, sintió una tibieza de vida animar aquel primoroso guante perfumado con esencias de difícil pronunciación.

Doña Maruchi ofreció sus plebeyas dalias, a cambio de las cuales doña Dione le tendió una enhiesta estrelicia, juncal y altiva como una diosa egipcia. Le hizo un breve comentario sobre el tiempo, con su extravagante acento. No, la Dama no era un fantasma, pero tampoco era la duquesa. Se trataba de una señora viva y, de momento, anónima, cuya identidad empezó a inquietar a doña Maruchi.

Pensó seguirla por la calle con pasos furtivos, entre tapias, verjas, árboles añosos. Temió ser reconocida, aunque la aventura la atraía. La detuvo imaginarse seguida, a su vez, por peligrosos guardaespaldas provistos de hambrientos mastines. Se decidió por lo más científico,

*Viuda
Maruchi*

aunque caro: contratar a unos detectives privados. Recorrió las páginas amarillas de la guía telefónica y escogió un nombre llamativo: *Agencia Securitas*.

Expuso el caso a los profesionales, adelantó una robusta suma de dinero y firmó letras por el resto, no menos robusto. Los detectives sospechaban una impostura destinada a sustituir a la duquesa por una aventurera que se quedase con una sabrosa herencia. Lo esencial era averiguar lo que hacía la Dama al entrar en la tumba. Para ello, le propusieron adherir una microcámara a una de las vidrieras y filmar la intimidad de la sospechosa. Entraría a funcionar con el ruido de las llaves y dejaría de hacerlo cuando el mausoleo se vaciara.

Así se hizo. Doña Maruchi, cuando se le avisó que el filme estaba listo, pagó el resto y se lo llevó a casa. Era una cinta de video que podía pasarse por su televisor. Resultó ser una cinta en blanco y negro, una suerte de película muda, con imágenes un tanto borrosas, dado que las figuras de las vidrieras le quitaban nitidez. Se veía a la Dama llegar, quitarse el velo y el abrigo, y sacar de un armario un delantal y unos instrumentos de limpieza. Enseguida se ponía a realizar prosaicas tareas: barrer, plumerear, pasar la bayeta, lustrar bronce y cristales, tirar al cesto las flores marchitas, encender un pebetero con incienso.

La cara de la mujer se veía con mayor nitidez que tras el velo pero resultaba imposible compararla con cualquier otra, siquiera definir qué cara era aquélla. Al rato de cumplir esas actividades tan pedestres y desprovistas de cualquier ilusión, la Dama abrió las puertas de la tumba, se supone que ahora limpia y perfumada, y entraban los dos albañiles, dos mocetones morenos y robustos, cuyos ojos brillaban más que los bronce y los cristales recién bruñidos. Entonces, se interrumpía el filme.

Las brumas no se disipan y el otoño deja paso al invierno. Doña Maruchi no sabe si continuar la investigación, que se ha llevado casi todos sus ahorros. Cada jueves visita los restos de sus muertos queridos. Lenta en la niebla, se acerca la Dama de Negro.

Malos ejemplos

Un veranito de San Juan

Hacia el 24 de junio, día de San Juan, puede haber en Buenos Aires, entonces en pleno invierno, algunos días de calor que se conocen popularmente como “el veranito de San Juan”. Su equivalente español puede ser el veranito del membrillo o de San Martín. El año en que murió tío Coco, tras varias temporadas de ausencia, el veranito volvió a hacerse notar. Tío Coco salía a tomar el sol a la puerta de su cuarto, en el fondo de casa, sobre la medianera. Lo miraba con alegría, como quien reencuentra a un amigo muy querido después de una larga separación y lo halla tan joven como cuando lo dejó.

Cierta mañana, el veranito terminó de golpe y encontramos muerto a tío Coco, sentado frente a su pieza, apoyado de manos y barbilla en un bastón que solía usar en los últimos tiempos, con los ojos abiertos y mirando fijamente un punto privilegiado de la pared que nosotros no podíamos distinguir.

En los últimos meses tío Coco sufría de anorexia nerviosa, según había diagnosticado el médico. Extraño mal porque parece ajeno a nuestro tiempo y más bien propio de las neurastenias del siglo XIX. Coco se pasaba sentado las horas muertas, comía poco y nada, y había desconectado su vínculo con el mundo, el receptor de radio, que llevaba la historia universal hasta su oído derecho – el izquierdo nunca había sido muy agudo --. Yo hubiera jurado que había perdido las ganas de vivir y que invocaba con mesura y elegancia, o sea en silencio, a la muerte, que todo lo oye, sin necesidad de alharacas ni gestos especiales. Y, elegante y silenciosa, ella vino durante aquella noche de invierno que dio por clausurado el veranito de San Juan.

La muerte o, mejor dicho, el velatorio, que es como se la denomina en los barrios, dio ocasión a tío Coco de volver a casa, después de incontables años de exilio en el cuarto del fondo. De algún modo, también, permitió que se reencontrara con Rosita Marambio, el gran amor de su vida. En rigor, ella no vino al velorio, como todos esperáramos con cierta melodramática ansiedad, pero recibimos una enorme corona de flores, la mayor de la

Malos ejemplos

noche, toda de gladiolos, rosas y claveles rojo brasa, como para demostrar que, intensa y serena, su pasión conservaba el color de sus mejores días. Una cinta morada declaraba en letras de oro: *Rosa Marambio viuda de Paolantonio*.

Por mi parte, el velorio de tío Coco me permitió recoger noticias sobre su renquera y atar cabos como para escribir la callada historia que lo había llevado a alterar la natural y equilibrada simetría bilateral de su cuerpo.

Al meterlo en el ataúd, comprobamos, efectivamente, que una pierna era más corta que la otra y que, ala altura de la rodilla, mostraba una generosa cicatriz, con una línea blanca y limpia en el medio, y una turbulencia de tejidos mal restaurados alrededor.

Quedaba claro que la cojera de tío Coco era adquirida, según se podía constatar, y que no se trataba de una malformación nativa, ni de un reviro mental, ni de una dolencia oculta. No obstante, la historia de aquella cicatriz, borrada por el concertado silencio de la familia, amenazaba con transformarse en oscuridad definitiva, hundida en la tiniebla que proporcionan los cementerios.

Entonces recordé que tío Coco se llamaba Roque Paniagua y que San Roque es el protector de los heridos y llagados, según se advierte en sus imágenes de altar, donde aparece mostrando unos sólidos y blancos muslos de futbolista y una rodilla generosamente lacerada que un perro está a punto de lamerla. Tal vez tío Coco fuera la enésima encarnación de San Roque y ocultaba, en la viril y discreta penumbra de sus pantalones, aquel privilegio que el cielo le había dispuesto en forma de renquera.

Avanzado el velorio, la familia se fue a dormir, quedando a cargo del muerto su amigo Pipo Rocatagliata, antiguo aguatero de *Las Glorias del Sur*. Yo había salido con algunos amigos a interrumpir las honras fúnebres con algunas partidas de billar en el café y se me habían hecho las tres de la mañana. Al volver, hallé a Pipo con una servilleta en la mano, dispuesto a espantar de los alrededores de tío Coco a cuanta mosca quisiera quebrar la solemnidad del caso. En verdad, antes que Pipo, el frío de junio se había encargado de ahuyentar a las asquerosas

Rosa Marambio viuda de Paolantonio

visitantes, pero lo mismo el amigo se creyó obligado a acompañar a tío Coco en el comienzo de su gran viaje.

Me senté a su lado y bebimos el infaltable anís de los velorios. . Pipo no había visto a tío Coco en varios meses, aunque compartieron años de café, partidas de dominó, copas de caña quemaday apostillas sobre el curso del fútbol en el mundo.

Pipo me preguntó sobre la vida del muerto en los últimos años y le hice un resumen benévolo. Tío Coco sólo venía a casa en las fiestas de fin de año, cuando Rosita Marambio lo llamaba por teléfono y le deseaba felicidades. El resto del tiempo se lo pasaba en su pieza o en el café, del que volvía a altas horas de la noche, cuando todos dormíamos.

Comía poco y del periódico sólo leía la sección de fútbol. Lo mismo hacía con la radio, sobre todo los domingos. Era un apasionado del juego y un erudito en la materia, pero jamás iba a los estadios ni miraba los partidos por televisión. Era un futbolero a distancia, un devoto solitario de ese espectáculo de multitudes. No se sabía cuál era el equipo de su predilección ni se lo oyó jamás dar gritos a favor o en contra mientras escuchaba las transmisiones por la radio.

En verdad, era la renquera lo que parecía separarlo del mundo. Le molestaba que los conocidos lo vieran cojear y, seguramente por ello, pidió el traslado a una oficina de correos de Olivos, del otro lado de la ciudad, ya que nosotros vivíamos en Barracas. De este modo, se levantaba muy temprano y emprendía un viaje larguísimo, del cual volvía para ocultarse en el café. Cuando entraba o salía de casa, los demás estábamos durmiendo. Los fines de semana se atrincheraba en su cuarto, que limpiaba con minucia, regaba las macetitas de sus plantas, tomaba mate y alimentaba a sus canarios enjaulados. Sus peores enemigos, desde luego, eran los gatos de la vecindad. Alguna noche excepcional, se supone, vagaba por la plaza Constitución en busca de amores de alquiler, y pasaba unas horas en alguna casa amueblada.

Pipo me pidió ir a conocer la pieza de su amigo. Cubrió la cara del muerto con una servilleta y salimos al fondo. El viento en los follajes se había puesto fantasmal Los

Mirada

canarios se alborotaron al encenderse la luz. Seguramente creían que había vuelto su patrón.

El cuarto de tío Coco era previsible hasta en sus menores detalles: una cama monjil, el calentador y los avíos del mate, unas botellas de *Mariposa Cusenier*, la radio, un paquete empezado de galletas marineras, un gramófono de arqueología, unos discos de Ignacio Corsini *el Galán Cantor* y unas cuantas fotos clavadas sobre las manchas de humedad de una pared.

-- Si parece que va a volver... -- dijo Pipo, llenando los puntos suspensivos con un llanto contenido y viril.

Me vinieron a la memoria los versos de *La que murió en París*, el tango favorito de tío Coco. A lo lejos, una muchacha, tal vez nacida en Barracas, tosía y agonizaba bajo las implacables nieves del bulevar mientras, en el barrio feliz, una familia tenaz seguía esperándola, con el mate recién cebado y unas galletas marineras, abiertas como manos.

Recorrimos las fotos de la pared: varias formaciones de *Las Glorias del Sur*, las más antiguas ya en amarillo y sepia, señores bajo el sol con el ceño fruncido y bélicos mostachos, alguno de ellos con ese aire de rubio pionero feroz que tienen los europeos del Norte. Para quien no recuerde con precisión, he de decir que *Las Glorias del Sur* se llamó un modesto cuan esforzado equipo de fútbol de aficionados o, como se decía entonces, *amateurs*, de los primeros con que contó el deporte destinado a devenir religión nacional. En las fotos menos antiguas Pipo se reconoció, de hinojos y con el botijo del agua, y señaló el joven Coco, frustrada esperanza del balompié nacional.

Aparte de las anteriores, había dos clases de imágenes. Unas correspondían a Sofanor Trelles, y nada diré del glorioso Fanor que está en la devota memoria de todos. Fanor fue un atleta de aquellos tiempos, con pectorales de muralla, bigotes de alambre caído y los brazos cruzados sobre el pecho en ademán de no pasarán y mejor es que se cuiden, caballeros, aquí hay un argentino dispuesto a todo. Fanor, héroe en las Olimpiadas de Amsterdam de 1928, Fanor dándose la mano con el presidente Marcelo de Alvear y con Ignacio Corsini, Fanor en un hotel de lujo de algún lugar con una señorita de lujo

Malos ejemplos

de ese mismo lugar o de cualquier otro, Fanor con Trude Jorgensen, la famosa vampiresa del cine mudo que no dudó en caer víctima de aquellos muslos de nieve rioplatense, en alguna noche danesa de 1928.

Y estaba también Rosita Marambio. Única. Lo digo porque sólo había una foto de la muchacha, en el carnaval de 1930, vestida de Colombina en el curso de la Avenida de Mayo, con un lazo de seda al cuello, la cara enharinada y las bien provistas piernas enfundadas en medias negras. Una dedicatoria, ya borrosa, declaraba: "A mi amigo Coco Paniagua, futura gloria del fútbol argentino, su vecina Rosita."

Tío Coco, evidentemente, no había conseguido otra foto de su amada lejana – que vivía a tres cuadras de casa, a unos trescientos metros – y la había ido reemplazando por las ingenuas del cine nacional, siempre adolescentes: Delia Garcés, María Duval y las mellizas Legrand. Chicas que guardan flores en los libros de versos, que se saben de memoria alguna rima de Bécquer y se enamoran del profesor de literatura cuando explica las rimas de Bécquer.

Ese fue el inventario de los bienes dejados por tío Coco. Quedaba el tema de la cojera. Pipo despejó las leyendas que había propiciado y me contó la verdad histórica. Desde luego, la versión que ofrezco al lector lleva mis propias palabras.

Las Glorias del Sur se llamó en sus comienzos *Ferrocarril Sur Sporting Club* y estaba formado por empleados y obreros ferroviarios. Contaba con un campo cedido por la compañía para recreo de sus trabajadores. Un buen día, en un partido informal, derrotó nada menos que al *Racing* de Avellaneda. Tan glorioso evento motivó el rebautizo.

El equipo optó por jugar en tercera división, de la cual nunca pudo emerger: Allí cumplió su corta carrera de tío Coco. Mientras tanto, Pipo, sentado en un lateral, acudía a calmar la sed de los jugadores, cuando los veía con la lengua afuera.

Ocurrió, por las mismas fechas, que Fanor, veterano, dejó de jugar en primera y recaló en *Deportivo Cañada*, también de tercera. El programa de la temporada señaló un encuentro entre ambos equipos. El ídolo y el feligrés iban a

Miada
Mara

enfrentarse. Coco temblaba ante la posibilidad de tener que frenar al astro de Amsterdam. Por eso consultó si debía o no jugar con Pipo y con Rosita, a quien no había declarado aún su amor. No lo hizo nunca, según veremos, pero en aquel momento estaba esperando la circunstancia oportuna.

Pipo se abstuvo de aconsejar, diciendo que lo mejor era consultar con la almohada. Rosita estimuló a Coco, esperando ser la mujer de un astro deportivo. El partido ocurrió un 24 de junio, en pleno veranito de San Juan. Ese año, el santo cumplió su cometido y mandó un calor realmente veraniego. La temperatura y la modestia de los jugadores consiguieron que el partido fuera malo. Los delanteros no conseguían penetrar las defensas contrarias y el juego se empantanaba, monótono, en el centro. Un público enardecido empezó a arrojar al campo insultos, monedas, latas y botellas. A cada rato, Pipo debía recoger cuanto podía, a riesgo de que algún proyectil lo alcanzara.

En determinado momento, avanzó *Cañada* y llegó a las defensas contrarias. Fanor conducía el ataque. Había llegado el momento de enfrentarse con Roque Paniagua. Acalorado, sudoroso, resoplante, Fanor estuvo ante Coco. El sol estival de aquel invierno estaba sobre la cabeza de Trelles y hacía en su torno una corona de rayos. Tío Coco, imagino, debió intimidarse ante aquel héroe legendario y en vez de aprovechar su extenuación para rebasarlo y devolver la pelota al centro del campo, el temor reverencial lo paralizó y lo hincó de hinojos, con tan mala suerte que una rodilla resultó clavada por un trozo de cristal disimulado en el césped.

El célebre cirujano doctor González Pittaluga hizo prodigios pero no pudo restaurar de todo la articulación. Tío Coco quedó rengo y renunció a pedir la mano de Rosita, pensando que no podía salir del altar arrastrando a la novia con su cojera.

El cortejo fúnebre de tío Coco estuvo integrado sólo por varones, a la vieja usanza, como un equipo de fútbol. A su paso, Rosita, de luto, salió a un balcón de su casa. Nunca más volvió a abrirlo, como si hubiera enviudado por segunda vez, ya que por primera lo había hecho con un tal señor Paolantonio, próspero comerciante del barrio.

Cañada
Cañada

Poco antes de sellarse el ataúd, cuando tío Coco tenía esa callada certeza que sólo da la muerte, acaricié furtivamente su rodilla tullida y me pareció que el dormido tajo, seguramente obra de un infalible cirujano, tenía la nitidez de una estocada. Herida de guerra, rastro de un duelo a espadas, hachazo de patíbulo, cuchillada sacerdotal dada en un altar idolátrico para cumplir la orden de un dios sediento.

*lluvia
lluvia
lluvia*

Escrito en el polvo

Me sorprendió la carta de Corchito Bugatti. Hacía varios años que no sabía nada de él. Vagas noticias lo situaban en lugares tan poco compatibles y cercanos como Los Ángeles y Praga. Cuando yo había renunciado a saber de su existencia y lo había borroneado en esa noche donde conviven los fantasmas del destierro, me llegó su mensaje, datado nada menos que en Hollywood. Él, yo y algunos millones más pertenecemos a la época en que todos los caminos dejaron de llevar a Roma y empezaron a llevar a Hollywood. Él había llegado, en su mundo ya no había caminos.

Seré convencional y daré algunos datos – todos tendenciosos, por supuesto, parece abusivo señalarlo – sobre Corchito. Lo conozco de los años sesenta del siglo pasado, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, donde me gradué y él pasó rumbo a otras, por las cuales pasó igualmente. Lo llamábamos *Colectvo 95* porque pasaba por todas las facultades.

Para el lector desavisado haré algunas precisiones que permiten un lindo juego semántico. Colectivo era un microbús o jardinera pintado con filetes de colores a la siciliana y atendido por un solo empleado, que conducía y cobraba los billetes, todo ello delante de una suerte de altar doméstico de espejo tallado – detalle veneciano, esta vez – en el que solían entronizarse divinidades varias: un hijo pequeño, la madre, una novia, Carlos Gardel, Juan Manuel Fangio y/o nombres que codicia el olvido, pues ¿quién sabe hoy algo de Mario Boyé, Delfor Cabrera o Blanquita Amaro? El trabajo del colectivero, a pesar de su designación, es individual y, en medio de la guerra callejera, francamente individualista. El público, zarandeado por los bandazos del vehículo, es promiscuo, que no colectivo. Bien, pero ¿qué tiene que ver todo esto con Corchito?

A veces nos encontrábamos en redacciones diversas de Buenos Aires y a mediados de los setenta coincidimos en Madrid, ciudad pequeña donde nos apretábamos unas docenas de argentinos, invitados por la dictadura militar a probar la universalidad de nuestra cultura.

Malos ejemplos
Blas Matamoro

Corchito fue secretario de una Comisión Internacional de Solidaridad, colaborador del estruendoso y efímero semanario *La Queja*, dueño de la pizzería *Milonguita* en el barrio de Lavapiés, animador de un taller literario en la Casa de la Cultura de Villaviciosa de Odón y tal vez algo más que se me escapa detallar. Tuvo hijos con sus dos primeras mujeres. De la segunda se divorció en Madrid, donde conoció a una becaria italiana que estaba estudiando la influencia de Marino en Bocángel y Unzueta. Cuando la italiana volvió a su tierra y todos teníamos sueldos y Seguridad Social en alguna autonomía de esta complicada península, Corchito, solo y padre de unos hijos de variada edad que no querían habitar la misma casa, desapareció de España.

Yo hojeaba un libro de candente actualidad – creo que la correspondencia entre Schnitzler y Hofmannsthal – cuando recibí la misiva de Mister Bugatti. En general, no acostumbro merecer cartas de negocios, de éstas que en las novelas optimistas sorprenden a los escritores con succulentas ofertas editoriales. Por eso dudé ante la propuesta de Corchito: filmar un guión que yo debía escribir por una suma casi agobiante de dólares.

Mi duda aumentó al día siguiente y, pocas semanas más tarde, sin la menor convicción, le mandé un esquema de la historia, según algunas confusas pautas que me sugería: el personaje protagónico tenía que ser latinoamericano y evocar el mundo del exilio, la persecución y el desarraigo. A vuelta de correo me llegó la carta de intención del productor, un giro postal y un plazo de entrega de los materiales.

Exhumé unos apuntes de novela, destinados al extravío en la comisión de lectura de alguna editorial madrileña o barcelonesa, e intenté darle una estructura cinematográfica, como para que un técnico resolviera los problemas de localización, cámara, fotografía, sonido, etc.

La historia, reducida al mínimo, cuenta lo siguiente: un escritor argentino, perseguido por la dictadura, preso y desaparecido, logra salir de su país e instalarse en España. Tiene las habituales dificultades para rehacer su lugar en la sociedad, conseguir trabajo, acumular amigos, amores y odios. Cuando logra todo esto – el lector puede poner lo

Miada
Milonguita

que falta, que es muy poco o, según se mire, mucho – viaja al País Vasco y muere en un atentado terrorista. Me interesaban unas cuantas abstracciones imposibles de expresar en el cine: la simetría de dos guerras civiles, la intolerancia, el destino, la improbable instalación definitiva del hombre en el mundo.

Todo esto justifica la quirúrgica intervención de Corchito Bugatti en mis papeles. Jugaron también otros factores: el productor disponía del maduro galán Robert Hicken, con el cual tenía que rodar dos filmes. Bien pasados los cuarenta años, con un rostro machacado por la vida y un par de molestas verrugas, Hicken, atlético y rubio, era difícil de mostrar como sudamericano en Hollywood. Hubo que darle un apellido judío, cuidar el maquillaje y no pasar de los planos medios. Junto a él, Chelo Alcázar, cubana de Miami, apenas veinteañera, exigió varias escenas de desnudos, lo cual produjo un resultado erótico curioso. Hicken jamás pasaba de la camiseta, convertida en fetiche sexual. Su judaísmo facilitaba las cosas en cuanto a su persecución por la dictadura argentina, pero dificultaba la difusión del filme en los países árabes. Por esto, y armonizando la historia con el lanzamiento del galán paquistaní Omar Zimbel, se llevó el final al Barrio Latino, donde un terrorista islámico seducía a Chelo Alcázar – esta vez, sin camiseta – y, al ser descubierto por Hicken, nerviosos ambos, sucumbían en una explosión. Chelo, sobreviviente, se perdía en las brumas del Sena sobre un fondo de bandoneón estilo Piazzolla. Y así terminaba mi supuesta película.

Las escenas argentinas se filmaron en poblados hispanos de California y los militares del caso eran extras camboyanos que se alojaban en una colonia de refugiados. Se dice que se infiltró un tailandés, pero no me consta. En dos planos aparecía, haciendo de diplomático vagamente europeo, Jeremy Irons, mirando aquel batifondo con la divina tristeza de sus ojos hamletianos. Era mucho pero no bastó para salvar el resto de las audacias. Cuando me enteré de lo que Corchito había conseguido hacer con mi guión, era tarde para corregir nada. Sólo pude lograr que mi nombre desapareciera bajo el de Sylvaine van Aachen.

*Miada
Má
aba*

La película anduvo bastante bien y se arrastró por los circuitos secundarios y los carteles de verano durante varios meses. Creo que nadie perdió dinero y hasta hubo algún crítico que rescató la ductilidad del marchito Hicken, en un papel de hombre pensativo, insólito en su carrera de lanzadores de jabalina y voluntarios de Vietnam. Al divino Irons le fue peor: lo contrataron para hacer de cura papanatas en *La misión*. Me veo aún, en una ínfima sala de Legazpi, una tarde de agosto, en un Madrid medio despoblado por las vacaciones, disimulando mi rubor en la penumbra. Después me reí a solas, bebiendo una horchata en el Puente de Toledo.

A poco de estos hechos, Teobaldo Méndez fue honrado con el premio Cervantes, el Nobel de las letras castellanas. Nada diré del personaje y del evento, hartos conocidos, así como del imprevisto y doloroso final de su historia, según diría algún maestro del periodismo. Humillado por la persecución, enaltecido por el destierro, reconocido en todos los idiomas, el maestro Méndez, por fin, era premiado en la capital de la lengua. Por suerte llegué a verlo a solas, en el bar de su hotel, y gocé del repaso irónico que hicimos a las letras del siglo XX. Me impresionó su fatiga: esa cara descolorida y esos rasgos grises correspondían a un enfermo cuya muerte andaba cerca.

Teobaldo, solo, esperaba a su joven mujer, que cumplía no sé qué gestiones en Suiza. La noche de su fallecimiento nos juntamos algunos compatriotas con funcionarios españoles y diplomáticos argentinos.

¿Cómo supo Américo Méndez Martínez que yo era Sylvaine van Aachen? ¿Fue una infidencia de Corchito Bugatti? No creo que Corchito tuviera interés en revelar mi identidad de remoto y traficado guionista. Tampoco, que Américo hiciera una pesquisa en el registro de pseudónimos de los Estados Unidos. Lo cierto es que el hijo del escritor se presentó de golpe en mi casa, demostrando un desorbitado interés por conocerme y aclarar ciertas circunstancias. Debo decir, para quien no lo recuerde, que la última mujer de Teobaldo Méndez era su joven secretaria holandesa, Gunilla van Aachen, y que esta curiosa coincidencia, tal vez, facilitó el seguimiento. Américo

Miada
M. A. A.

conocía *Cita en París*, título de la película en España, y por eso venía a verme.

La conversación persiguió bueyes perdidos hasta que el visitante me reveló su indignación. Sin duda, yo me había apoderado de la novela que su padre venía escribiendo en los últimos años – Teobaldo siempre trabajó lentamente – y que había desaparecido de su cuarto de hotel berlinés, *La otra guerra*. Se la había resumido en varias cartas, que me mostró y leí con sorpresa.

¿Eran auténticas aquellas cartas? ¿Existía tal novela o se trataba de una intriga epistolar urdida por el viejo maestro? ¿Quién sustrajo la novela del hotel? ¿Quién podía saber que estaba allí o, tal vez, quién topó con ella casualmente? ¿Estaba yo dispuesto a contar la verdad, deslucida si aparecía en sus justos términos, escandalosa si yo admitía el plagio? ¿Es posible que a dos o más escritores se les ocurra la misma historia al mismo tiempo? ¿Cuál era la historia que forjó Teobaldo Méndez, la que yo imaginé o la que hizo filmar Corchito Bugatti? Finalmente: ¿he dicho la verdad al lector o le he mentado? ¿Qué historia acabas de leer, tú que has llegado a estos finales renglones?

Negué lo que Américo afirmaba. Lo intimé a que probara su infundio, con lo cual se marchó más indignado que había venido. Escribí a Corchito, que ignoraba cualquier gestión, o aparentaba ignorarla. Américo denunció en la prensa el hurto de los manuscritos. Luego se enzarzó en un pleito con su madrastra holandesa, por todos los derechos de autor del finado maestro y también por el destino su archivo. Lo peor del caso es que Gunilla sostiene que la novela, inconclusa, existe y que está en la caja fuerte de la Fundación Teobaldo Méndez de Rotterdam. Será revelada al público, según los deseos del autor, cincuenta años después de su muerte. O sea que corresponde al lector calcular cuántos años faltan para que se conozca el final de este cuento.

Entre tanto, Corchito Bugatti me propone escribir una serie para la televisión. Le he dicho que sí, que la firmaré como Martín de Leganés López o François de la Salpêtrière. He alquilado un caserón en Pedraza de la Sierra para trabajar tranquilo. En el contrato me llamo Evangelino Huertas Candás.

Revelada
Revelada

El camino a Bagdad

Los japoneses han sido derrotados. Los chinos viven aislados del mundo. En cambio, los árabes vuelven una y otra vez con sus falsas promesas y sus traiciones. Se alzan en el horizonte del desierto, con sus siniestras túnicas negras, o emergen de los confines selváticos, como si habitaran bajo tierra, entre los matorrales. Se descuelgan de las almenas de los fuertes sobre las espaldas de los nobles soldados blancos, o caen sobre los gallardos caballos y elefantes que transportan a las tropas británicas, impidiéndoles realizar sus hazañas. Habrá que seguir luchando contra ellos.

Sin embargo, el disfraz que elegimos para carnaval, es el de árabe. Con una vieja sábana se hace la túnica y se ata a la cabeza con una corbata en desuso, de anchas rayas. Lo único caro es la cimitarra, que suele suplantarse por un facón criollo, de esos que usan nuestros padres en los asados, pues el carnaval no es riguroso con la historia. También se puede hacer una cimitarra de cartón recubierta de papel metálico, sacado de los estuches de cigarrillos, pero se puede romper en el trajín de la gente que va a los desfiles y a los bailes.

Tía Flavia nos pinta los labios con su barra de carmín y los bigotes con un corcho quemado. Son bigotes netos y escasos, como los usan los reyes de la baraja. Disimuladamente, me deja la barra por si la saliva me borra la pintura de la boca. El carmín es casi morado y, lógicamente, sabe a moras. Tal vea sea el sabor que los moros perciben en la boca de las moras cuando las besan

Tía Flavia ha besado, con la boca de carmín morado, a sus numerosos novios y se ha quedado soltera. Por eso es elegante y alegre, y podemos contar con ella a la hora de los disfraces. Quizás sus novios recuerden el sabor de su boca. Por el contrario, el corcho quemado huele amargo, tiene la aspereza de lo masculino, porque la cara de los varones está erizada de barba. Así olerá y raspará mi cara dentro de poco, cuando sea un hombre, eso que llaman todo un hombrecito.

Flavia

Siempre hay árabes en las películas que vemos por las tardes, en esos cines del barrio de Mataderos con nombres mitológicos: *Júpiter*, *Atenas*, *Minerva*. Vamos Fundia Chamoles, Johnny Mac Entyre y yo. Enseguida después de almorzar, con un sándwich de salame envuelto en papel de estraza, nos instalan en el cine hasta las ocho de la noche. Vemos tres filmes, las variedades, los noticiosos, los dibujos animados y los avances de los próximos estrenos. El cine parroquial pasa películas en serie como *Nyoka la muchacha de la jungla*.

Las películas se repiten y los estrenos de años atrás pasan a rellenar los programas. Esto permite repasar las historias y facilitar los cuentos que nos hacemos los unos a otros. Hemos descubierto un lugar perfecto para pasar las siestas del verano y los días feriados. Lo llamamos Shangri-La en homenaje al filme *Horizontes perdidos*. Es un secreto país donde siempre es primavera y la gente no envejece. Lo protegen altas montañas cubierta de nieves eternas.

Nuestro Shangri-La es una vieja estación de trenes junto a una vía muerta, abandonada hace años por falta de servicio. Es un caserón inglés de madera, traído desde Londres por algún pariente de Johnny, porque su familia es de empleados ferroviarios. Las ventanas no tienen cristales y el interior está polvoriento y lleno de trastos: un zapato, una gorra, una guía de teléfonos, una revista con fotos de reyes que ya no reinan y presidentes que ya no presiden. Nosotros usamos el portal, aireado y cubierto, que nos protege del sol y de la lluvia.

La estación está rodeada por un cerco de alambre donde crece una enredadera cuyas flores tienen forma de campanillas blancas y violetas. Trepamos por el alambre y saltamos al antiguo jardín, donde hay una zorrita pintada de rojo, abandonada y con herrumbre. Es una máquina que se usó para recorrer las vías y hacer reparaciones. Tiene una gran palanca y un asiento donde cabemos los tres. Por las calles del verano cualquiera de nosotros sale gritando "Shangri-La, Shangri-La" y los demás acuden fielmente.

Debajo de una tabla floja, en el tercer escalón del portal, guardamos nuestro archivo: los programas de cine, los cigarrillos que fumamos a escondidas, un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico para cepillarnos y quitarnos

Malos ejemplos

el aliento a tabaco al volver a casa. Hay tarjetas postales que nos hemos enviado desde el mar o la sierra, unos a otros, cuando hemos partido de vacaciones.

Sentados en la zorrilla o en la galería de la estación, nos contamos películas y fumamos el lento tabaco de los veranos. Desde hace un tiempo, al orinar, nos mostramos los progresos de la vellosidad en las ingles. También, en los sobacos y en el pecho.

Los cuentos son poco variados. Cada cual cuenta su película favorita, una y otra vez, introduciendo variantes hasta que se convierte en otra película, en un cuento propio. Nadie se queja de estas infidelidades, porque cada quien las comete y nos divierten. Preferimos las películas de guerra y las de aventuras. Las de amor no sirven, tienen demasiado diálogo, demasiados violines de fondo, pasan en lugares demasiado oscuros.

La película favorita de Johnny es *Tres lanceros de Bengala*, seguramente porque es una de ingleses valientes, simpaticos y patriotas que enfrentan a unos hindúes taimados y ladinos. Gary Cooper, Franchot Tone y Henry Wilcoxon aman a la misma mujer, Kathleen Burke que aparece, la primera vez, vestida de varón. Johnny nos enseña a pronunciar correctamente los nombres. Después, los tres amigos bailan con ella en un jardín infinito y sombrío, bajo la luz de la luna. Son tan blancos que parecen fantasmas vestidos con sedas brillantes, se adivina que de vivos colores y a rayas gruesas.

Hay una escena que me impresiona especialmente. Wilcoxon, pequeño y rubio, se está bañando en un *tub* mientras Gary, seguro y atlético, se afeita con una enorme navaja. En cierto momento, se acerca al muchacho empuñándola como un arma. Yo quisiera que no lo hiriese, porque el pequeño está indefenso y desnudo, quisiera que lo abrazara protectoramente, como ocurre entre militares. Gary le echa la espuma de afeitar y se ríe de él.

Johnny no repara en estas minucias, se detiene largamente en las escenas de lucha y de tortura, porque los traidores maltratan a los buenos, destrozándoles las uñas con unas varillas encendidas. Ciertamente, los buenos, que son ingleses, vencen pero uno de los lanceros muere y condecoran la montura de su caballo, momento que Johnny

Malos ejemplos
Blas Matamoro

cuenta al borde de las lágrimas. Johnny es de un pueblo de guerreros, se nota en la habilidad que tiene para contar batallas, imitar el sonido de los cañones, de los wíchester y de los barriles de pólvora cuando estallan provocando el derrumbe de la fortaleza del rajá traidor.

Fundia prefiere *El ladrón de Bagdad*. Alarga los viajes del príncipe ciego, con sus ojos claros y su bigotillo cuidadoso, y el criado moreno, sinvergüenza y querido por los magos. Veo las pálidas manos del ciego tropezando con la carne firme y oscura del muchacho, que lo guía con pies seguros, desnudos y que no temen a rocas ni zarzas.

Al final, Rex Ingram recupera la vista y no dirige su mirada al expectante Sabú sino a la princesa, mientras el malvado Conrad Veidt cae al vacío desde su destrozado caballo mecánico. El muchacho se queda solo y parte en la alfombra mágica, quizás en busca de otro príncipe ciego, incómodo en sus fajas de seda y queriendo recuperar la desnudez del vagabundo pobre. Sus ojos y sus dientes vuelven a iluminar, entonces, la noche de su piel morena.

Bagdad es la ciudad de los felices. Siempre hace calor allí, siempre maduran los dátiles en los jardines con surtidores. Es siempre tibio el amarillo de la miel y de los pasteles en los mercados. Calienta el rojo de los tapices y el azul zafiro del cielo al anochecer. Se adivina la arena aún tibia de la medianoche, llena de minaretes como tartas de boda.

Pero Bagdad es asimismo temible, será imposible salir de ella. Por el cielo cabalga en un muñeco mágico el pérfido visir, a cuya mirada nada escapa y ante el cual nada vale confesarse inocente. Capa negra, turbante negro, babuchas negras, un flechazo de Sabú lo destroza y empieza la fiesta final. Fundia prodiga unas islas con cuevas mágicas, templos secretos en las montañas del desierto y naves de marfil con velas de púrpura, contra las cuales nada vale la peor tempestad.

Yo insisto con *El prisionero de Zenda*. Acaban de estrenar una nueva versión de indecentes colorinches con el tonto de Stewart Granger y la cursi de Deborah Kerr. James Mason hace lo que puede para meternos miedo con Ruperto de Hentzau, pero él solo no basta para salvar el bodrio y lo declaramos fuera de combate. La que vale es la

Mirada nada nada

vieja y gastada cinta en blanco y negro, donde Ronald Colman encuentra a Ronald Colman, evita a Douglas Fairbanks y enamora a Madeleine Carroll. Tía Flavia, ahora me doy cuenta, copia a Mary Astor, atrevida y francesa. Es su ídolo inconfeso.

Mi escena favorita es la despedida de Ronald Colman, el turista y la princesa, cuando ella va a casarse con Ronald Colman, el rey. El viajero vuelve a su casa, nunca más verá a la mujer amada, pero junto a ella quedará otro hombre, igual a él, con el cual se ha encontrado fugazmente en un bosque de caza. Tampoco volverá a ver a su doble, pero sabe que reina y conserva su cara y envejece lentamente, como envejecen los reyes, y ama en su nombre a Madeleine Carroll.

Me detengo contando la secuencia de la coronación. Describo a los embajadores, las guardias de alabarderos, los obispos de raso blanco en la penumbra de la catedral gótica, en medio de campanas que no quieren callar. La variedad de los trajes de fiesta me recuerda el carnaval y siento en mis labios el carmín de tía Flavia y huelo el corcho quemado, anuncio de nuestros futuros bigotes.

Aquel verano faltó Johnny en Shangri-La. Su familia volvió a Inglaterra porque su abuelo, gerente de los ferrocarriles, se había jubilado. No quiso quedarse en la Argentina, donde los ingleses ya no eran bien vistos y se llevó a los suyos a las islas. Johnny empezó a mandar fotos con monumentos de fondo: la Torre, el Parlamento, Westminster. Después sus fotos estaban tomadas en interiores anodinos o a la puerta de un colegio. Llevaba pantalones de golf, le habían crecido unos bigotes de detective y escribía cada vez peor en castellano. No hablaba de las películas que veía, como si ya no fuera al cine.

Fundia quería ser arquitecto y se desplazaba con un bloc de papel canson y una caja de lápices. Yo le seguía contando *El prisionero de Zenda*, pero se abstraía y seguía dibujando árboles enhiestos, columnas y obeliscos.

En otoño, Fundia se enfermó gravemente. Hacía tiempo que no andaba bien, pues crecía y se deformaba, mostrando, con cierto orgullo masculino y triste, que se le hinchaban los ganglios de los sobacos y las ingles. A veces

Malos ejemplos
Blas Matamoro

no podía levantar un brazo o andaba con dificultad, pues un bulto prepotente aparecía en un muslo o en el pecho. Todo se lo atribuía al crecimiento y pretendía ufanarse de sus sufrimientos.

La enfermedad se llama osteomielitis. Lo supe entonces o, tal vez, lo sepa ahora, no puedo precisarlo. En el interior de sus huesos se formaban huecos y cavernas, como en los pulmones de un tuberculoso. Cayó en cama y le daban inyecciones de antibióticos que lo dejaban muy débil. Dibujaba incansablemente: obeliscos, árboles, columnas cada más perfeccionados. Tenía libros con modelos de arquitectura y distinguía con pericia los órdenes, que recitaba como una oración: dórico, jónico, corintio y toscano. Aprendió a proyectar sombras y los árboles se apiñaban en bosques, las columnas en edificios de airosos remates, los obeliscos en grandes plazas.

Fundia ya no iba al cine pero escuchaba novelas y piezas de teatro por la radio. Cuando nos veíamos, me hacía un resumen de lo escuchado. En las meriendas yo le contaba las películas que veía. Me pidió una foto de Shangri-La para dibujarla en colores. Estaba pálido y triste, un bozo desprolijo le ensuciaba la cara y sólo se animaba, hasta el sudor, dibujando sus columnas, sus obeliscos y sus árboles.

Un día me pidió que lo llevara al baño. Apoyado en mí llegó hasta la taza del wáter. Se sostuvo en las paredes y tuve que dirigir su miembro al orinar. Era un miembro circunciso que me impresionó porque parecía que salía de dentro de otro. Sus pies temblaban en el suelo y su cuerpo olía a abandono, a fetidez de piel mal lavada. Derramaba su orina en mi mano y, mientras yo hacía bromas, él se enfureció, se echó a llorar y acabó pidiéndome disculpas, dando con la cabeza contra la pared. Dijo que no quería vivir, que no quería llegar a grande y seguir enfermo.

Me pareció que Fundia tenía razón. El cuerpo se nos estaba volviendo cada vez más difícil y complicado. Luego tendríamos que madrugar para llegar al trabajo, hacer el servicio militar, tener hijos, enfermarnos y tratar de curarnos. No tendríamos más tiempo de ir al cine y contarnos películas.

Malos ejemplos

Le lavé la cara y le propuso afeitarse el bozo, lo cual aceptó con alegría. Lo enjaboné y le pasé la navaja con cuidado, como si fuera Gary Cooper afeitando a un lancero bengalí. Volvió, por un rato, a tener la cara de aquel chico que contaba en los veranos de Shangri-La las aventuras de Sabú.

-- ¿Sabés lo que hace Sabú cuando se va de Bagdad?
– me dijo.

De vuelta en la cama, ordenó sus carpetas y me las fue mostrando. Una alfombra volaba, vacía, sobre árboles, columnas y obeliscos. Sabú terminaba encerrado en un palacio blanco lleno de miradores dorados.

Fundia se curó y sus padres se fueron con él a Israel. Sus fotos eran del desierto, del kibbutz laborioso y los pioneros que hacían deportes al aire libre. El sol del Asia le oscureció la cara y le crecieron unos bigotes caídos, densos y tristes. Temí que llegara a Bagdad y los árabes lo aprisionaran y no lo dejaran volver. Gozaría de su cielo azul sin visires ni caballos mágicos, la tibieza de su miel y el callado fuego de sus tapices rojos. Pero todo eso tendría un precio muy alto. No, Fundia, no vuelvas nunca a Bagdad.

Volví una sola vez a Shangri-La. La zorrita tenía la pintura agrietada y chorreaba herrumbre por sus heridas. Oculté bajo el escalón del portal un paquete de cigarrillos y un manojo de programas de cine. Era mejor dejarlos en aquel lugar protegido, secreto, inviolable. A mí también me estaba creciendo el bigote. Era italiano y rojizo. Pensaba en una ciudad sin nombre donde, en poco tiempo o en muchos años, me encontraría con Johnny y con Fundia.

*Miada
Maba*

Fechas

1949: Mi padre me lleva hasta el Riachuelo que separa Buenos Aires de Avellaneda. Es un río paralítico, de aguas oscuras que parecen una tabla frotada con betún negro. Tomamos un bote. Mi padre arroja sobre él dos monedas doradas de cinco centavos. Veo sobre el agua, reflejados cabeza abajo, los frigoríficos de Avellaneda. Desde la otra orilla miramos hacia Buenos Aires. Siento angustia por la separación y tiendo una mano en dirección a la ciudad. La distancia que establece el viaje de cinco centavos es enorme. ¿Podré volver? ¿Podremos volver? Le pido a mi padre que volvamos. Mientras esperamos el bote de vuelta, me parece que no vendrá nunca y habremos de quedarnos a vivir en esa orilla inhóspita.

1950: Vuelvo con mi padre a la orilla del Riachuelo. Vamos por calles muy alejadas de nuestro barrio, calles exóticas que se llaman Pedro de Mendoza, California, Garibaldi, Coronel Salvadores. Entramos en un pobre bar que atiende una mujer. Nos sirve un café y un refresco de zarzaparrilla. Mi padre parece conocerla y hablan largamente en voz baja. Hay en el bar un chico de mi edad con el cual nos ponemos a conversar, no recuerdo de qué, pongamos que de fútbol y del colegio. Me dice su nombre. Tampoco puedo recordarlo ahora.

1955: Voy por última vez al bar de aquella mujer con mi padre. Ella dice que estoy muy crecido y me elogia por mis flamantes pantalones largos. Anuncia que pronto se los pondrá a su hijo.

1970: Muere mi padre y lo velamos en una casa de velatorios donde hay varios departamentos, cada uno con su muerto. Muy tarde en la noche, salgo a caminar por el pasillo. En uno de los velatorios veo deambular a la mujer del bar con un muchacho que tal vez sea el chico de años atrás. Ella tiene los ojos llorosos y busca entre la escasa gente, como queriendo encontrarse con un conocido. Pasa

Malos ejemplos

a mi lado sin mirarme o mirándome sin reconocirme. Salgo a la calle y doy una larga vuelta. Cuando regreso, la mujer no está.

1975: De viaje por Normandía, veo atardecer sobre los canales del Sena y evoco cierto cuadro de Monet. De vuelta en Buenos Aires, un ocaso visto desde el puente Victorino de la Plaza sobre el Riachuelo, tiene los grises de carbón y el rojo asalmonado de Monet. Comprendo que los ha tomado de aquellos crepúsculos en la Boca.

1980: Vivo en Madrid. Incontables veces he atravesado los grandes puentes que cruzan por sobre el pequeño río. Miro la ciudad desde una y otra orilla. No me parece nunca lejana. Me da cierta angustia estar en una ciudad que no tiene límites de agua, que no llega nunca a su confín, que no acaba nunca. No se puede escapar de Madrid, como se puede escapar de Buenos Aires.

1982: De visita en Buenos Aires. Camino por las calles de la Boca, encuentro el antiguo bar, entro en él. La mujer es la misma, vieja pero reconocible. Yo, en cambio, a medias calvo, con barbas y gafas negras, no soy nadie para ella. Hay un hombre de mi edad que sirve las mesas. Tal vea sea el chico de entonces. Estoy por preguntarle algo, por darme a conocer. No encuentro un vocativo satisfactorio. *¿Tú, usted, vos?* Pago mi café y me voy sin decir nada.

Malos ejemplos
Blas Matamoro

El novio de Antígona

La historia de Antígona que nos ha contado Sófocles es bien conocida: Polinices, -- hermano de Antígona e hijo, por lo tanto del incesto entre Edipo y su madre Yocasta – muere en defensa de la ciudad. Como se trata de una familia castigada por sus peculiares costumbres, el rey Creonte ordena que el cadáver sea expuesto a la intemperie, para que se corrompa y sea pasto de perros y aves carroñeras. Desobediente, Antígona lo entierra y es condenada a muerte. Hemón, hijo del rey y que ama a la muchacha, se suicida. Creonte, rey justo, padece la serie de desdichas provenientes de cumplir con la ley y con sus deberes de monarca.

Pero ¿ha cumplido el rey con la Norma, entendida ésta como una, clara, universal, excluyente? Sófocles nos clava la espina de la duda, poniendo en escena varias legalidades en juego. Antígona, sin ir más lejos, también cumple con una ley que le ordena venerar los cadáveres y darles tierra. Hace lo que mandan las costumbres de su tribu y los sentimientos de su fraterno corazón.

Tiresias, el mago que fue mujer y conoció los sótanos infernales antes de volver a este mundo y confiarnos su oscura sabiduría, dictamina que el sacrificio de Antígona es inútil, ya que tal crueldad sólo provocará la desaparición de una buena chica, tal vez una excelente futura esposa, madre, amante o hetaira. En cualquier caso: un ejemplo útil a la ciudad. Hemón, por su parte, apela a la ley que le dicta su víscera pectoral y siniestra, quiero decir el corazón. ¿Para qué matar, entonces, a una inocente que sólo ha demostrado su cariño por el hermano muerto?

Gracias a este laberinto de códigos existe la tragedia. Sófocles merece que nos preocupemos por él y nosotros seguimos inquietos por la elección de la ley justa. Sigue habiendo condenados inocentes y delincuentes sueltos. Nuestro tiempo sigue siendo el de Sófocles.

Bien, pero basta de lugares comunes y de mezquindades. Cada vez que un escritor elogia a Sófocles, se muerde la lengua para no evidenciar su envidia. En verdad, fue afortunado el griego porque lo vio todo antes.

Antígona

No obstante, hay que aclarar que, si bien el trágico fue, en general, fiel a los datos, ciertas lagunas documentales lo llevaron a introducir detalles que son de su propia cosecha.

Por ejemplo: en la realidad histórica, Hemón no se suicidó. No dudamos de que la pasó muy mal, pero siguió vivo muchos años, los suficientes como para llegar a viejo, comprarse una casa de campo y retirarse a ella, precisamente en los días en los que la tragedia de Sófocles se representaba con taquillas exhaustas en todos los teatros de Grecia.

Hemón no era el hijo mayor del rey o sea que envejeció como príncipe sin llegar a reinar. No hizo gran carrera en la corte. El padre siempre le consiguió buenas situaciones, empleos cómodos. Si había peste, lo mandaba de embajador a reinos lejanos. Cuando estallaba la guerra, le evitaba el frente de batalla y lo designaba en los comités de propaganda. Luego le deparaba destinos inocuos y Hemón se entretenía como superintendente de tabernas o cobrador de impuestos al consumo de higos y avellanas.

Esto proporcionó a Hemón un buen pasar y una larga vida, pero lo borró de epopeyas, himnos, odas y demás estrategias para llegar a la posteridad. El viejo señor se moriría anónimo, intentando, por una parte, desvincularse de la procelosa historia de su amada y, por otra, ser considerado un abuelito ejemplar.

Demás está decir que, al presenciar las representaciones de la tragedia, en un teatro de provincias, en una temporada de verano y con actores sustitutos, igualmente mediocres, dio más de un respingo en su asiento. Él, cuya mayor hazaña había sido borrar de su vida la cercanía de Antígona, se veía convertido en un héroe de tragedia, que renunciaba a vivir a cambio de ser fiel al amor de la valiente muchacha, desapareciendo de este mundo con todas las galas intactas de su juventud. Para colmo de males, el actor que lo representaba se le parecía, o él creyó que se parecía al joven Hemón, y concitaba la piedad del público con su aire de atleta incauto, de ojos azules, piel clara y cabellos rubios y rizados que lucía, tal vez exageradamente, bajo la luz del atardecer caliente y provincial.

Malos ejemplos

Recobrado por los fantasmas de aquellos días sangrientos, Hemón se encerró en su casa de campo, dejó de ir a la ciudad y evitó el contacto con la gente de la calle, reduciendo sus relaciones a sus parientes más íntimos que, por razones obvias, eludían todo comentario al asunto. Tampoco se propuso pleitear contra el autor para que quitara su nombre del espectáculo. Pensó que el resultado habría sido promover un escándalo peor que el malestar causado al verse suicidar en un escenario. Finalmente, aquel otro Hemón era ficticio y nada tenía que ver con él.

Pero la vida, más complicada y fabulosa que cualquier complicada fábula, decidió que Sófocles, con el dinero ganado en el teatro, comprara una propiedad lindera con la de Hemón. En aquellos tiempos, los confiados griegos no vallaban sus campos. De tal modo, divagando por el olivar, donde los retorcidos árboles esperaban con paciencia el paso de los siglos, Hemón y Sófocles se vieron varias veces. Se saludaron y el poeta se presentó, encarando a su vecino sin saber que, de algún modo, era su personaje y que se identificó, vagamente, como el señor del lugar.

Esa noche, Hemón durmió mal y terminó admitiendo su cólera. Su vecino se había apoderado de él, al menos de su nombre, y lo había matado en plena juventud, apelando al suicidio y complicándolo con una mujer que se había alzado contra la ley de su padre. A la mañana siguiente decidió ir a ver al poeta y contarle la verdad.

Convenida la entrevista, visitó a Sófocles dos días más tarde. Al llegar ante el hombre que con su fantasía lo había convertido en un joven inmortal y heroico, se sintió inhibido y evitó desenmascararse. Dijo ser Filebo, un amigo de juventud de Hemón, y haberse conmovido especialmente al encontrar en la escena, a la vuelta de tantos años laboriosos, sangrientos y desdibujados por el olvido, nuevamente, aquella imagen de su mocedad.

-- Debo confesarle, señor – dijo Sófocles – que la figura de Hemón es, en buena parte, invención mía. Los anales de la ciudad no dicen prácticamente nada de él. Pero yo imaginé que el hombre a quien Antígona amaba debía ser tan heroico como ella.

-- No se equivocó usted, admirado maestro. Yo lo conocí bien y puedo asegurarle que mi amigo fue tal y

Malos ejemplos

como usted lo describe. Hasta le diría que el actor que lo personificaba cuando yo vi la tragedia, se le parecía de manera inquietante. Tengo que agradecerle que haya recuperado la memoria de nuestro querido príncipe, tan maltratado por el descuido de nuestros cronistas.

La conversación discurrió después por cauces descoloridos. Se habló del calor, de la cosecha de aceitunas, de los impuestos al regadío y de las elecciones municipales. Era de noche cuando Hemón volvió a su casa, una noche sin luna ni estrellas, copia de la otra, cuando Antígona decidió obedecer a sus propias leyes y desafiar a la ciudad.

El viejo Hemón se sentó a un costado del camino y aprovechó la incontable soledad para llorar a gusto. Tal vez debió contar a Sófocles la verdad, voltear el tinglado de la tragedia y confesar unos hechos menos nítidos y más carnales o descarnados. Debió decirle, por ejemplo, que fue él quien acompañó a Antígona a violar la ley paterna, sosteniendo con mano temblorosa la antorcha que los acercaba al cadáver de Polinices. Juntos enfrentaron a los perros y juntos arrastraron al muerto hasta un manantial cercano, lavando minuciosamente su helada desnudez.

Las manos de Antígona acariciaban con delectación morosa cada detalle de Polinices y, a poco, Hemón compartió con ella el recorrido por aquel cuerpo que la rigidez mortal convertía en fácil estatua. Luego vinieron los ungüentos, que hicieron brillar a Polinices en la ciega noche, como una deidad de misteriosa luz. Sus muertas perfecciones fueron nuevamente acariciadas por la hermana y su novio hasta que tuvieron cierta tibieza de vida. Por fin, la ceniza lo volvió opaco y marmóreo, dócil al temblor del fuego de la antorcha, antes de que la tierra lo cubriera con su compacta y oscura decencia.

Sudorosa, exhausta y pálida, Antígona profetizó su corto futuro, ya para siempre unido a la suerte de su joven amado. La ciudad los castigaría con la muerte, el inflexible Creonte pasaría sobre sus pocos años y sus vísceras de padre. Cayó su peplo y el esplendor virginal de su cuerpo, sus pechos breves e imperiosos, su vientre enjuto y sus muslos tensos ordenaron a Hemón su primer y final acto de amor.

Antígona
acariciaba

El joven príncipe lloró ante su padre como lloraba el viejo Hemón en la soledad de aquellos olivares cómplices. El rey perdonó a Hemón y condenó a Antígona, arrojando a la muchacha a la gloria y cubriendo al hijo con el polvo de los archivos ministeriales.

Hemón llegó a su casa cuando sólo velaba en ella un esclavo soñoliento. Se desnudó y se pasó un paño húmedo y tibio, cuyo perfume a bálsamo lo llevó lejos en el tiempo. Acarició su carne flácida, sin heridas de guerra y ya calma en el fondo de sus anónimos años seniles. Sófocles no le había preguntado por Hemón, si estaba muerto o vivo, cómo había terminado, en su caso. En esto anduvo pensando hasta el amanecer, cuando lo adormecieron, como un arrullo materno, los cantos de los campesinos que parecían bailar mientras desgranaban el trigo.

Malos ejemplos

Quema esos papeles, Diego

Si lo que yo debí hacer fue quedarme en una isla despoblada, no salir de Jamaica, por ejemplo. Se habrían olvidado de mí por varios siglos, cualquiera ocuparía mi cargo y yo me encontraría con mi muerte a solas, acaso con un par de indias serviciales, dispuestas a creer que los hijos los mandan los dioses y que todo señor blanco y con pelos blancos es lo más parecido a un dios en la tierra. Y así se hubiesen pelado las cejas investigando el final del Almirante de la Mar Oceana y Visorey de las Indias, oculto en la espesura.

Hubiesen terminado con homenajes a mi memoria, después de haberme acusado de ineficaz, de duro, de cazador de esclavos, siempre con esos frailes del demonio pisándome los talones, a ver si los indios eran tan hijos de Dios como yo y como ellos. Cómo tratar de igual a igual a unos salvajes a los que les estoy dando, nada menos, la Palabra Revelada. Pues no, esto los frailes no lo entendían. ¿Es que hay derecho a no entender la Palabra Revelada? ¿Cómo hay que tratar al que, ante la luz de la Verdad, cierra los ojos o se los cubre con las manos?

Es que todo iba mal desde el principio. No sólo que los negocios de Indias no fueron brillantes y las fundaciones resultaron más bien dudosas, es que la cosa estaba descalabrada a primera hora. El chiquitín que vio tierra, aquel Rodrigo de Triana de quien ni sabíamos el apellido y que sacamos de la cárcel donde estaba metido por cuentista y tafur, terminó convertido en musulmán, se hizo maula el muy canalla. Y los demás, en lugar de trabajar para el desembarco, se echaron de rodillas a rezar la *Salve* los muy cabrones. A trabajar, a trabajar, que Dios no es castellano y ellos venga insultarme diciéndome extranjero y judío.

Mira, Diego, mira esos papeles donde me siguen llamando extranjero. ¿Extranjero de dónde? Si aquí, en Castilla, un valenciano es extranjero y yo lo fui en el mundo que es más ancho gracias a lo que hice, empecinado y prepotente, charlatán y seductor, pero lo hice y nadie lo hizo en mi lugar. Toma esos papeles, Diego, quémalos

Palabra Revelada

todos. Que desaparezca con ellos mi sambenito de extranjero y que nadie pueda saber de dónde vengo ni cómo me llamo. No seré Colombo como una paloma, animal cretino, ni Colom porque no soy columna que sostenga nada ni colono de nadie, ni menos esas obscenidades que sirven para burlarse de mí llamándome Culón o Cuillón, esas partes del cuerpo que no se muestran ni a la legítima esposa.

Dame ese hatillo de papeles con la cinta morada, sí, éstos. En ellos está bien claro cuál es mi verdadero nombre, quiénes fueron mis padres, dónde y cuándo nací. ¿Los ves, Diego? Pues arrójalos al fuego ahora mismo. Que todo sea negra ceniza y no quede una sola letra para descifrar, que mi memoria sea un laberinto de supuestos y de discusiones inútiles y turbias, reservadas a soberbios historiadores que ignoren la duda.

¿Tú sabes que, en mi juventud, no te diré con qué oficio, pero sí te contaré la hazaña, me tocó pelear contra un corsario extranjero llamado Colombo Minor? Él y los suyos incendiaron mi barco y yo me salvé aferrado a un madero, flotando hasta una costa, a la deriva, en las manos de Dios, que es el más sabio navegante.

¿Qué tal, Diego, si confundiéramos a nuestros sucesores y pusiéramos a tu padre en el lugar del corsario, haciéndolo salteador de barcos y negrero en las costas africanas? Cuando llegue la hora de honrarme como descubridor de nuevos mundos, se las verán en figurillas para disimular ese pasado ilevantable, pero no podrán hacerlo fácilmente. Deberán aceptar que era un cazador de esclavos, tal vez un pirata, un aventurero con bien ganada fama de mentiroso el que había llevado la Palabra de Salvación a los indígenas de Tierra Firme, el dulce idioma de Berceo hasta los trópicos, las luces crepusculares de Occidente a la tiniebla de aquellas mentes primitivas, que no habían salido aún de la Edad Primordial.

Pero ¿acaso puedes creer que yo no me di cuenta de que estábamos llegando a unas tierras desconocidas? Un hombre como yo ¿puede confundir a unos tales de piel oscura y en pelota con los chinos? ¿A las Indias con Catay y Cipango, a cualquier jefecillo con el Gran Can?

Malos ejemplos

Siempre supe que la Tierra es esférica y que en el océano hay un continente intermedio entre Europa y Asia. Mira, alcánzame ese rollo de portulanos, y esa carpeta con anotaciones y diarios. Mira estos dictámenes ¿sabes quién los firma? Mira ¿lo ves claramente? Quema todo esto, ahora mismo, y arroja las cenizas al arroyo, que naveguen como yo navegué, por las inmundicias de este mundo.

Es que si yo no intimidaba a los banqueros y a los cortesanos haciéndome el iluminado, hablándoles de la Última Thule y de que yo era el nuevo Jasón que volvería a encontrar el Vellochino de Oro, si no me presentaba como enviado de Dios, al cual la divina mano iba a conducir por los ocultos caminos del mar hacia la Tierra de Promisión, es que si no hacía todo esto no me soltaban un maravedí.

Así me ocurrió en Portugal, la tierra de tu madre, Diego, allí donde se me había pegado el acento que parecía nativo, siendo que yo, de natural tengo el acento, acércate que te lo diga en voz baja, para que no me oiga el ama, que no es de fiar, ¿me entiendes, hijo mío?, bueno pues, en Portugal, te digo, me sacaron pies por delante y tuve que venir a Castilla y negociar con el rey aragonés, que a mirado con la moneda y a calculador no hay quien le gane, por suerte.

Mira ese hatillo con la cuerda roja, ahí tengo los papeles portugueses. No, no los leas. Quémalos sin mirarlos, que los portugueses tampoco guardan nada, que presumen de tener muy buena memoria y creen en las consejas populares y ya volverá el rey Sebastián desde su isla solitaria, como algún día volveré a presentarme y dejaré boquiabierto a la multitud.

Yo no podía llevar mujeres en mi expedición pero hubo dos vestidas de hombre. Mira ese sobre lacrado, no, ese no, el otro, el de abajo, tráelo. El sello del lacre es lo de menos. No lo reconocerás. Aquí están los datos de mis dos muchachas, que te aseguro la pasaron muy bien a bordo, porque se mostraban como mujeres o como efebos, según el gusto del pretendiente y no preguntes minucias. Hay cosas de mi mujer de Córdoba, Beatriz Enríquez, sí, la madre de tu hermanastro Fernando. Parece extraño que me haya juntado con esa judía, una niña de dieciocho años, cuando yo ya frisaba los tantos, pero eso tiene una

Malos ejemplos

explicación muy clara, sólo que has de quemar también ese sobre, Diego, en el acto.

No, las cartas del cabrón de Bobadilla, ésas guárdalas. Me acusó de tratos secretos y felonías con los genoveses. Esas cartas hay que conservarlas porque coincidirán con las que se custodian en el archivo de la Corona, supongo. Bobadilla es un mentecato y un tinterillo, un adulón que no tiene estatura para enfrentarse conmigo, que fui dado por muerto en uno de mis viajes, como Ulises, y volví de la muerte, lo mismo que Ulises, con mi perenne juventud. Se lo explico a mi hermano en unas cartas de las que guardo copia. Toma este llavín y abre aquella gaveta, ahí están. ¿Que no entiendes la letra? Claro, son caracteres desconocidos pero en el futuro alguien podrá descifrarlas, quémalas igualmente. Hay que desconfiar de los eruditos.

Los diarios, no, déjalos, eso habrá de quedar. Están llenos de sirenas, de Nuevas Jerusalenes, de islas con los Cuatro Ríos del Paraíso, de Paraísos Perdidos y otros encantamientos que les contaba a mis marineros para que no se amotinaran, hartos de tanto mar, de tanta dura galleta y tanta salazón. Ten en cuenta que eran gentes muy pero que muy brutas, sin letras ningunas, con diplomas de maleantes en las escuelas de los taifas de ladrones sevillanos, por eso mismo, gentes ingenuas a las que podías confundir diciéndoles que los indios eran chinos.

Ojalá hubiera encontrado el Paraíso, Diego. Habría entrado solo en él, desnudo y tembloroso, como un nuevo Adán. Habría descubierto el bien y el mal cometiendo los peores pecados, y me habría expulsado el ángel con la espada de fuego, de nuevo a esta tierra de medradores y embusteros. Habría sido el Nuevo Adán, ciertamente, pero mejor que el otro, porque mi Paraíso era particular, elegido mano a mano con Dios. ¿Qué tú y Fernando os pelearíais como Caín y Abel? Claro que sí. Para eso os di la vida, para que aprendierais a luchar y a vencer. Y el que no aprendiera, que cayera como víctima, que de todo saca Dios provecho.

Pero no, Diego, no me hagas caso. Mira cómo me estoy muriendo de vejez y de gota, si no puedo ni moverme hasta mis papeles para echarlos yo mismo al fuego. Y quedará esa tierra, allí, confundida con las Indias,

Mirada
Mira

hasta que llegue algún listillo, si es italiano mejor, a decir que es un continente nuevo y a darle su nombre en lugar del mío. Ya me lo veo venir. Con tal de negarme como descubridor y que las Indias se llamen Colombia, como corresponde. Si el listo se llama Pedro pues llamará a las Indias, Piedra. Y si José, Pepa. Si Américo, supongamos, aunque nadie se llame así, pues América entonces.

Sí, ese paquete de mapas, también, que nadie sepa por qué viajaba yo tan seguro por rutas desconocidas. Desconocidas para los demás lo serían, no para mí. Y ese cofrecillo de sándalo, con unos cabellos dentro, no, no te diré de quién son. Y esos dos retratos al óleo. Y mi cartilla de latín. Que no queden mis letras de niño, ni siquiera mi cara. Haz una hoguera grande y rápida, que todo eso se consume enseguida, para que en ella arda la memoria de tu padre.

Malos ejemplos

El impromptu de Frankfurt

Un día de agosto de 1763, Wolfgang Amadeus Mozart, niño de siete años, dio un concierto de violín en la Libre e Imperial Ciudad de Frankfurt. Leopoldo, su padre, lo acompañaba al piano. La sesión tuvo lugar en los jardines de la familia Rossmayr, de las más patricias y ricas de la ciudad. No faltó ni el arzobispo.

El jardín fue acondicionado para el evento, distribuyéndose sillas y mesas por los caminos, cerrándose el agua de las fuentes durante la ejecución, evitando interferencias sonoras y colgando una tienda de tapices sobre las estatuas que remataban la alameda. En el extremo opuesto, en el pabellón de la casa, se dejaba ver una gran ventana, abierta y despoblada, a la altura del primer piso. De vez en cuando, alguna cabeza curiosa y distraída se volvía hacia aquel punto, como esperando percibir algo más que la penumbrosa soledad del hueco.

Mozart tocó un programa que hoy nos parecería monótono pero que, para la época, resultaba variado. Claro está, a los desdichados melómanos de entonces les faltaba, todavía, la música de Mozart o quizá no del todo pues, en efecto, cuando el niño la emprendía con los grandes y queridos maestros de antaño, Bach y Haendel, era respetuoso hasta la liturgia con las notas escritas o borroneadas en las partituras. Se había hecho redactar unas cadencias en los lugares oportunos y las repetía con servilismo. En cambio, cuando se trataba de la mesnada musical de esos días – Graun, Salieri, Starzer o Teiber, por ejemplo --, el chico improvisaba a mansalva, aprovechando la escasa información musical de los públicos. Éstos, de tan enmascarada forma, empezaron a oír, sin saberlo, la música de Mozart.

Para las propinas, el pequeño violinista siempre tenía preparados unos aires de danza de Monsieur Lefacheux, músico francés del siglo anterior, perfectamente apócrifo. Durante unos años Lefacheux estuvo de moda en las cortes alemanas, hasta que Mozart decidió exilarlo de sus conciertos.

*Mozart
alameda
alameda*

La función, bajo el amable y parsimonioso atardecer del verano, resultó muy celebrada. La gente aplaudió al intérprete, a la vez que halagó con besos, caricias y dulces al niño prodigio. Don Leopoldo cobró los honorarios del caso.

Después de la música hubo un tentempié: pastelillos de carne y pescado, golosinas, vinos de Franconia para los mayores y limonadas para los chicos. En tanto Mozart merodeaba por las mesas en busca de chocolates, se le acercó un muchachito de unos catorce años que decidió felicitarlo y presentarse.:

-- Maestro, soy el caballero Johann Wolfgang von Goethe.

Mientras Mozart distinguía una castaña glaseada de una ciruela escarchada, el joven Goethe le resumió la historia y el abolengo de su familia, de las principales de la ciudad, ocultando a sus antepasados posaderos y sastres bajo la púrpura de su papá, que era Consejero Imperial.

Luego hubo un momento de silencio, que Goethe aprovechó para poner su brazo izquierdo a la espalda, dejando ver la empuñadura de un espadín de juguete, e inmobilizarse con las piernas en *quatrième position*. Mozart lo consideraba y seguía comiendo, con los dedos pringados de azúcar y jarabe.

Los dos muchachos se miraban con atención. Mozart observó el óvalo afilado del francfortés, su nariz de alto arco, decidida, el labio superior abierto y como apoyado en el inferior, ancho y sensual, en gesto que bien podría expresar una gran hambre de mundo. Un ojo era triste y como resignado: parecía mirar las cosas cercanas, dignas de compasión. El otro era frío y penetrante, como buscando en la lejanía las divinas certezas. La palidez casi marmórea de Goethe estaba como subrayada por su gran lazo negro, un acorde final y luctuoso en que se apoyaba su altiva cabeza. A Mozart le pareció que el muchacho iba para estatua y se ensayaba con habilidad.

Goethe se sorprendió, en silencio, de la ambigua edad de Mozart. Empinado en sus tacones y con un peluquín de tupé excesivamente enharinado, la talla del niño no mejoraba mucho su natural pequeñez. Tenía una cara infantil, sí, pero las repetidas arrugas que subrayaban la

Malos ejemplos

base de sus ojos sin brillo, la indiferencia de su mirada y su voz de escaso timbre, eran de un anciano. Tal vez fuera un enanito que disimulaba a un gnomo o, mejor, un reencarnado, alguien que ya había nacido con un tesoro de vidas anteriores, desperdigadas por siglos remotos. Cuando Mozart abría la boca para atacar una golosina, dejaba ver unos dientes de viejo marfil, dientes de dios egipcio. Acaso, dientes de niño o de viejo provisto de vicios escondidos.

Esta rápida visión lo impulsó a proponerle cosas grandiosas y oscuras. Con versos y notas aún no escritos, Goethe oía las canciones que el futuro ya conocía, compuestas por los dos.

-- Escribiremos juntos las mejores páginas del arte alemán.

-- Será difícil contar conmigo, caballero. Sabéis que soy austríaco.

-- Hablo de germanos y teutones, maestro. Hablo de toda esa gente y de toda la demás.

Un ademán lento y parabólico de su mano derecha, propio de un arquitecto o un director de orquesta, encerró, fugaz, el jardín coronado de tapices. Después de hacerlo, sintió Goethe cierto vértigo. Se erguía al borde de un valle, sobre un filo de piedras temblorosas y, allá abajo, donde están los hombres, en la hondura sublunar, vio que pasaba la multitud del siglo, marchando hacia su confín, gente razonable que consultaba a los astrólogos y a los magos, coleccionistas de piedras y de huesos y de libros herméticos, amantes de ideas claras y distintas y de palabras inciertas que sólo se aseguraban en su propia armonía, viajeros que partían para completar la geometría del mundo y se extraviaban en junglas con moradores negros y desnudos, irónicos y calmos lectores de epigramas que asistían a las invocaciones de aparecidos hechas por los nigromantes italianos.

Goethe insistió, esperando persuadir:

-- ¿Conocéis la catedral de Colonia, maestro?

-- No. Huyo de las catedrales. Me dan frío.

-- Pues la catedral de Colonia es como Alemania. Grandiosa e inconclusa. Es nuestra misión terminarla.

-- Entonces, os cedo el honor de hacerlo, caballero. Yo, mientras tanto, tocaré el violín.

Malos ejemplos

Goethe, que tampoco conocía la catedral de Colonia, dispuso su carga final:

-- Os hago una confesión. Estoy preparando un poema dramático que cuenta cómo Cristo baja a los infiernos y, al tercer día vuelve a la Tierra bajo la apariencia del Demonio, para seducir a la gente que no pudo convencer con las parábolas. Sólo me falta vuestra música.

-- Mi música no existe, caballero Goethe. No soy más que un humilde servidor de partituras ajenas. Como lo soy vuestro.

Empuñando un pastelillo de arándanos, el pequeño hizo una ínfima reverencia y se perdió entre mesas y bandejas. Goethe se mordió el labio inferior y miró a Mozart con aire triunfante. Luego buscó la compañía de unas muchachas amigas.

Mozart fue atraído por un personaje exótico, que conversaba con voz estentórea, rodeado de damas. Estaba vestido de seda blanca y esto acentuaba lo atezado de su piel. Parecía inútil perseguir su mirada, pues sus ojos estaban custodiados por la reja de sus pestañas. Sobre su boca ancha y cuidadosamente dibujada caía la tiniebla de un menudo bigote muy recortado. Hacía ademanes de bailarín o de sablista con sus grandes manos afiladas y de largas uñas. Por lo abierto de sus vocales y las redobladas erres de su francés se advertía que era un hombre del Sur, tal vez un siciliano. El chico pudo averiguar que se trataba de un español, *attaché* de la legación. Se llamaba, apenas, Don Gonzalo de Sanginés y de la Revilla, conde de Matamediana.

Las damas parecían pedirle algo y él simulaba resistirse, hasta que se puso de pie y desapareció unos instantes. Una de las señoras empuñó una vihuela. Reapareció el español, ahora vestido de morado, con una chaqueta corta, un ancho fajín de seda y, en lugar de la blanca peluca ilustrada, sus cabellos de pequeños rizos, envueltos en una redecilla. Ahora tenía los ojos muy abiertos, menos oscuros que su piel y dejaba ver sus dientes de una cruel blancura, como de acero repulido.

La guitarrista atacó fandangos y folías. El español se puso a bailar como con una compañera invisible a la cual tomaba por la cintura, sujetaba por los hombros y detenía

Malos ejemplos

la cara con las manos, a punto de besar su boca. Sus movimientos eran enérgicos y delicados, de felino que se despereza, con algo de femenino por lo ajustado de sus ropas y unas zapatillas negras de baile que dejaban actuar al empeine del pie.

Goethe lo miraba y pensaba en Orestes y en la hermana de Orestes, Ifigenia, hasta que advirtió que Ifigenia era su propia hermana Cornelia. Mozart no pensó en Ifigenia pero sí, también, en su hermana Nannerl. Eran las parejas invisibles del español.

Tras el baile y los aplausos, la fiesta languideció. Goethe aprovechó tal languidez para subirse al tablado de tapices y montar su poema sobre Faetón, el cochero del Sol. Sus amigas hacían de caballos alados. Él, como Apolo, acomodaba los cuerpos con abundancia de apretones y caricias

-- Disimular es la mejor manera de mostrar, caballero – le dijo Mozart.

Aunque el joven poeta fue coronado de laureles dorados, las antorchas llameaban generosas y los surtidores volvían a funcionar, los tenues aplausos demostraban que la concurrencia estaba pendiente de otra cosa: en la ventana desierta, flanqueada por un lacayo portador de un candelabro encendido, estaba Mamie Rossmayr, la vieja señora de la casa. Su alta figura, imponente y ruinoso, se veía magnificada por la altura y, a pesar del verano, por una capa de pieles, una alta peluca con los lazos en desorden y un prendido de diamantes. La música española la había atraído al balcón y el público se puso a recordar la belleza y los escándalos de su juventud.

La dama invitaba a Mozart a tocar el clave en su apartamento. Un criado lo hizo saber a don Leopoldo, quien asintió tras arreglar el precio de la visita.

El niño tocó algunos minués para la dama que se había postrado en un ángulo poco iluminado y ocultaba su cara con un abanico de encaje. Mozart comprendió que Mamie estaba desatenta y aburrida. La vieja señora, acaso por efecto de la edad, vivía temblando de frío todo el año, lo cual explicaba el uso de las pieles y un cierto taconeo de sus pies.

Mamie Rossmayr

-- Señora, me permito advertiros que vuestros tacones golpean en dos por cuatro y yo estoy tocando en tres por cuatro. Si nos ponemos de acuerdo en el compás os revelaré una primicia, un fandango que mi amigo Scarlatti acaba de enviarme desde Madrid, expresamente compuesto para mí.

La dama se inmovilizó y pareció prestar atención. El chico empezó a improvisar según lo que había oído a la guitarrista del jardín y le fueron saliendo fandangos, uno tras otro. Mamie se entusiasmó.

-- Quisiera daros algo español, pero no tengo otra cosa que este abanico, cosa de mujeres. Pero tengo chocolate mejicano.

La dama abrió un cofre de madera y extrajo unos trozos de soconusco oscuro y áspero, que Mozart devoró con esfuerzo pero sin desmayo. Viendo que el niño gustaba del dulce, Mamie se guardó un trozo en el escote.

-- *Votre coeur est caché sous votre moitié gauche, Madame?*

Ella asintió con una discreta risa. El chico se trepó a un escabel y se asomó a la orilla de la señora. Metió la mano en busca del chocolate y sintió la generosidad tibia de aquel pecho donde el dulce se estaba entibiando. Mientras lo extraía, vio en el espejo que estaba a espaldas de Mamie, una escena que lo rondaba hacía siglos, quizá milenios: un niño que volaba se posaba en los pechos de una diosa. La mujer lo besó con labios que sabían a pomada en la boca que sabía a dulce barro mejicano. Luego lo entregó a un criado que lo llevó a su alcoba.

Mozart se despidió de su padre y se recogió con gusto. La fatiga del día lo durmió en pocos minutos. Soñó que estaba en esa misma casa, en la que había una enorme escalera en forma de hélice, que se hundía en la tiniebla. Constantes candelabros puntuaban su recorrido, con la misma luz sorda que había en el cuarto de Mamie Rossmayr. A un costado, Goethe escribía signos cabalísticos en un pergamino iluminado por un polvoriento rayo de luna, sin prestar atención a otra cosa. La estatua de una diosa de piedra echaba agua en una fuente helada y pura.

De pronto, alguien llamaba a la puerta con golpes como cañonazos. Unos pasos titánicos subían por la

Miada
Maba

escalera. Goethe apresuró su escritura. Los pasos sonaban ahora en un gigantesco encordado de guitarra o de clave y repetían el ritmo de los fandangos de la tarde. Los acordes eran cada vez más disonantes y demoníacos. La figura gigantesca de Gonzalo, convertido en estatua de piedra, se alzó en la oscuridad. Repetía una frase enigmática:

-- Estoy invitado a la cena.

Mozart, aterrorizado, se ocultó detrás de una cortina. Se despertó tirando de su manta. Húmedo de helado sudor, saltó de la cama y se acomodó en un alféizar. Había luna llena. Bastaba para que pudiera pergeñar algo en un papel pautado. Tenía la tranquilidad indiferente de Goethe en el sueño. Trató de reproducir algo de la música oída en la pesadilla. Cuando terminó, arrolló el papel y lo guardó en una maleta.

Se quedó mirando el jardín. La estatua de un Baco se agitaba plañendo unas castañuelas.

--Te haré bailar el fandango, mala bestia.

Las uñas del viento –arpas mudas, campanillas enfangadas, címbalos enterrados en una cueva – arañaron el follaje, ensayando una réplica.

Malos ejemplos

Tiento

Esta es la historia de fray Grimaldo y fray Vosgo o, si se prefiere, del caballero Grimaldo de Ulm y del caballero Vosgo de Frisia. La historia empieza y termina en monasterio de San Eufrasio, cerca de Digne, en el reino de Burgundia.

Fray Vosgo es un monje que, pese a su juventud, tiene fama de sabio y estudioso. Es de origen pobre y campesino. Su conocimiento directo del mundo se reduce al claustro y los campos de la orden. Lo demás lo sabe por los libros. Lee en varias lenguas, frecuenta a los clásicos, hace experimentos químicos, quizás alquímicos, en un laboratorio subterráneo. Es devoto y músico. En los oficios dirige el coro y canta con los demás monjes.

Grimaldo es un joven de ciudad que abandonó a su familia y marchó como caballero cruzado a Oriente. Nada se supo de él durante años, hasta que una noche un grupo de cruzados, de vuelta a la tierra, pidió hospedaje en el monasterio. Grimaldo, herido, es llevado en angarillas por sus compañeros.

Hace tiempo, como resultado de unas heridas propinadas por un enemigo, seguramente con un arma emponzoñada, sufre una extraña enfermedad. Está postrado, frío, gris, mudo, con los ojos cerrados. Tiene el aspecto de un muerto. Sólo un débil aliento impide tenerlo por difunto. A diario lo incorporan y alimentan con papillas, caldos y licores, casi como si fuera un niño.

Grimaldo es llevado al hospital del monasterio y puesto en manos de Vosgo, el fraile que más sabe de cuestiones médicas. Es noche cerrada. Vosgo desviste al caballero con cuidado y examina su cuerpo. La prolongada postración, los ungüentos supersticiosos, los antiguos sudores, el polvo de inacabables caminos, la sal del mar, han recubierto a Grimaldo de una costra oscura y maloliente. Vosgo, con paciencia y unos paños entibiados con agua de azahar, disuelve toda aquella suciedad.

Desnudo y limpio, el cuerpo del caballero permite recordar al recio guerrero de otros tiempos. Tiene la piel de un blanco ácido, cubierto por un vello rojizo que se adensa

Malos ejemplos

en ciertos puntos, como el bosque que alcanza al valle. Una herida ancha y neta sube por su flanco derecho y sigue por el hombro hasta el omóplato. Ha sido mortal de intención y habrá descubierto el hueso. Aún está blanda y templada de infecciones. Vosgo la limpia y la cubre con una sustancia balsámica. Luego busca en la espesura del vello otras heridas, sin hallarlas.

La luz de una vela tiembla y se empequeñece. En la solitaria sombra del hospital, el cuerpo del enfermo es una planicie nocturna, con su río subterráneo y su plantación de rojos matorrales que sube por su barba y sus cabellos. La respiración de Grimaldo se aviva, como si fuera a despertar. Vosgo acaricia su piel con ungüentos perfumados. Los labios del caballero se entreabren y dejan salir unos sonidos incomprensibles. Las aletas de su nariz se dilatan y ventean los perfumes del lugar. El monje esponja su rostro, que empieza a sudar levemente. Las cejas del postrado se levantan. Para comprobar su temperatura, la boca de Vosgo se posa sobre la de Grimaldo. El frío va remitiendo.

Lentamente, con recaudo maternal, el monje envuelve con un sayo blanco al soldado. Se oye una campana. Amanece. Los primeros trajines del monasterio llegan hasta el recinto. Vosgo deja a Grimaldo al cuidado de los cruzados y los monjes del refectorio, con precisas instrucciones. Después marcha a su celda. Por la noche lo llaman y no lo encuentran.

A poco, se sabrá que Vosgo ha abandonado las órdenes sin permiso del superior y se ha unido a la algarabía de un grupo de cruzados que se dirigía a los Santos Lugares. Frailes fanáticos, burgueses con promesas de aventuras, bandidos conversos, campesinos hambrientos en busca de una soldada, nobles codiciosos de leyenda, se mezclan en el tropel de desconocidos donde se pierden las huellas de Vosgo.

Pasa un par de meses. Grimaldo se ha recuperado y pregunta por su salvador. Poco y nada pueden informarle. El guerrero decide volver a Oriente, en busca del monje.

Vosgo se convierte en caballero del Santo Sepulcro y vaga por tierras de cruzadas. Aprende el arte militar, se vuelve espadachín y jinete, descubre puertos, ciudades y

*Miada
Maba*

navíos. Los nombres y los caminos que conoció en los libros aparecen ante sus ojos. Temible y gozosa, la guerra y sus peligros de muerte lo acompañan en las guardias del amanecer, las escaramuzas, los desiertos, los senderos donde esperan el alacrán y la cobra.

Vosgo abandona la lectura y las redomas del laboratorio. No hay ya en su vida letras ni números, hexámetros ni antífonas. De su memoria se borran las iniciales miniadas y las pautas de los maitines. Sólo al dormirse murmura alguna oración. No sabe que Grimaldo lo busca. Tampoco, si es él quien busca a Grimaldo.

El enjuto monje se ha vuelto robusto soldado y, de paso por Chipre, se imagina comerciante, aunque el primer libro de asiento lo ahuyenta. Conoce los burdeles de Levante, la espesura de los vinos, el sabor de la carne cruda, el hambre y la sed. Los cabellos le caen sobre los hombros y las barbas ocultan la cruz de hierro que trajo del monasterio.

Sin hallar a Vosgo, Grimaldo abandona la búsqueda e ingresa en las órdenes. Él, que no sabe leer ni escribir, aprende las primeras letras, luego explora las páginas sagradas y las paganas. Le enseñan la química, el álgebra, la música. Ilumina capitulares y copia partituras. Escribe cartas donde pregunta por Vosgo, está atento a cada llamado a la puerta. Tras los muros, pasan caravanas, tropas, vientos. A veces, quisiera escapar, pedir una espada y cabalgar hacia Oriente. No lo hace. Muy lejos de allí, al pasar junto a un monasterio levantino, Vosgo piensa en volver a las órdenes. Tampoco lo hace.

El sol y la fiebre de los desiertos han dañado la vista de Vosgo. Sólo ve la luz del día y, a partir de cierta noche, la noche perpetua. Es un viejo caballero, con treinta años de vagabundaje cruzado. Decide volver a Digne y pedir hospedaje. Los caballeros de su orden le facilitan el camino. La ceguera sólo le deja las temperaturas, los olores, los vaivenes de cabalgaduras, carros y naves. Por fin, llega a Digne y solicita hospitalidad sin darse a conocer.

Con el tiempo, sabe de una ermita abandonada en el monte y la pide como vivienda. Bajará al claustro una vez al año, por San Eufrasio. En tanto, los más jóvenes van a visitarle, le refrescan la memoria, averiguan que el viejo

Miniada
abierta

ciego sabe de muchas disciplinas y cuenta historias de cruzados, especialmente las hazañas del caballero Grimaldo de Ulm. Conoce al detalle sus combates, su vida casta y esforzada, sus heridas y los momentos en que la muerte se puso a su lado y fue ahuyentada por los designios del Señor. Los frailes leen en voz alta textos de piedad y de ciencia, que Vosgo es capaz de recordar. Los escuchas se preguntan quién será el extraño personaje.

Por su parte, Grimaldo, viejo y enfermo, también decide regresar. Abandona su convento cerca del Orontes y vuelve a Digne. La historia se redondea: Grimaldo llama a la puerta, pasa unas jornadas de reposo y muere el día de San Eufrasio, el que Vosgo aprovecha para bajar al claustro. Están velando a Grimaldo. Él pide acercarse, tuerca el cadáver y propone embalsamarlo.

Vosgo desnuda al muerto, recorre su fría superficie, el metálico vello y el surco de la herida. Son los mismos que tocó en su juventud. Vuelve a disipar los olores de la agonía y a perfumar la piel. Sus dedos perciben milagrosamente un color, el rojo de un fuego recién encendido. Rojo de granates, de rubíes, de higos cortados, rojos de tantos días del rojo Oriente de sus errancias como cruzado, que pasaron, quizá, junto al muro de un convento donde estaba Grimaldo. Los dedos del ciego Vosgo ven tesoros y más tesoros, a medida que entra en el cuerpo de Grimaldo para vaciarlo de vísceras y llenarlo de sustancias preciosas que lo van convirtiendo en una estatua sempiterna.

Al amanecer, los monjes cantan un requiem por el compañero muerto Vosgo canta también, pero no es un requiem sino un magnificat. *Magnificat anima mea Dominus et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Todos creen comprender que la mente confusa del viejo ciego mezcla monodias y palabras. Con respeto insistente, lo toman del brazo y se lo llevan. De lejos, su voz solitaria insiste. *Quia respexit humilitatem ancillae suae.* La luz fría del alba, que no alcanza a ver el viejo caballero, el viejo monje, resplandece sobre su cara mojada por el sudor y las lágrimas, las babas de su nariz y de su boca desdentada que sonrío. *Magnificat anima mea, magnificat, magnificat.*

Magnificat anima mea

De un país sin espejos

Terminada la batalla, si triunfábamos y ganábamos un botín, debíamos llevarlo a las sacerdotisas. Ellas distinguían los objetos sagrados de los profanos. Los primeros eran devueltos a sus dueños. Los otros, repartidos conforme a las leyes de la guerra. Nuestro imperio nunca quiso importunar a las divinidades ajenas con el saqueo de sus reliquias. Siempre hemos hecho la guerra a los hombres, no a los dioses.

Con los ojos cerrados, la sacerdotisa tocaba morosamente las cosas. De pronto, se conmovía como si un relámpago atravesara su cuerpo, o retiraba los dedos con el ademán de quien siente un calor fogoso. La secreta presencia divina llegaba a su percepción privilegiada. Apartábamos el objeto y lo guardábamos con los demás de la especie.

Era el primer triunfo. Recuerdo especialmente dos cosas que la sacerdotisa examinó en mi presencia. La prohibida era un espejo, un cristal terso y oval donde vi mi cara de soldado joven, contento y extenuado, mi cara nítida e inmóvil sobre la quieta superficie brillante. Nuestra religión nos priva de espejos, porque sostiene que sólo los demás conocen nuestro rostro. Por eso devolví el espejo. Nunca la fortuna me concedió otro encuentro con tal clase de artefactos. He visto mi cara, fugaz y temblorosa, en fuentes y estanques, pero siempre con esa endeblez y esa inquietud que tienen los reflejos del agua. Curiosamente, mi memoria no ha conservado estas imágenes y para mí sólo hay una cara propia en el recuerdo: la húmeda, feliz y exangüe de un muchacho perdido en los fastos del imperio, soldado anónimo, vencedor sin nombre.

En cambio, la sacerdotisa me dejó llevar una cosa sin valor aunque curiosa porque no se sabía lo que era: un trozo de piel, tal vez de carnero, con rizos muy crespos, de forma cuadrada, con los bordes ligeramente desgarrados y, en el medio, un tajo. Así como el contorno sugería un corte violento y manual, el tajo estaba hecho con cuidado, usando un instrumento afilado y preciso.

Malos ejemplos

La piel tenía un color bermellón, impropio de cualquier animal, tal vez teñido con una sustancia desconocida. Con los ojos cerrados y la piel aferrada con una mano, la sacerdotisa me señaló con la otra y repitió con energía: “Tú, tú, tú.” En vano pedí más explicaciones: su única respuesta era el vocativo. Tomé la piel, indagué si era cosa profana, asintió y, en lugar de darla al botín común, por su pobre aspecto, la guardé en mi saco.

Me ha acompañado – mejor dicho: nos hemos acompañado -- toda la vida, manteniendo ese firme y brillante color rojizo del primer momento. He peleado contra enemigos vestidos con piel de carnero, los he herido, la sangre cubrió sus vestimentas. Nunca alcanzaban el ingenuo tono de la otra piel. Cierta vez nos visitó el emperador, cubierto con su capa de vellocino púrpura, que significa fecundidad y fue traída por nuestros padres fundadores en tiempos inmemoriales desde tierras indescifrables. Tampoco el púrpura imperial coincide con el rojo aquel.

La noche de bodas desfloré a la desposada sobre una piel de carnero, según lo manda nuestra religión para propiciar una buena descendencia. La sangre virginal se derramó por el lecho y empurpuró la piel, que ni húmeda ni seca se podía confundir con la otra. No era el bermellón de ningún humano, ningún animal, ningún dios.

Los años me han traído hijos y nietos, y se han llevado a mi mujer. Los muchachos han partido a la guerra, con suerte diversa. Se quedaron lejos o retornaron para ocupar puestos administrativos en provincias. Las niñas, casadas, viven en el campo. Soy un viejo empleado del fisco, que cobra su pensión y pasea por un caserón solitario.

He dado casi todos mis recuerdos de guerra. Huyo de las fuentes y los estanques. Con el tacto conjeturo cómo han alterado los años mis facciones, esa cara que sólo me fue dado ver con claridad una vez en mi juventud. Toco la aspereza de mi barba, los surcos que bajan por mis mejillas, la obstinada curva de mi nariz. Cubro mis ojos cuando el sol es excesivo o si pretendo evitar la visión de un mundo demasiado conocido.

El último invierno decidí retirarme como donado de un monasterio. He elegido uno de montaña, altivo y solitario,

Malos ejemplos

desde el cual los valles laboriosos y la sonora ciudad se ven como miniaturas infantiles, acaso los juguetes de mis nietos.

Ya en camino al monasterio, en la caravana del correo y las provisiones, tras un día de viaje y, al crepúsculo, cuando pensamos acampar, nos atacan unos bandidos. Salen a reducir los viejos puñales, la furia de antiguas peleas se apodera de mis manos.

Nos defendemos bien. Algunos huyen y otros caen muertos. Me enfrento con un enmascarado, con una corta ropa de piel. Es ágil y enjuto, tal vez un muchacho que empieza su vida de malhechor. Con las armas es torpe, se derrumba fácilmente, herido y asustado. Le echaré unos insultos y lo dejaré partir. Lo sacudo por los hombros mientras su sangre corre sobre su ropa. Es una extraña sangre, vaya si lo sé, he visto fluir tanta. Tiene el tono bermellón de mi piel de carnero. Ahora advierto que el otro está vestido igualmente con una piel de carnero. Pero ya es tarde para insultarlo y salvarlo: está muerto.

Comparo las dos pieles. Son idénticas. El brillo de una, viejo de años, coincide con el de la otra, fresco de sangre recién vertida. Quito la máscara del muchacho. Tiene la cara vista en aquel espejo, la cara que retiene mi memoria, mi propia cara.

Malos ejemplos

Jonatán

Tú eras un príncipe, Jonatán, y yo un pastor. Ni tú ni yo lo sabíamos, y menos habríamos de saber que Samuel, que oía a Dios y ungía al elegido, me echaría el óleo del privilegio y me comunicaría el deseo del Señor frotando sus secos labios sabios con mi boca sorprendida y fresca, la boca de un pastor sin letras que tañía malamente el arpa y cantaba palabras aprendidas sin preguntarse por su sentido.

Tú eras príncipe, Jonatán, hermano, amado mío, y no sabrías de unciones porque te aguardaba un trono que no habrías de ocupar. Nunca supiste de unciones, del temblor que te posee porque el espíritu de Dios entra en ti, borra el torpe tesoro de tu memoria y te hace ver claro sobre una llanura de años en la cual ya has ganado batallas, ya te han acusado de victorioso y las mujeres de Israel se arrodillan ante ti, ante mí, queriendo ser las madres de tus hijos y hasta las abuelas de tus nietos.

Profetizas, con el óleo todavía vacilante y tibio sobre la frente. Te marchas al desierto, te desnudas, te tiendes sobre la arena que la noche hiela, se te duerme el cuerpo, disuelto en la oscura inmensidad, y tu cabeza vaga por el mundo, y con la primera luz del amanecer dices a los hombres prodigios o desdichas que ya tienen vividos en los días del porvenir.

Aquella noche mi cabeza se detuvo en una gruta donde colgaba un escudo que era un espejo de bronce. Me miré en sueños y me vi con el espíritu que me acechaba desde tu cuerpo, que yo no conocía. Vi mi rostro pálido, alargado y cubierto por la negra maleza de tu barba. Mi rostro no era el mío, el mío era rojo y calvo, bajaban sobre él unos rizos dorados y el sol me ennegrecía como a un amalecita. Al verme ese rostro ajeno comprendí que era el mío, y partí a buscarlo, sabiendo que en sueños sucesivos, el espejo me hablaría con una voz ajena que era la mía y que habría de oírla bajo la luz del sol cuando tú te me aparecieras y pudiera yo tocar tu presencia. Yo era el otro, alabé al Señor y me sentí dichoso en aquella cueva donde

Malos ejemplos

habitaba la bella cabeza terrible que reflejaba mi propia vagabunda cabeza.

Samuel me empujó al camino y me puso delante al gigantesco Goliat de los filisteos. Lo cubría una armadura de bronce y se echó a reír al verme, tan pequeño, sin espada ni puñal, pastor cubierto de andrajos. La risa lo hizo llorar y se llevó una mano a los ojos para limpiarse las lágrimas. Fue entonces cuando le di una pedrada en la frente, única parte desprotegida de su cuerpo, porque dicen las sibilas que pensamos con la frente y siempre está desprotegido nuestro pensamiento, en tanto Dios monta guardia ante nuestros corazones. El gigante cayó con un estrépito de cacharros sorprendidos y corté su cabeza. Trenzas de espesa sangre colgaban de su cuello y vibraban al viento musitando coros de palabras misteriosas. Fueron estas voces las que ahuyentaron a los diez mil filisteos, dejándome en un paraje desconocido y solitario que pronto llenó una multitud admirativa, murmurante y hebrea. Yo era la leyenda del pequeño pastor sin armas que mata al gigante artillado, para siempre la fe de los pequeños en el favor de Dios. Una gota de aceite, una hermosa pesadilla y una pedrada oportuna construyen prestamente a un héroe.

El camino hacia el rey Saúl, tu padre, recorría valles y aldeas donde David ya era objeto de culto. Los niños jugaban a David y Goliat, los mercaderes vendían muñecos y dulces con el nombre de David, todos querían ser los poseedores de la piedra que había derribado al gigante, altares domésticos la mostraban a la piedad de las familias y las servidumbres.

Las mujeres de Israel deseaban ser madres de David, ofrecían sus vientres a la fecundación del héroe, entre cantos que proclamaban la fama del pastor como diez veces más alta que la del rey.

En la corte de tu padre tú me aguardabas sin saberlo yo, sin saberlo tú. Eras la cara de aquel sueño que el espejo me devolvía como propia cuando acababa de conocerla. El espíritu de Dios te posee como un amante y aceptas que te convierta en otro y así, mientras yo llevara tu rostro tú no morirías, y así también tú serías el custodio de mi vida en tanto en tus espejos la cara rubia de un desconocido pastor devolviera la mirada de tus ojos.

*La mirada
de la
cara*

Engendré muchos hijos en mi larga vida, Jonatán, engendré hijos propios y ajenos y cuando el varón conoce a la mujer y la preña, es ella quien se queda con el fruto del encuentro. Lo que dejas dentro de la mujer le pertenece, pues has servido a la madre de los hijos de Israel. Cuando un varón conoce a otro varón queda dentro de él para siempre, oscura flor de simiente que navega en la sangre del amado y que vuelve, misteriosa, en el rostro del hijo. Engendré hijos propios y ajenos, Jonatán, y una porción de ellos son tus hijos, amado mío. En la cara de los hijos que tuve con tu hermana Mikhal has vuelto para siempre a abrir los ojos y a sorprenderte por la altura calva de las montañas.

Porque tú siempre fuiste un animal de altura, Jonatán, águila que se afila el pico y las garras en las cimas solitarias. Saltabas riscos, trepabas desfiladeros, aguardabas a los enemigos en las grietas y en las peñas, seguro de desgarrarlos con tu gesto pugnaz, que bajaba como un alud hasta el terror de los vencidos. Yo, en cambio, he sido siempre el pastor en el valle, hundido en la alta hierba, entre la pereza del ganado, he visto el cielo cambiar con desgana de color, recortado por la mezquindad del follaje, me he adormecido en la húmeda blandura maternal de los hondones, he acariciado el arpa como la temblorosa cabellera de una muchacha que se desnuda por primera ante un varón y he imaginado los salmos donde la voz del hombre perdido en la bruma del mundo, alaba la certeza de Dios en las alturas de su luz. Tú, más cerca de la cumbre, bajabas la sombra de tus miradas sobre un paisaje que dominaste hasta las lejanías enemigas. Tú compartías la nítida soledad de rocas y soles, eras la ley echando sus rayos sobre el desconcierto de los hombres. Me han crecido uñas de halcón, alas de vencejo y pico de buitre desde que tu simiente vaga, secreta, por las avenidas de mi cuerpo, así como la hierba de mis valles ablanda tu muerte, Jonatán, hermano mío. Sólo huyo al desierto de noche, buscando el cobijo del páramo borrado por la tiniebla donde te encierren mis brazos y mi boca, el desierto que se ilumina en el avaro momento de la profecía y que anula los caminos apenas los hollamos con pies de fiebre y de olvido.

*Mirada
alaba*

En los sueños de Saúl no había espejos. No había escudos de metal en sus alcobas, el agua de las fuentes se enturbiaba de miedo cuando él se asomaba en busca de su rostro. Saúl no ha visto nunca su cara, por ello lo asaltaron siempre los malos espíritus del Señor y las puertas de su alma estuvieron siempre abiertas a las visitas del Demonio. Saúl que te echó de su mesa porque amabas al pastor, que te ofreció como víctima al Supremo ante el clamor del pueblo que te quería vivo y vencedor de venideras batallas, Saúl que me persiguió con su lanza fatigando años y senderos, porque sabía o porque ignoraba que yo era tú y tú me amabas como a ti mismo.

Vi tu cara, por fin, unida a tu cuerpo, aquel cuerpo de santo guerrero, blanco y lacio, con los anchos hombros apuntando desde la altura hacia la tierra donde se combate. Tu cuerpo, espesura de pelo negro con el medido tesoro de tus ojos, seguros diamantes en la maraña de tu frente, y el águila de vello que se desplegaba en tu pecho, el vello que se derramaba sobre mi pecho calvo y tostado, en torno al alabastro de mis tetillas, como la lluvia en la vaguada, cuando dormías, confiado a mi monótono aliento, a mi corazón monótono que sólo aprendió a amarte, en tanto tu boca cubría un ínfimo arroyo con tu respiración sobre los dedos de mi diestra.

Aún no sabía tu nombre cuando me diste tu espada y tu manto, Jonatán, me puse tu manto y empuñé tu espada, y sentí que era un príncipe y que sabía blandirla desde siglos, porque me poseyó tu espíritu y tu nombre me subió a la boca desde la niebla de los misterios, me llenó tu nombre la boca y se escapó entre mis labios como un pájaro impaciente y te nombré sabiendo que guardarías mi vida en remotos confines del mundo cuando la muerte me exigiera su moneda.

Samuel me había descubierto rey entre la maraña de los valles, pero yo me sentí rey sólo cuando tu manto ciñó mi cuerpo, tu manto que aún tenía la tibieza de tu piel, Jonatán, y cuando tu espada se irguió en mi puño, tu espada que aún temblaba de tu último lance.

Saúl me persiguió con su lanza y tú me salvaste la vida con avisos oportunos, en tanto nos íbamos al desierto y juntos convocábamos el testimonio de Dios para que mi

Viada

descendencia fuera la tuya y tu descendencia fuera la mía, Jonatán. El desierto estaba frío en la tiniebla y sólo había calor en nuestra tienda. La hogaza reseca por el sol se ablandaba en el vino como mi voz en el canto, cantándote palabras que mi vejez ha olvidado, palabras que nadie escuchó salvo tú y que asevera la memoria del Señor.

La flor de tu simiente se abrió de golpe en mis entrañas, flor oculta y certera, y te proclamé secreto mi padre y mi rey, porque acababa de conocerte yo a ti con la apagada diadema de mis manos y porque terminaba yo de nacer bajo tu mirada húmeda, y desde entonces mis hijos son tus hijos, Jonatán, y repiten tu nombre sin conocerlo y sin callarlo.

Un sol moroso y rojo fue habitando el desierto y tu mano echó su sombra sobre mi muslo y vi mi cuerpo inmenso como el desierto y la sombra de tu mano inmensa como una nube y tú no eras un guerrero dormido y yo un danzarín enamorado de ti, sino que éramos inmensos como el mundo y como la muerte y ya nada podía inquietarnos, porque seguro es el mundo y quieta es la muerte.

Mucho después supe que aquella mañana era la última vez que te vería, y una oscura certeza debió llegar a mi alma, porque huí de vosotros y me oculté en una cueva donde los días no pasaban, y me fingí loco y fui llevado por las aldeas encadenado a los furiosos y a los melancólicos, y me hice siervo de los filisteos y luché por ellos y guardé en un talego las monedas que me proporcionó la sangre de sus enemigos.

Caí ante Saúl esperando la muerte y él me reconoció hijo suyo, hermano tuyo, hermano de príncipes, sin saber, acaso, que la más alta corona la llevabas tú y me la pasarías con tu último aliento. Supe entonces que morirías antes que yo, Jonatán, que ya estabas muerto para mí, pues el agua del arroyo me mostró tu cara inmóvil, con los ojos vacíos. Ya nunca me habrías de mirar, Jonatán, amor muerto, y Saúl me imponía su herencia porque sabía que tú no lo habrías de heredar.

Soñé en noches solitarias. Soñé formas penumbrosas que olvidaba al despertar. Soñé que el viejo Samuel, muerto hacía años, venía con sus anuncios en lo más íntimo de los sueños. Samuel salía por una gruta del

Olvidada

desierto, quejándose de que lo despertaran de su larga siesta junto al Señor, la cara cubierta por un manto negro: Soñé que se descubría la cara y que en el negro manto estabas tú, helado y rígido, y que tu sudor aún parecía mojar tu frente y la sangre de tus heridas aún parecía rodear tu cuello, pero al besarlos en busca de tu acre presencia, Jonatán, se astillaban entre mis dientes como cristales, y tú te transformabas en un árbol mientras te llevaba en mis brazos como a un niño dormido, y el árbol aumentaba de peso hasta obligarme a caer de rodillas y de rodillas me despertaba, al amanecer, en mi lecho, cantando tu nombre sobre la música de un salmo.

Dancé ante el Arca, Jonatán, y ordené que se construyera el Templo para que el trono tuviera su sitio y el Arca cesara de errar por el mundo y los pueblos encaminaran sus pasos hacia la Ciudad de Dios. Pero, en secreto, eras tú quien danzaba y eras tú quien ordenaba y eras tú quien arrastraba, ante la devoción de la multitud, el manto real. Tú eras mi rey y llevabas mi corona y yo, el pastor coronado, llevaba tu cuerpo con el gesto regio aprendido en las alturas despobladas donde afilabas tu pico y tus garras.

Es tu rostro pálido y enmarañado el rostro de Salomón, mi hijo, que construirá el Templo y fijará el trono y hará reposar el Arca en la penumbra sagrada que acunan las arpas y las voces. Cuando vi en la cara de mi hijo tu cara, Jonatán, comprendí que el viejo David, con su boca despoblada, sus piernas inútiles y su palabra balbuciente, agradecía a Dios la moneda del final. Salomón eres tú y quedarás vivo para cuidarme cuando haya muerto, como yo he montado guardia en torno al oculto jardín de tu simiente de donde sale tu rostro una vez y cien veces para asomarse al rostro de mis hijos, de nuestros hijos, Jonatán, mi padre y mi rey, mi hermano y mi amado.

Busqué la muerte en la batalla, entre los apestados, en el adulterio que la ley castiga con la vida, y no la hallé. Mis glorias y mis lágrimas me han empujado a la ancianidad, cuando la niña de Sunam me acerca sus pechos de pajarillo y se abraza a mí por las noches para entibiar el frío de las últimas estaciones. Busqué la muerte y no la hallé porque tú habías muerto, con tu padre y tus

Malos ejemplos

hermanos, y era yo quien debía guardar tu rostro secreto en el infalible escudo de bronce que me mira desde el centro de mis sueños.

Supe de aquella guerra antes de que se librara y tuve tiempo de compartir vuestras espadas. No fui, Jonatán, pudiendo haber ido. Los enemigos acabaron contigo, cortaron tu cuello y alabaron tu suelta cabeza antes de sepultarte bajo el árbol que anunció Samuel. Pude estar junto a ti, morir junto a ti o, tal vez, con mayor seguridad, salvarte la vida. Tú serías rey y yo pastor. Tú serías un viejo balbuciente, de boca desdentada y piernas inútiles, que intentaría conmovier los pechos de pajarillo de la niña sunamita. En cambio, eres Jonatán, el santo guerreo que señorea sobre las más encumbradas montañas, hermano de soles y de leyes, eres el ágil muchacho de los desiertos que tiene a su lado al rubio pastor ungido, un niño que lo ama como a sí mismo. Tú puedes danzar ante el Arca y cuando Salomón se sienta en el trono, tú te sentarás con él y dominarás el Templo de la Ciudad de Dios con tu húmeda mirada de buitre.

Ofrendad a Dios la gloria de su nombre.

Firme está el orbe y el Señor no vacila.

*Mirada
de
buitre*